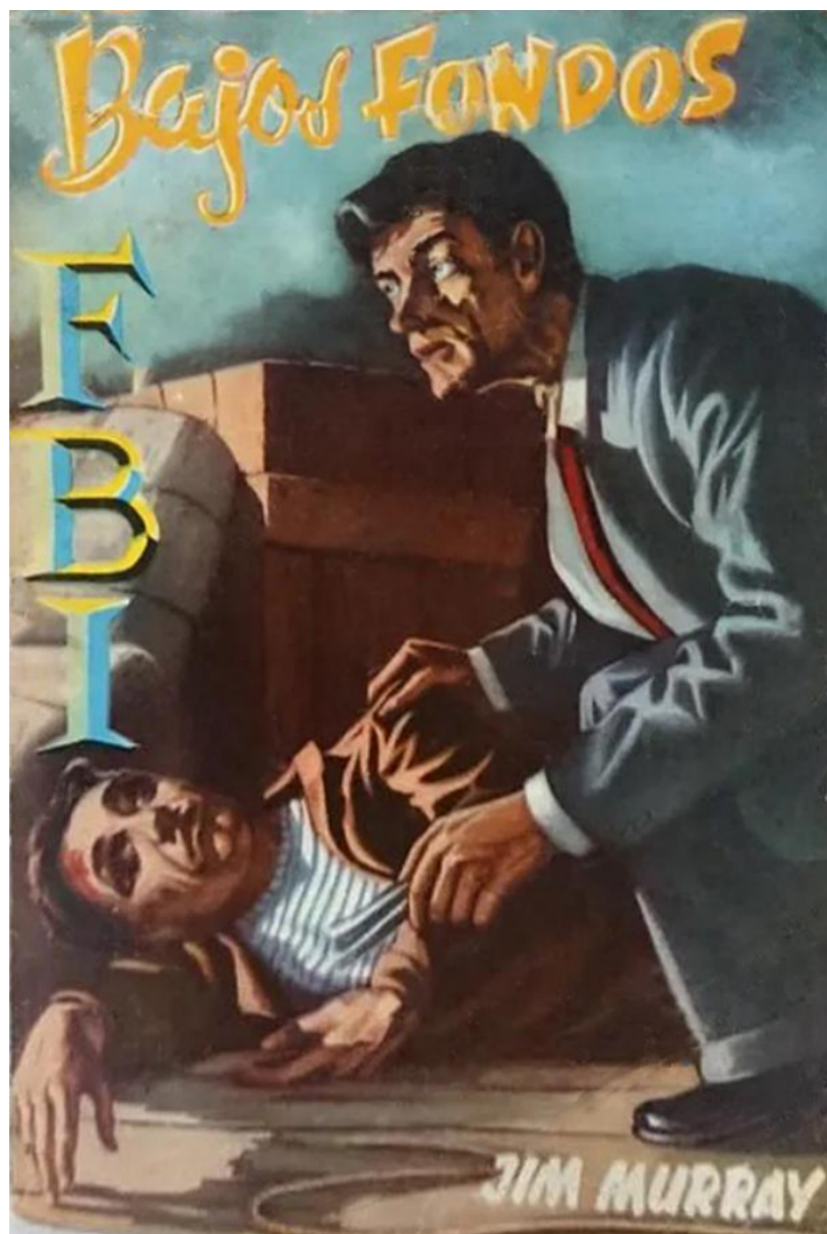




JIM MURRAY

Bajos fondos



DERECHOS RESERVADOS

Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1957

PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

COLECCION F. B. I.

NUMEROS PUBLICADOS

- | | | | |
|-----|------------------------------------|-----|---|
| 100 | Yo, Director del F. B. I. (1). | 254 | Con los pies hacia fuera (21). |
| 200 | F. B. I. contra Crimen, S. A. (1). | 255 | Una pareja imposible (37). |
| 201 | 30.000 dólares (36). | 256 | Fuego en las manos (21). |
| 202 | ¡Ni un paso atrás! (5). | 257 | Ultima pena (5). |
| 203 | Viaje sin final (29). | 258 | Cogido en el cepo (28). |
| 204 | Pistas truncadas (37). | 259 | La esquina siniestra (4). |
| 205 | Gran Hotel (38). | 260 | El astuto Rubén (40). |
| 206 | La coartada falló (7). | 261 | La Policía lo sabe (3). |
| 207 | Lydia (3). | 262 | ¡Perseguido! (28). |
| 208 | El peso de la Ley (30). | 263 | Pistas borradas (4). |
| 209 | La única oportunidad (28). | 264 | Callejón sin salida (5). |
| 211 | La muerte ronda (33). | 265 | Sombras de Nueva York (42). |
| 215 | Reportero de sucesos (4). | 266 | Recondite para un cadáver (8). |
| 221 | Sombras en rojo (37). | 267 | ¡Pánico! (4). |
| 222 | Aprendiz de policía (30). | 268 | Hundida en el cieno (44). |
| 225 | Muerte en la carretera (4). | 269 | La banda de los buhos. |
| 227 | Sangre de periodista (23). | 270 | Inspector especial (42). |
| 228 | Dos vidas (3). | 271 | Testigo, la luna (5). |
| 229 | Cara es la victoria (30). | 272 | Tres muertos para tres (45). |
| 230 | Uno contra todos (28). | 273 | Huyendo del pasado (30). |
| 231 | Servicio inacabado (21). | 274 | Manos sucias (4). |
| 232 | Oscura traición (41). | 275 | El elefante blanco (49). |
| 233 | ¡Alto! (4). | 276 | Al margen del deber (21). |
| 234 | Sólo existe un dilema (9). | 277 | Al servicio de la Ley (42). |
| 235 | Legión extranjera (30). | 278 | El precio del rescate (28). |
| 236 | Sindicato criminal (40). | 279 | Tres ramas de un mismo tronco (3). |
| 237 | Requiem por Larry (4). | 280 | Un hombre busca su tumba (5). |
| 238 | El triunfo del bien (42). | 281 | El fiscal asesinado (9). |
| 239 | Entre la espada y la pared (28). | 282 | Valija diplomática (30). |
| 240 | Los sospechosos (40). | 283 | Misterios de Chicago (4). |
| 241 | La vida al azar (21). | 284 | ¡Expulsado! (37). |
| 242 | Los Balcanes en llamas (43). | 285 | Diamantes rojos (42). |
| 243 | La Ley y él (5). | 286 | La trampa (5). |
| 244 | Puente de traidores (17). | 287 | Mister Warren descubre al asesino (41). |
| 245 | Espionaje (42). | 288 | El último asalto (30). |
| 246 | Extorsión (4). | 289 | Mafiosos (4). |
| 247 | Noches de pesadilla (3). | 290 | La muerte al volante (45). |
| 248 | Sin rumbo (9). | 291 | Espías en el infierno (46). |
| 249 | Un caso policíaco (4). | 292 | Emigrante del terror (28). |
| 250 | Caza del hombre (44). | 293 | Habilidad criminal (42). |
| 251 | En la brecha (17). | 294 | Una grieta en el telón de acero (4). |
| 252 | Galería de condenados (4). | | |
| 253 | Vidas truncadas (44). | | |

295. ...y plomo en el corazón (3).
 296. Grow Street (47).
 297. Cuando la ciudad duerme (5).
 298. Dakin «el Guapo» (42).
 299. Tres sentenciados (30).
 300. National 71177 (21).
 301. La amenaza de Morris (4).
 302. Yo te defiendo (28).
 303. El humo llevaba sangre (9).
 304. Razzia (30).
 305. Injusta acusación (42).
 306. La conciencia me acusa (4).
 307. Nadie escapa a su delito (48).
 308. El pandillero (5).
 309. El último ataque (30).
 310. Sobra un hombre (21).
 311. ¡Yo no lo maté! (44).
 312. Duelo en las sombras (28).
 313. Falsa coartada (30).
 314. Reneses (4).
 315. Noche sin amanecer (5).
 316. El inspector Dirac investiga (42).
 317. Exterminio (30).
 318. Cerco de sangre (44).
 319. Hora decisiva (5).
 320. La muerte viene en clave (41).
 321. John «el Audaz» (4).
 322. Mensaje secreto (28).
 323. El renegado (5).
 324. El testigo amordazado (3).
 325. Por la espalda (44).
 326. Ayer fu. asesinado (4).
 327. De cebo, un «gangster» (28).
 328. Barrera de odio (42).
 329. La caza de Bucky (5).
 330. Happy sabe cumplir (17).
 331. Doble enigma (30).
 332. Acusa el testigo (21).
 333. El «boss» está servido (4).
 334. El robot y la muñeca (37).
 335. El castigo del mal (42).
 336. ¡Y no soy culpable! (3).
 337. Nieta en el pasalo (28).
 338. Chantaje en Tokio (50).
 339. ¡Logan vuelve! (30).
 340. Eila y el «gangster» (17).
 341. La bestia (5).
 342. Descenso al abismo (37).
 343. Tras el telón de bambú (51).
 344. El verdugo soy yo (4).
 345. Ha muerto un valiente (17).
 346. El pequeño «boss» (23).
 347. Amarga victoria (28).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|---------------------|----------------------|
| (1) Alf Manz. | (20) Andre O'Sun. | (38) Gary Eisan. |
| (2) Fred Baxter. | (21) Fel Marty. | (39) Paul Cester. |
| (3) Frank McFair. | (22) Dana Welch. | (40) Herman Teu- |
| (4) Eddie Thorny. | (23) Al Gallard. | gon. |
| (5) O. C. Tavin. | (24) Chester King. | (41) Anthony Cuni- |
| (6) Alar Benet. | (25) Josep Tell. | ller. |
| (7) A. G. Murphy. | (26) Med Ryman. | (42) Anthony Ben- |
| (8) Lewis Haroc. | (27) Lou Dark. | son. |
| (9) J. L. Martyn. | (28) Jan Hutton. | (43) Albert Lazar. |
| (10) Jack Brooklyn. | (29) Richard Jack- | (44) Fred William- |
| (11) Thomas Settee. | son. | son. |
| (12) John Nebot. | (30) Jim Murray. | (45) Ray Jones. |
| (13) Thomas Wan- | (31) Sand Burt. | (46) Richard Har- |
| ton. | (32) Joe Greig. | vey. |
| (14) F. N. Graw. | (33) Bill O'Creigh. | (47) Ben Martyn. |
| (15) Robert Deaf. | (34) Don Lassister. | (48) Leo Mason. |
| (16) Alan Carson. | (35) John Est. | (49) Billy McLean. |
| (17) Alu Cortroa. | (36) Edward Good- | (50) Ralph F. Re- |
| (18) Jack Grey. | man. | mery. |
| (19) Edgar Ford. | (37) Angelo de Tar- | (51) M. Savadrovich. |
| | turia. | |

I



mí me cae simpático! —
insistió Montgomery, viendo accionar al director de la
N. T. V.

Casi podía alcanzarlo con la mano, y no lo hizo porque la acción resultaba infantil y baldía.

Elsa Cameron se echó a reír. Tuvo idea de retrucar el calificativo, porque tenía ante sí a uno de los hombres impermeables al vicio genérico en los Estados Unidos: la afectación. Estar junto a Dick causaba la impresión de hallarse ante un crío desarrollado extraordinariamente, que conservase las más puras cualidades de la niñez.

Richard era propietario de un físico desagradable, considerándolo en un sentido académico: su perfil no tenía las

líneas clásicas de una escultura griega, debidas al cincel de Fidias o Mirón. Así y todo, producía gozo contemplarle, y cuando hablaba, accionaba o se limitaba a permanecer pensativo, se reflejaba su alma entera en el semblante.

Si había de retratarse al federal con un par de cualidades — como dos puntos fijan la posición de una recta—, éstas eran la lealtad y la hombría. Dos polos entre los cuales giraría su vida, inflexiblemente, pese a las más duras vicisitudes o avatares.

Elsa Carnerea lo sabía, y amaba por ello a su prometido; sin importarle un ardite que, al salir de paseo con él, algunos rostros se volvieran —discretamente, eso sí— en leve mueca de curiosidad o de burla.

Cortaron las reflexiones de la muchacha las palabras del director de la emisora, que «avanzaba hacia ellos» llevando a foco a un tipo de cráneo protuberante y mirada netamente diáfana. Jackson habló con voz bien timbrada y de nuevo su sonrisa pareció expandirse —a voluntad— por el rostro de suaves facciones:

—Tengo el gusto de presentarles, amigos míos, a L.

R. Krane

—dijo—, que va a exponer ante ustedes los puntos básicos de su conferencia «Escuela Atómica internacional».

De todos los rincones de la Unión surgieron voluntariosos aplausos hacia el sabio, que denotaba en su ademán estar descentrado ante la televisadora. Empezó a hablar con balbuceos, mientras Jackson le alentaba con su cordial sonrisa y permanecía muy cerca de él. La ovación se perdió en el vacío, aunque cientos y miles de hogares «sintonizados» dieron su homenaje a hombre de ciencia.

Krane, cuando empezó a ahondar en su tema, se olvidó de los desconocidos artilugios que le rodeaban, para concentrarse en el tema de su charla. De sus labios surgieron datos y cifras con pasmosa seguridad, logrando el milagro de amenizar un árido tema para profanos:

—Este reactor, con moderador de agua pesada, es uno de los aparatos más pequeños que existen, y en él estudian los científicos de todo el mundo. Así aprenden, en Argonne, los secretos de...

¡Entonces surgió el relámpago!

Fue visible para Dick, sentado al lado de Archie, un resplandor

vivísimo qué deslumbró a millones. Era algo anormal, extraño, seguido de un horrísono estallido y volteo de cosas en menudos fragmentos. Hubo una trepidante oscilación de rayas, el diafragma del receptor se desorbitó, y luego volvió a verse la pantalla de opalina tersa e inmaculada.

Por una u otra razón, el programa había quedado suspendido.

Rápido, elástico y preciso, Dick se puso en pie y se dirigió hacia el conmutador de la luz, alumbrando la estancia sumida en penumbra. El pequeño Archie —hermano de Elsa— enfiló con sus grandes y azules ojos al federal.

—¿Una avería, papá? —preguntó.

Siempre llamaba así al agente, y el hecho no tenía nada de absurdo, puesto que le debía la vida. Huérfano de padres, al ser rescatado de las salobres aguas de la bahía encontró uno nuevo en el joven que se arrojó a por él, exponiéndose a sucumbir —aplastado como un huevo— entre la granítica mole del malecón y el ventrudo casco de un navío. A partir de entonces surgió, también, el noviazgo entre los dos seres más dispares y felices de la Unión.

—Creo que fue algo más que un accidente de tipo técnico, Archie —vaticinó el federal.

No por ello se detuvo. Cuando Dick se ponía en movimiento, las consecutivas acciones que realizaba eran resultante lógica unas de otras, y todas estaban dirigidas por un cerebro privilegiado. Sin prisa, ni perder una fracción de segundo, parecía como si de antemano tuviera previsto lo que había de hacer. En ello radicaba su maravillosa presciencia, y aquello era la clave de sus éxitos en el Federal Bureau of Investigation.

Cuando descolgó el receptor telefónico, estaba marcando ya, con la mano libre, el número del Central Stock Yards, en Waterloo. Y su voz bronca y fuerte apenas necesitó musitar dos palabras para que la telefonista del Apparel City Site le pusiera en comunicación directa con el inspector Donlevy.

—Estaba presenciando el programa de la N. T. V., jefe —indicó—, y sospecho que ha ocurrido algo desagradable. Estoy franco de servicio, y he sido testigo del asunto.

Al otro lado del teléfono se oyó la voz reposada y autoritaria del «Capataz» —que así llamaban los federales a su jefe—, impartiendo

órdenes y consignas.

—Ahora mismo acabo de enterarme —se oyó—. Me alegro que me llamas, Dick, porque así me ahorro el trabajo de localizarte. ¡Pronto a la tarea sin demora, hijito!

Tal recomendación era innecesaria para Dick, y también las aclaraciones del inspector. Con una brevísima frase de saludo colgó el teléfono y, sin más, se dirigió hacia la salida del hogar de los Cameron. Elsa le aguardaba, ya cerca de la puerta; alargándole el sombrero que taparía los encrespados cabellos varoniles.

—¡Lo sabía! —murmuró la bellísima joven, con una sonrisa triste—. Ven a comunicarme, si te es posible, las novedades.

—¡Adiós, «Piernas Largas»! —exclamó Archie, tratando de trepar por una de ellas.

El federal dio un beso al pequeño, miró con su adorable expresión de asombro —eterno— a Elsa, y descendió la escalera con una agilidad imposible de seguir con la vista. Las zancas desproporcionadas eran como lanzaderas que devanasen un tejido en pliegue, el tapiz mágico que llevaba a Dick hacia una nueva aventura.

—Nunca le das un beso a «Pinocho» —recriminó el niño, dirigiéndose a su hermana—. ¿Olvidas que tal vez llegue un día en que no regrese?

¡Demasiado lo sabía Elsa! Tal vez aquello fuese la única cosa que no le agradaba de Dick: su peligrosa profesión, erizada de pruebas difícilísimas y a menudo irrebasables.

En su contacto diario con el hampa, en lucha contra la fauna del crimen, ponía en juego la vida el hombre de extraña efigie y corazón de oro.

En alguna ocasión, como había dicho el explosivo Archie, Dick Montgomery no volvería más.

No podría mirar a Elsa con la expresión sublime, un poco bobalicona, que producía a la joven el efecto de hallarse ante él por primera vez. Como si acabaran de encontrarse cuando el joven le trajo, en los brazos, el cuerpo empapado de su hermano.

No riño a Archie por emplear con el que amaba calificativos humorísticos, que destacaban cada una de sus desproporciones físicas. Sabía que el niño le comparaba, inconscientemente, con los héroes de sus lecturas infantiles, y que en su cabecita no cabía la

burla, sino la gratitud.

¿Por qué había de molestarse ella, si el propio federal no lo hacía? ¡Era otro niño como él, y la mejor estampa de padre que hubieran podido soñar todos los huérfanos del mundo!

Un aparato de radio empezó a dar la noticia, tras de cuya investigación marchaba Dick, cortando una emisión musical:

«Acababa de producirse un atentado terrorista en la emisora de televisión de nuestra ciudad. Ha explotado un artefacto infernal, cuando el doctor Krane daba su conferencia, y tanto el sabio como nuestro querido compañero, el director de la

N. T. V.,

han resultado muertos a efectos de la catástrofe. Hay numerosos heridos, que...».

Elsa cortó la conexión, dando un suspiro. No quería que el niño alcanzase a oír los dramáticos detalles, y Dick había procurado asesorarla debidamente. Le parecía una traición al federal tomar informes de otras fuentes, y en su cerebro volvió a alzarse — gigantesca— la figura del amado.

Sin ayuda exterior, bastándole presenciar la emisión cómodamente sentado en una butaca, Dick había presagiado el crimen; y con su rapidez característica iba en busca de los culpables.

¡Tal vez lograrse encontrar a los autores de la alevosa cobardía, pues tal era enviar una bomba a la usanza de una felicitación de Pascuas!

Claro que los culpables no se rendirían sin lucha, y...

Richard Montgomery se apeaba, en el momento en que Elsa llegaba a una conclusión deprimente, del estribo del taxi en que recorrió buena parte de Mission District hasta llegar a Franklin Square. Arrojó un billete de diez dólares al chofer, y se precipitó hacia el lugar que estaban acordonando, ya, los de la Metropolitana.

Los rivales del

F. B. I.

tampoco se dormían en los laureles.

Fue el caporal de la sección de «Brazos y Parapetos», Lynn Freight, quien vio primero a Dick y trató de atajarle el paso. Prefería que una turbamulta de periodistas invadiese el lugar antes que el federal.

—No es asunto vuestro —dictaminó, al verle—. Se trata de un crimen que entra de lleno en nuestra jurisdicción.

—Voy a verlo arriba, nene —contestó el agente del F. B. I.

Hizo una agilísima esquivada al coloso, y pasó lindamente ante sus propias narices. Para ello le bastó aparentar que iba al encuentro del «cop», y luego, en el último instante, deslizarse a un lado, para penetrar en la finca. Aprovechó para zafarse del obstructor el hueco que éste dejó, precisamente, al soltar la mano de un colega para atajar al que llegaba.

—¡Oiga, Dick!... —farfulló el gigante—. Le digo que...

—La vigilancia de científicos es cosa nuestra, mastuerzo —contestó, ya lejos, el elusivo.

Lynn Freight tuvo que integrarse a su tarea de reprimir la marejada humana, que avanzaba al ataque desde los cuatro ángulos de la plaza. Tropezó con la mirada burlona de un subordinado, y ello le puso de peor talante aún.

—¿De qué te ríes, simio? —indagó, amenazador.

Es tradicional la fobia entre los elementos representativos del F. B. I.

y ele la «Metro», pero mientras el colosal policía no tuvo reparo en enfrentar con su talla y corpulencia al zanquilargo, éste procuró esquivarlo sin manifestar otra animosidad que un dicterio de poca monta.

El subordinado contestó a Lynn de inmediato, sin hacer el obligado saludo, porque se lo impedía tener las manos unidas a sus inmediatos compañeros de faena:

—Pronto se enteró el federal de que hay fiambre atómico. A Dick Mont es difícil ganarlo por la mano. ¡Ay!

Freight se limitó a apretar la del subalterno; pero lo hizo con tal energía, que sus huesos crujieron al contacto bestial. Claro que aquello era un incidente sin importancia, porque lo esencial es que Dick estaba ya dentro del edificio, en cuyo décimo piso no quedaba un cristal sano.

Investigar en un salón, barrido por la dinamita, es difícil. Sólo se veían restos de muebles y manchas de sangre, hierros retorcidos y paredes leprosas como testigos presenciales. El personal ileso estaba curando a los damnificados, y los cuerpos de las dos víctimas totales

habían sido llevados ya, en un esfuerzo tardío, al City and County Hospital.

Varios jefes de la Metropolitana contemplaron ceñudos a Dick, pese a que éste avanzaba repartiendo sonrisas y guiñadas.

Cuarenta metros por encima de la calle se hacía más patente la animosidad, entre los dos Cuerpos coercitivos del Estado.

—Ya sé —atajó Dick, dirigiéndose a Frederick Mac Millan, un escocés con más conchas que un galápagos—: ustedes llegaron antes; pero la victoria será del mejor. ¿Quiere un cigarrillo, abuelo?

Era característica la avaricia del sajón que, como buen administrador de su fortuna, prefería no fumar o hacerlo de las pitilleras ajenas. El antiguo jefe de clan alargó la mano hacia la que ofrecía Dick —recordando la paz a la moda india— y tomó un par de cigarrillos egipcios sin el menor recato.

—Este segundo para luego —confesó, pretendiendo epatar a Dick con una prueba de entereza.

—¡Oh! Quédeselos todos... —suplicó el federal, como si pidiera excusas—. Me los fabrican especiales: ¡puede creerlo!

El avaro aceptó la invitación con un gesto de placer, que consistía en cerrar los párpados hasta convertir sus ojos en dos ranuras tipo oriental. Si Dick —el rival— pretendía halagarlo para obtener datos de él..., ¡estaba listo!

Claro que algo le debía, y a fuer de astuto empezó a contarle un imponente amasijo de mentiras; pero él hombre que tetaba ante él, con aire candoroso y expectante, mostraba una sonrisa beatífica en el rostro. Parecía repudiar de toda prisa y haberse hecho discípulo sintoísta, afecto a la filosofía contemplativa.

—¿Es de veras? —dijo, al cabo de un rato de atenta escucha—. Creí que Morton estaba en Alcatraz, todavía...

—¿Dije Morton? —corrigió Mac Millan, suavemente—. ¡Oh, perdone! ¡Esta maldita memoria mía! Quise decir Norton, «Seis Dedos».

¡Aquél era un detalle positivo! Resultaba, que la Metropolitana había cogido a alguien que pretendía escabullirse del local, a poco de sobrevenir la explosión que hizo acudir a algunos «cops» de vigilancia. La prodigiosa retentiva del agente, y su incomparable agilidad mental, le hicieron salir vencedor del primer salto de vallas, en el «hándicap» de astucia.

Que «Seis Dedos» estuviera —¡ya!— en poder de la Metropolitana era un principio de fracaso; pero también era un dato del que podían extraerse provechosas secuencias.

Fue visible que los cigarrillos excitaron la verbosidad del astuto jefe de la Policía rival; no en balde estaban dotados de un olfato que producía efectos sobre el gran simpático. Pero entre la maraña de profusos detalles no pudo sacar Dick nada nuevo, precisamente porque su antagonista no los sabía. Era necesario comprobar, pues, el único detalle obtenido.

Dick se lanzó a la busca y captura de otros subalternos del escocés. No le fue difícil, manejando hábilmente el nombre del famoso criminal con veinticuatro dedos, conseguir que ciertas miradas de asombro delatasen que estaba sobre la buena senda, y supo eclipsarse con habilidad del local donde no había otra cosa que olor a cordita y goma quemada, astillas y un desbarajuste de vidrios rotos.

Tenía una pista..., ¡pese a la Metropolitana! Y mientras los jefazos de la organización «fraterna» continuaban las tediosas pesquisas —tan constantes como hormigas—, el joven moreno se encaminó al exterior y buscó salida a la cadena de brazos. Precisamente por el sitio donde el colosal Freight destacaba su masa y corpulencia.

—¡«Hallo», Lynn! —le dijo, al llegar directamente basta él—. Tu viejo me ha dado los datos que necesitaba, ofreciéndome gustoso su colaboración. ¿Adónde habéis llevado a Norton? ¡Tengo que darle un recado de Mac Millan!

—Al Cuartelillo de Cumberland —contestó, de inmediato, el gigante.

Para él, la sola mención del apellido del jefe era un «sésamo», capaz de abatir todas las reservas y frenar todas las antipatías...

—¡Estupendo! —murmuró Dick, mirando al cielo por el claro que se perfilaba sobre Mission Parle—. Doce horas de «tercer grado» nos ponen en las siete de la mañana. Y como «Seis Dedos» no confesará hasta agotar todos los recursos..., ¡tengo un día de ventaja para investigar sobre vosotros! ¡Qué sudas mucho, nene!

—¡Oiga! —protestó el «cop» al ver marchar al federal hacia la avenida Potrero—. Para ir a Cumberlaad Street...

—Déjelo, jefe —siseó el que daba la mano a Lynn, con bastante

dolor de corazón—. Y si quiere un consejo, no le diga a Mac Millan que acaba de dar datos a Montgomery. ¡Sería mala cosa para su hoja de servicio!

—Pero si me dijo que...

Por toda respuesta, el subordinado se limitó a lanzar una risita. Contempló con nostalgia la alta figura que se perdía a lo lejos, en las sombra del atardecer. ¿Qué no haría el astuto, teniendo veinticuatro horas de tiempo?

Había llegado al lugar del crimen, al siniestrado escenario donde no quedaban detalles oculares de interés, media hora más tarde que la Metropolitana. Marchaba mucho antes de que cesara la penosa tarea de contener la avalancha de curiosos, siempre «*in crescendo*», y dispuesto a revolver la ciudad con la ventaja misteriosamente adquirida. ¡Aquél era un policía, y no los que pierden el tiempo en lentas y amazotadas gestiones!

Cierto que la Metropolitana había capturado a un individuo, y se aprestaba a exprimirlo como un limón. Aunque lo reclamase el

F. B. I.,

por conducto oficial, deberían seguirse toda una serie de largos y oficiosos trámites previos. Mientras tanto...

El anónimo servidor suspiró, al restablecerse el duro contacto de su mano derecha con la izquierda del furibundo Lynn, a quien acababa de prestar un servicio. El ansioso de mayores horizontes pensó qué providencial sería quien le ofreciese una oportunidad de ingresar en el

F. B. I.,

seguir un período intensivo de estudios en Quántico, y encontrarse con un campo de acción más intensa en lo nacional y en lo que afecta al mundo entero.

¡Qué buena cosa poder trabajar, en el futuro, mano a mano con hombres como Dick Montgomery! ¡Diablo! Pero si hasta su apellido recordaba a un invicto general estadounidense...

Richard no supo nunca la aureola de entusiasmo que dejaba tras de sí. Modesto, ni siquiera rozaría sus meninges la idea de que un émulo quedaba observando su retirada. Iba al Chinatown, el lugar más inmundo y peligroso de San Francisco, a empezar la tarea de investigación que le llevase a cimentar con éxito la tarea. Por encima de rivalidades profesionales, de pequeñas envidias y

cominerías, su objetivo tenía un punto de vista más alto y razonable, más patriótico.

Dos hombres habían muerto, asesinados bárbaramente, en una emisión de T.

V. Urgía

saber si el artefacto infernal iba lanzado específicamente contra alguno de los muertos, o si fue un simple acto terrorista sin trascendencia ulterior. Precisaba saber si la muerte fue dirigida contra un especialista en conocimientos atómicos —y en tal caso dirigido por una potencia extranjera— o contra el simpático y afable director de la emisora siniestrada.

En el segundo caso..., el asunto quedaba encasillado dentro de la jurisdicción de la Metropolitana, y dejaría de tener importancia para él. A parte de sentir, como ciudadano de un país libre, que algunos malvados aprovecharan la libertad para convertirla en libertinaje.

En la duda iba a jugarse la vida, con todas las probabilidades de perderla. Pero... ¿qué importaba? América le había contratado para defenderla y no para vegetar. Desde el momento en que formaba parte del

F. B. I.,

era un soldado cuya existencia no tenía valor de tipo emotivo. La patria podía estar en peligro y era lo que interesaba salvar, a cualquier precio, de las asechanzas del exterior.

Ambición, celos, venganza... Todos y cada uno de los motivos que incitan a la violencia fueron cuidadosamente sopesados por Dick, mientras llegaba a su alojamiento. Cuando salió de él, debidamente caracterizado con un muestrario de harapos, tenía ante sí varias directrices a seguir: conocer las amistades de Norton «Seis Dedos», así como la de los hombres que cayeron inmolados, aquella tarde, en un piso cerca de la Franklin Square.

Dick no podía caracterizarse fácilmente. Ya no se estilaban las barbas, y ponerse una nariz postiza sobre la suya —ya de por sí descomunal— era como disfrazarse de Cyrano de Bergerac. El sombrero, echado sobre el rostro, proyectaba cierta sombra protectora sobre sus rasgos, caricaturizados ya por la Naturaleza. El resto... lo haría la Providencia, en la cual fiaba Dick tanto como en el inspector Donlevy, en Elsa Cameron y el simpático Archie...

Simpático... ¡Aquella había sido su expresión, al valorar a Bill Jackson cuando accionaba gratamente ante el tomavistas! ¿Fue así el muerto, realmente? Los sentimientos se disfrazan mejor que la fisonomía...

En cuanto a Krane, el sabio, la directriz a seguir la darían sus compañeros de carrera, los hombres que colaboraban con él en Argonne. Dick sabía de memoria su biografía —como la de todas las celebridades de la Unión— y recordó que no tenía otra familia y amigos que sus compañeros de investigaciones.

La noche empezaba, y con ella la tarea del federal. Cuando dejó el «buss» 43, en el extremo norte del recinto del crimen, se fijó a sí mismo diez horas de plazo para localizar algún dato en el mundillo del hampa. Eran las siete de la tarde, y hasta las cinco de la mañana siguiente tendría que activar sus gestiones.

¡A partir de la madrugada, «los ratas» huían a sus madrigueras, para pasar el día agazapados en ellas!

Port Smouth Square, calles Grant, Commercial y Kearny... ¿En cuál de los innumerables tugurios estaría su confidente, o el criminal que de modo involuntario lo llevara a seguir la pista? Aunque el rastro se perdió al apresar a «Seis Dedos», debía establecer sus relaciones con otros desalmados, y tocar la música adecuada para hacerlos hablar.

La tarea resultaba ímproba, pero Dick la acometió sin vacilación ni desánimo. Aunque tuviese que remover las piedras, durante aquella noche conseguiría algún detalle más en relación con el asalto a la emisora.

Al penetrar en el barrio maldito, donde cada casa tenía en su «debe» varios crímenes y delitos impunes, comprendió el federal que algo insólito sucedía. El crepúsculo, aprovechado por los turistas para visitar el lugar peligroso, no lucía la animación usual frente a los tenderetes de curiosidades ni en las aceras, casi desiertas.

Por lo que fuese, parecía haber descendido sobre el Chinatown un rayo paralizador, aventando a esas gentes cuya malsana curiosidad impide la demolición de antros lúgubres y encrucijadas hediondas. Era como si esa premonición —inexplicable— que sienten las multitudes hubiera llevado a guarecerse, o alejarse de allí, a los habituales. En busca de libertad o de gazaperas más

recoletas.

El mal aleteaba, y su siniestra influencia era perceptible en las miradas huidizas, en los rostros esquivos, incluso en las palabras murmuradas a media voz en esa jerga o «argot» que toma vocablos de todos los idiomas del mundo.

¡Chinatown de San Francisco! Las calles empinadas, en descenso brutal hacia la bahía, eran como siniestros toboganes de la muerte, que en la hora del véspero tenían la doble y maléfica sugerencia de su cuesta abajo y su oscuridad cómplice.

Aun para el hombre que sabía desprenderse de malsanas influencias, recto hacia el cumplimiento del deber, era perceptible algo opresivo y deprimente. Un VEDADO, sin eco ni rótulos escritos, que era la más diáfana prohibición para los elementos sociales que no tuviesen en cafetines, garitos y lupanares sus criminales puntos de cita.

Los cierres de las tiendas, al correrse para tabicar zahúrdas y zaquizamíes, sonaban como metálicas carcajadas que se unieran al concierto salvaje de la prohibición. Figuras menudas, escurridizas, inasibles, se apelmazaron en las sombras; para formar una más densa y espesa, más eficaz, contra la que no podían nada los aparatos de alumbrado ni las ventanas —entornadas como pupilas malignas en continua asechanza— con su débil resplandor.

Incluso los ruidos del tráfico —compuesto por asordadas bocinas, autoritarios «claxon» y chirridos de fieras mecánicas en fuga— parecían recordar el bosque; cuando los seres se disponen a emprender la implacable orden de “matar o morir”. Si alguien comparó las ciudades con selvas de cemento, nunca como allí se aspiraba el perfume exótico, montaraz y bravío, de las alimañas que iban encerrándose en sus cubiles.

Cuando Dick llegó a la casa que buscaba, domicilio de un confidente que oscilaba entre la ley y el crimen, se hizo patente con algo tangible la atmósfera hostil y siniestra que barruntó minutos antes. No se trataba de una mera aprensión de algo inofensivo que contribuyes a dar «ambiente» al agrupamiento de casas que se resistían a caer bajo la piqueta municipal, que se aferraban a la tradición y a la cochambre como algo consustancial con ellas mismas.

El hombrecillo insignificante, repulsivo para las aceras opuestas

con que trabajaba, yacía sin vida en el centro de una habitación con categoría de tabuco. ¡Muerto, con la garganta seccionada de un tajo del que brotaba aún la sangre negra y viscosa!

El crimen había anticipado la posible delación del tipo, apartándolo del camino de la Justicia por un procedimiento harto expeditivo. Aquella boca no podría hablar más en lo futuro, porque otra cavidad antinatural, tajada bárbaramente, impedía el paso al exterior a toda confianza. De un modo decisivo y brutal, providente.

¿Se trató de impedir al hombre retorcido, exánime, facilitar datos sobre Norton «Seis Dedos», y los jefes que le indujeron a dejar una bomba en la emisora? ¿Era debida su muerte a cualquier otro acto reprochable, que interesaba silenciar?

Dick Montgomery, agente del
F. B. I.,

debía averiguarlo. Y sin tardanza, en una emulación trágica en la que su propia vida peligraba como la del ser que tenía ante sí. Era una prueba, tangible, de que el camino del justiciero está erizado de peligros sin cuento, de fracasos y de dificultades.

¡Entonces, verdaderamente, Richard empezaba su gestión!

II



NA abigarrada multitud convertía el cafetín en remedo bíblico, dada la confusión de lenguas y gritos de su interior. Todo el mundo parecía empeñado en hacerse oír, entre el bordoneo de colmena del antro, y no siempre con adecuadas palabras y expresiones. Orientales, centroamericanos, tipos de Alaska y de la Patagonia y negros vociferaban cada uno en su lenguaje, y en aquella Babel en miniatura era imposible a Dick captar la menor cosa útil.

Junto a un alto y hercúleo griego, que discutía el precio final de un cargamento de patatas, un israelita alzaba su atiplada voz con la energía del que recita versículos de la Thora. Mezclaba centavos con piastras y, chelines, y parecía una máquina calculadora a la que hubiera podido adaptarse un gramófono para cantar operaciones

intrincadas con maravillosa rapidez. A su lado era imposible seguir cualquier otro rumor.

Patagonia, europeos de conversación, y Dick pensó seriamente en la posibilidad de cambiar de sitio, incluso de tugurio.

Lo peor es que los había recorrido casi todos, y en ninguno de ellos halló muestras de actividad. Sólo en aquel local, donde había numeroso público, tenía esperanzas de interferir una orientación, o ver entre el humo del tabaco un rostro conocido, que pudiera asimilar a la pandilla de «Seis Dedos» o al confidente asesinado.

El federal comunicó al Departamento del
F. B. I.,

desde el mismo lugar del macabro hallazgo, la noticia deprimente, y recibió de Donlevy el encargo de seguir investigando. La tarea, sin enlaces ni control, era como buscar una pista en el desierto pasado el simún, como hallar en un mar embravecido olas que no llevaran sobre sí, corona de espuma.

—Sírveme otro «*brandy*» —pidió el federal, a un mugriento mandil que aleteó a su lado.

No llegó nunca a paladear la nueva bebida, y en cierto modo fue una ventaja para su garganta. Un tipo alto y fuerte, pelirrojo y con muestras de embriaguez, avanzó hacia él dando bordadas como navío al garette. Trató de eludir la mesa donde estaba el solitario consumidor; pero el impulso tomado no se lo permitió, y hubo de caer a sus pies, como res apuntillada y arrastrando en su desplome al propio agente.

—¿Qué diablos...? —empezó Richard—. ¡Aparta, bruto!

La masa corpulenta, formidable, empezó a agitar al unísono brazos y piernas. Sin duda trató de hallar asidero en medio de su derrumbamiento, y ya en el piso siguió manoteando y dando patadas a diestro y siniestro, produciendo estragos en derredor. Una mesa volcó con estrépito, y varias sillas quedaron patas arriba en el tumulto.

Dick trató cíe incorporarse y vio que le era imposible. Las manazas del ebrio, su propio peso, gravitaban sobre él tratando de impedirsele. Ya varios coléricos avanzaban al encuentro del bullente montón, dispuestos a proporcionar un castigo ejemplar a los que se debatían en medio de una pelea de pesadilla.

Entonces, con celeridad de relámpago, Dick comprendió que

todo aquello —la embriaguez del tipo, su caída y sus zafios manoteos— eran pura comedia. Ante la persistencia del hecho, comprendió que estaba a punto de caer en una sutilísima trampa, toda vez que los que llegaban desde distintos ámbitos del local mostraban a las claras interés decidido de fomentar la zaragata.

Se alzó en toda su talla, zafándose diestramente de las zarpas que le aferraban, y al emerger del suelo asíó como al desgairé una de las banquetas que estaban a su alcance. El federal no gustaba destacarse cuando emprendía una gestión, pero había algo que le molestaba mucho más: que le tomaran como sujeto de una conjura estúpida, y lo hicieran víctima de un truco más o menos perfilado.

Aun vestido con harapos, Dick sentía la sobria dignidad de pertenecer al

E. B. I.,

y no toleraba ser —como elemento del ejército número 1— objeto de una broma de reclutas.

—¡Aún se atreve a enfrentarnos! —dijo el griego, que discutía sobre patatas—. Castiguemos al insolente...

—¡A él! —vociferó el judío, demostrando que su cerebro seguía calculando a la perfección.

La banqueta que empuñaba el federal describió un cuarto de círculo, arco vertiginoso en el aire que fue a terminar sobre la testa del gigante de la Hélade. El tipo acusó el impacto, cayendo como un fardo y con la frente desgarrada por una aguda arista. Luego, la garrapata hebraica, que pretendía aferrar los cabellos de Dick, voló en dirección a una mesa situada a doce yardas de distancia. Crujió la madera y las costillas del hebreo, varios vasos y una botella rodaron en confusión, y cuatro clientes ajenos a la intriga sintieron vividos deseos de intervenir en la contienda. A favor del hebreo o contra él, frente a cualquiera que les hiciese cara en la «debacle».

Unos minutos después de aterrizar en el suelo un ebrio, el local era un espantoso cataclismo de golpes y alaridos, de puñadas y feroces tajos de arma blanca. El hampa había recogido el desafío de un solo hombre, y los que estaban conjurados en el local formaron un frente común que tendía a acorralar al policía y darle un eficiente castigo.

Sin salir a la luz las armas de fuego, era dable ver —junto a puños monstruosos— rápidos centelleos de navajas y puñales. Dado

que la mayor parte de los reunidos lucían sus trajes típicos respectivos, parecía como si el mundo entero estuviese en lucha en el tabuco, y como si cada nación del orbe hubiera enviado a su más destacado representante para concurrir al extraño carnaval, juramentado a mantener en alto el pendón patrio.

Entre todos ellos, el federal repartía mandobles y estacazos con eficiente y maravillosa ecuanimidad.

Sus brazos se movían incansables, como las aspas de un molino, y sin distinguir nacionalidades ni aspecto físico repartía leña por doquier, siempre observando el punto que iba a golpear y asestando el impacto con no menos notable ligereza. Varios tipos estaban ya obstaculizando, en el piso, el desplazamiento de los demás, estorbando con sus moles caídas tanto como las mesas tras de las que se refugiaban algunos desertores.

Hubo quien aprovechó el tumulto para escabullirse sin pagar, y el dueño del local creyó adecuado aumentar el caos sumándose a la zarabanda. Con el pretexto de castigar a los que hacían daños, o pretendían esfumarse, él y sus esbirros incrementaron la legión de luchadores; alguno de los cuales no hubieran podido decir siquiera por qué combatía. Pero la mayor parte de ellos, por desgracia para Dick, sabían bien dónde descargar el peso de su furia, bien organizada.

Cuando Montgomery sintió en un costado el «frío candente» de un acero, pareció dispuesto a olvidar toda consigna de prudencia. Había visto además —¡al fin!— algunos elementos que consideraba integrantes de la habitual pandilla de «Seis Dedos», y no dudaba de hallarse sobre la pista. Claro que antes de investigar se imponía defenderse, y el joven echó mano al bolsillo de su pantalón donde guardaba la pistola de reglamento. ¡Sacarla y esgrimirla fue cuestión de segundos!

El primer disparo sonó como un clarinazo de alerta y una levísima petición de ayuda exterior. Sin embargo, el tiro no enfrió a los combatientes, y en algunos rincones del tabuco empezaron a sonar, también, detonaciones aisladas. ¡El hampa había respondido debidamente al desafío de la autoridad!

Al sentir zumbir sobre sus cabezas moscardones de plomo, impías amenazas que poco a poco iban encontrando carne en que cebarse, algunos asociados a la hecatombe se alejaron más que de

prisa. Era lo que Dick pretendía, al disparar por primera vez. Sabía que los no conjurados se apresurarían a marchar, y ello dejaría solo enemigos netos y destacados ante él. Era un modo, como otro cualquiera, de delimitar fronteras en el caos, y aspirar a que el enemigo solapado diese la cara en la última y decisiva jugada.

Ello llevaba implícito el riesgo de perder la vida, pero tal posibilidad no afloró siquiera a la mente del joven. De haber pensado en ello, se hubiera dedicado a la cría de ganado en Texas o al cultivo de algodón en Georgia del Sur. Amaba el peligro, y se recreaba extrañamente en su presencia.

Tenía madera de héroe y condiciones de imbatible capitán. Pronto habían de aprenderle, a sus expensas, la docena de tipos que se habían confabulado para perderle.

Después del disparo inicial, Dick se limitó a conservar la pistola en la mano sin apretar el gatillo. El arma no restaba inútil en absoluto, pues cada golpe descargado con ella suponía para el recipiente algo así como la coz de una caballería, con el refuerzo de hierro del casco. Dos o tres hombres yacían heridos ya por el arma, sin haber trabado otro conocimiento que el de su culata; pero Dick empezó a cansarse de la contumacia de los agresores.

—¡Paso! —gritó—. En adelante tiraré a dar.

Su voz recia, enronquecida, dominó el tumulto y logró el extraño resultado de exacerbar más la furia combativa de la pandilla. Sus disparos fueron buscando, entre la masa amiga, el cuerpo del federal, a que éste tenía la gran ventaja de la serenidad, vista de lince y agilidad de ardilla. No parecía estar un solo segundo en el mismo sitio, y a ello debió sin duda escapar de los siniestros verdugos que pretendían hacer criba de su pellejo.

Un coloso de ébano se lanzó hacia él con mirada de fiera que hacía brillar sus pupilas en la penumbra. Pese a su aspecto brutal, el individuo tenía la ventaja para Dick de que atacaba directamente, a pecho descubierto, y por ello mereció del federal trato de favor. Eludió su ataque, y fue evidente que el disparo surgido de la «Luger» no iba en busca de su cuerpo. Por ello quizá, le causó mayor pasmo al recibir, en aquel mismo momento, la mordedura de una bala traidora, que se clavó entre sus vértebras dorsales.

E tipo dio un traspié y cayó de lado, boqueando. Como si pretendiera vengarlo, Dick disparó contra el agresor, y lo hizo en la

forma que Estaba enseñado: a las piernas.

Un felón cayó al suelo, lanzando un espantoso alarido, y empezó a girar como un trompo. Abandonó hartamente su pistola, para sujetarse con ambas manos la pierna e incluso mordérsela, cual si tratara de arrancar con los dientes el plomo que le hacía efecto de cauterio.

Ocho enemigos tenía ante sí el federal cuando precedió a la tarea de limpieza. Su número quedó seducido en uno mediante un acertado disparo —el tercero que brotaba de su arma—, y entre la masa bestial y homicida se formó un claro movimiento de repliegue.

—¿Qué os habíais pensado? —farfulló Dick.

Había oído al exterior, lejanos aún, los silbidos de alerta de varios policías que acudían a la carrera. El hecho de estar el tugurio al fondo de un callejón retrasó la llegada de la Metropolitana, y al escuchar la señal acústica se manifestó en los tipos la primera señal de pánico. Creían poder anular al federal en secreto, en una algarada sin más trascendencia que la impunidad, y al sentir la llegada de la Ley el miedo puso alas en sus pies y espanto en sus corazonas.

¡Precisamente Por estar en el fondo de una calleja sin salida, el cafetín constituía una trampa!

De siete tipos que pretendieron escapar, dos quedaron rezagados para favorecer la marcha de los otros, precisamente aquéllos cuya captura interesaba a Dick, según la lógica. Uno de ellos disparó un tiro casi a boca de jarro, y en el acto sintió que el brazo se le quedaba desarticulado desde el hombro, y sintió fuego en su cuerpo sin haber recibido ningún tiro. Algo así como una tromba viva lo cogió en la ventosa de sus manos, y fue proyectado hacia su compañero en el momento en que éste afinaba la puntería y disparaba.

¡Recibió el tiro del amigo, y cayó aplastado contra él, y ambos retorciéndose por el sudor!

Los silbatos de los «cops» sonaban pavorosamente cerca. Los malvados que escapaban habían huido hacia el fondo del negocio, y Dick se dispuso a seguirlos hacia Dios sabe qué siniestras encrucijadas de muerte. Entonces sintió una voz a su espalda que le pedía favor: era el negro, inmolido por los suyos y de cuyas pupilas

había desaparecido el brillo eléctrico que le identificaba como una fiera.

—¡Por favor! —dijo—. Sálveme... No debo caer en poder de los que llegan.

Aquella misma idea animaba a Dick, que no deseaba ser sometido a un interrogatorio de sus rivales de la Metropolitana. No vio ante sí más que a un infeliz, olvidado ya de todo rencor, y se acercó a él poseído de cierta piedad reflexiva.

El negro se incorporaba ya, por sus propias fuerzas, ayudándose con los restos de una mesa hecha astillas. Miraba a Dick, y así pudo advertir algo que le hizo crispase de terror. Trató de protegerse con un brazo, extrañamente, ya que el federal no pensaba sino acudir en su ayuda.

—¡Cuidado! —musitó—. ¡A su espalda!

Dick se volvió, con la celeridad del relámpago, y vio al segundo de sus enemigos —de los que protegían la fuga de los otros— en el momento en que hacía fuego contra él. Su cerebro funcionó a una velocidad pasmosa, ordenando al cuerpo relajar todos los músculos a la vez. Se dejó caer al suelo, como si hubieran quedado rotas todas las articulaciones, y cayó, con blando movimiento, cuando una bala rozaba su hombro izquierdo. De no haber reaccionado con tal rapidez hubiera recibido el tiro en el corazón.

—¡Traidor! —Oyó, y un nuevo disparo.

El epíteto no iba contra él, sino dirigido al negro. También el proyectil último, que alcanzó a la mole de ébano cuando conseguía incorporarse pese al dolor que debía aniquilarle. Dick atacó un poco tarde para salvar al infeliz que le avisó, pero le vengó cumplidamente.

El individuo que motejaba de traidor, y que disparaba por la espalda, cayó al suelo con la frente atravesada por un balazo.

¡Pero ya se sentían, inmediatos, los silbidos de los agentes de vigilancia! Tan cerca, que sería imposible a Dick salvar al hombre que le dirigió tan acendrada súplica. No por la calle, al menos...

Dick comprendió que el negro no podría servirse de nuevo de sus propios medios. En la garganta, sus palabras tenían el balbuceo de un niño, o tal vez los sonidos articulados de un animal doméstico, acostumbrado a recibir palos a diario. Miró al agente de un modo tan explícito, como no hubiera conseguido expresar

mediante palabras.

Montgomery se cargó al hombro al desgraciado, dominando su dolor con un rechinamiento de dientes, y se dirigió con la carga hacia los fondos del tugurio; hacia el lugar por el que habían desaparecido seis miserables.

Era fácil que hubiese algún otro sicario del crimen, rezagado entre las sombras, y aprovecharse su conocimiento del terreno —al mismo tiempo que la ignorancia del mismo por parte del federal— para aniquilarlo limpiamente y a quema ropa. Sin embargo, no vaciló, siguiendo la pista visual que mostraba en el suelo unas gotas de sangre.

Uno de los criminales estaba herido y, de un modo involuntario, iba marcando el rastro de la retirada a Dick.

Cualquier persona de reacciones normales se hubiera negado a penetrar en la sima que el federal vio abierta ante sí, segundos más tarde. El sentido común, o el instinto de conservación, gritaban que era absurdo a un hombre herido, cargado con un moribundo, penetrar en la bocamina que tenía las características de ratonera, al descender hasta las atarjeas de San Francisco. Supuesto que aquel tinglado dramático había sido montado para él; para ahuyentarlo o quitarlo de en medio. Escapar por allí era servir a los adversarios la victoria en bandeja de plata. Era muy posible que el negro moribundo fuese un gancho para arrastrarle a una encerrona, de la que no volvería a emerger vivo. ¡Un cepo postrero al valor y la lealtad!

Precisamente, por ser audaz y fiel, Dick rehusó tomar en consideración la idea salvadora. Volverse atrás era abandonar su empresa, la del

F. B. I.,

y desamparar al hombre que le pidió socorro. Debía continuar la espeluznante progresión, y Dios diría la última palabra. A su soberana voluntad, se ceñía, el joven, en las situaciones más dramáticas y decisivas de su vida.

Descendió unos escalones y, como había supuesto, sintió la bocanada fétida del alcantarillado. No por ello frenó su marcha, sino que la incrementó con la rapidez y potencia que le fue dable exigir a sus músculos. Así se dio el caso que la sangre que manaba de su hombro, debido a la rozadura, se juntase a la del negro

agónico que tenía a sus costillas, y que le iba inundando fríos temblores de claudicación.

Sonaron, de pronto, más disparos. Como Dick había supuesto, dos o tres forajidos quedaron guardando la retirada de los que huían en cabeza, y a los que Dick no pensaba ya dar alcance. En las encrucijadas en sombra de las letrinas, con un caos sobre su cabeza y un agonizante a cuestas, el federal recibió el imperativo de continuar atacando para defenderse.

Uno de los felones fue eliminado a las primeras de cambio, en cuanto Dick tomó el estampido de su pistola como blanco del contraataque. Un chirle se desprendió de la bóveda sobre su cabeza, y una nueva sacudida del negro le demostró que otra bala del terceto había alcanzado su destino.

Pronto no hubo sino un enemigo ante el agente, y el tercero, cobarde se lanzó en afrentosa derrota a la carrera, para reunirse a sus cómplices después de fracasar. Dick disparó una vez más, y el eco del recinto abovedado le llevó, al mismo tiempo que lo que parecía tableteo de ametralladora, un lamento fúnebre y postrero, acrecentado por el maloliente amplificador de sonido.

—¡Tres hombres han escapado! —dijo—. Pero nosotros podemos considerarnos a salvo...

El negro se limitó a emitir un quejido, y Dick prosiguió el éxodo con el infeliz. Le interesaba alejarse del lugar para no ser sorprendido por los agentes de la Metropolitana. Más adelante, en el laberinto de galerías, le sería posible despistar a todo un ejército de perseguidores.

Caminó durante más de un cuarto de hora, sintiendo gravitar sobre sí, cada vez con más pesantez, al moribundo. Cuando lo depositó en el suelo, al fin, estaba fuera del alcantarillado y junto a unos fardos de mercancías que se acumulaban al exterior, cerca del muelle en horquilla de la bahía y que formaban los «docks» 29 y 31.

La luna alumbraba mansamente en el cielo, vencedora también de múltiples nubarrones. Dick depositó con suavidad el cuerpo del negro, cuyos ojos derivaban ya hacia la inconsciencia final e infinita, suprema. Le acopló bajo la cabeza un paquete, y al amparo de una caja de embalaje trató de confortarle con palabras.

—El guarda de noche vendrá en seguida —dijo— y te llevaremos a un botiquín del puerto. ¡Animo, muchacho!

El negro trató de sonreír, y sus labios se curvaron en una mueca preagónica. Tenían ante sus ojos al paladín que le había salvado, al hombre que se disponía a suministrarle más ayuda, y que le garantizaría quizá la inmunidad ante la Ley. ¡Un ser bueno, en suma, a quien no le importó luchar con la valentía de un león para consolidar su misión!

Era un enemigo, y había procedido con él con más consideración que sus cómplices.

—Es necesario que Vitorio sepa... —dijo —que esos bandidos no son de fiar... No laboran por los negros..., sino a favor de sus instintos de rapiña...

Dick estaba ante la muerte, que le merecía siempre gran respeto. Pudo pedir nombres, pero vio que los segundos de vida del que rescató estaban contados, y que era una suprema impiedad preguntarle, atosigándole. Le dejó hablar, dispuesto a cumplir su última voluntad.

—Vaya a la próxima reunión de negros —dijo el moribundo—. Tome mi anillo y... ¡pase por uno de ellos! Tengo un papel en el bolsillo... que debe entregar a Vitorio...

—¿Quién es Vitorio? —preguntó Dick, obligado por las circunstancias.

La boca del agonizante se distendió en una mueca, que quería semejar una sonrisa.

—Todos le conocen —musitó—. Simboliza... la emancipación... la igualdad... aquí en la tierra, hermano.

Así quedó truncada la vida de un hombre de color que en sus últimas palabras supo plasmar la gran ansiedad que le animó siempre. «Vitorio» era un símbolo, y la definición de «hermano» con que distinguió el moribundo a su salvador otra pista para el cerebro convertido en caos.

¿Qué tenían que ver las luchas de raza y el problema de color con el asunto que Dick estaba investigando? ¿Habrían sido sus pasos en la noche un tanteo absurdo, y loco, sobre otro complot distinto del que investigaba? Es indudable que en una gran ciudad, y en los bajos fondos, hay una serie de intrigas y conspiraciones a diario, pero... ¿qué tenían que ver las palabras del que acababa de morir con la bomba que costó la vida a un especialista en estudios nucleares?

La mano del muerto, apoyada merced a un pequeño desnivel sobre las puntas de sus dedos, parecía señalarle la tierra madre; de la que todos somos hijos y, por tanto, hermanos. ¡También el problema del color es un asunto que cae en la esfera de acción del F. B. I.!

Dick entreabrió la chaqueta del cadáver y quedó al descubierto un jersey listado, a rayas blancas y negras, que debía desgarrar para apoderarse de la documentación del infeliz. En el bolsillo izquierdo de la chaqueta encontró un papel doblado y lo tomó: tenía algunas manchas de sangre y postergó su examen para más adelante.

Del dedo anular del negro, doblado bajo su cuerpo, sacó un anillo de plata que tenía engarzado un tornasol.

Pasos que se acercaban al lugar le hicieron precipitar la marcha, abandonando cualquier nueva gestión.

¡Un federal, en virtud de ciertas rivalidades, tenía que proceder como un vulgar maleante! Debía escapar de allí para no ser sorprendido y sujeto a un interrogatorio que no le interesaba en el momento...

La Metropolitana, eterna rival, podía seguir investigando acerca del atentado de la emisora. Dick debía, por su parte, seguir las instrucciones que le dio un agonizante e ir en busca de «Vitorio, aquél a quien todos conocían». Y hacerlo en el transcurso de una fiesta ritual de negros, disfrazándose como si fuera uno de ellos.



ANTES, AHORA Y SIEMPRE TRIUNFA EL

F. B. I.

UNICA COLECCION EN EL MUNDO
QUE REFLEJA LA AZAROSA VIDA DE LOS FA
MOSOS AGENTES NORTEAMERICANOS.
¡COLECCION TRADUCIDA A OTROS IDIOMAS!

III



¡Gracias!

OY poco fumador, hijito.

Donlevy tenía ante sí otra vez a Dick Mont, vestido con la sobria parquedad de a diario, pero libre también de su colección de harapos. El agente le tendía su pitillera, con un gesto que el inspector equivocó.

—No se trata de eso, señor —replico el joven, que gustaba aplicar a «Capataz» un tono respetuoso y filial—. En este objeto hay huellas digitales que me convendría poner en claro... ¡hoy mismo!

El rostro del anciano, ligeramente abatido, sufrió la reacción de la sorpresa. Era de noche ya, y hacía seis horas que la New Tefe-Visión había dejado de radiar sus programas por un período más o

menos largo, con el local clausurado por la Policía y el problema de sustituir la mayor parte de su material técnico y al afable Jackson.

Docenas de federales estaban realizando gestiones paralelas a las de Dick sin resultado positivo hasta entonces, y he aquí que el hombre que se ofreció voluntariamente —por teléfono— aportaba una ayuda. ¡Huellas digitales!

A Donlevy no le cupo la menor duda que su auxiliar favorito había obtenido algo importante, y la depresión que le invadía —que el aire serio y extraño de Dick contribuyó a aumentar— se transformaba de lógico pesimismo en euforia.

Tendió la mano y tomó el bruñido objeto con sumo cuidado por los bordes; precisamente por el sitio donde no podía, en modo alguno, destruir las marcas de los dedos que hubieran tocado la superficie plana.

—¡Haberlo dicho! —farfulló el inspector—. ¿En qué demontres consiste la petición?

—Es tarde ya... —aclaró el joven moreno —y desearía que los técnicos hicieran las «fotos» y consultaran el archivo.

Todo lo que Montgomery tenía de eficiente y desprendido en su labor era respetuoso y corto en lo que se refería al trabajo ajeno. Por nada del mundo hubiese pedido a un compañero permanecer un minuto más fuera de su tiempo para auxiliarle en el Departamento, y por ello acudió al inspector.

Éste soltó una carcajada al oírle.

—¡Inmediatamente! —dijo, pulsando un zumbador—. Estaría bueno que no hubiese jornadas de trabajo para ti y los demás gozaran de un trato de privilegio.

Segundos después aparecía en la puerta del despacho un individuo alto y delgado, vistiendo como somero uniforme un ajustado mandilón, largo y de color azul. Donlevy habló con el ordenanza brevemente, y en el acto desapareció el subalterno como tragado por un escotillón, con la pitillera en la mano. Eso sí: la llevaba con el cuidado que exigen un recién nacido, y especificando un poco más con el tacto anormal que precisa un sietemesino.

«Capataz» se volvió entonces hacia su hombre de confianza, y señalándole un sillón se arrellanó en el que estaba tras de su mesa de escritorio. Parecía reconciliado de nuevo con el lado amable de las cosas.

—Cuéntame —pidió al federal a sus órdenes.

—¡La Metropolitana cogió a Norton! «Seis Dedos», señor —replicó Dick— y lo tienen en su cuartelillo de Cumberland. Como ya sabe, estuve a visitar al confidente Silver, y lo encontré muerto. Luego, en el negocio de John «el Largo» hubo una pequeña algarada... ¡Parece ser que esperaban a alguien que no les era muy grato!

Dick solía expresarse en presencia de su jefe —y ante cualquiera — minimizando siempre sus actos y restando importancia a su intervención. Una especie de pudor, instintivo, le hacía enjuiciar su labor con suma parquedad, y aquella timidez cargaba por demás al inspector que lo consideraba como un extraño complejo.

¡Precisamente era lo que le cohibía para confiar al joven parte de la responsabilidad del Departamento, cara a su próxima jubilación!

Alto y delgado, ascético, el rostro del inspector merecía un detallado estudio descriptivo. En sus mejillas, perfectamente rasuradas, destacaban ante todo los ojos vivaces, que solían lanzar destellos en cualquier ocasión y estaban remontados por cejas hirsutas y pobladísimas.

Tal bosque en miniatura formaba en ocasiones un parapeto para su vista; de modo que le bastaba agachar la cabeza para que las pupilas —diamantinas— quedasen ocultas por la maraña pilosa. Su mandíbula avanzaba tesonera como la quilla de un rompehielos, y demandaba acción en cualquier instante. Sus orejas, pegadas al cráneo, captaban el menor rumor en torno suyo, y era fama entre los supersticiosos que «oían» también los pensamientos de sus interlocutores. Su frente, amplia, abombada, era un arca de células grises; bien seleccionadas y en constante trabajo de superación.

—¡Hum!... Veamos —murmuró, alisando su cabellera gris con una mano larga y ascética—. Parece que has tenido que luchar contra la «Metro» y el hampa, por partida doble. ¿Qué has sacado en limpio, hijito? Supongo que no será tan sólo el chirlo de la sien...

Nada escapaba a la sagacidad del inspector. Pese a que el joven se aplicó en su casa, sobre el levísimo rasponazo, una suave capa de maquillaje, los ojos aguileños observaron el rastro candente de una tala. Ello aumentó la desazón de Dick, que se sintió escrutado hasta el fondo del pensamiento. Su timidez se hizo más perceptible.

—Verá... —titubeó—: se trata de algo delicado. Lo cierto es que he recibido la confidencia de un moribundo, y quisiera saber, antes de hablarle, si su personalidad guarda relación con el caso. Tal vez sea la pista equivocada, y no quisiera...

—Bien —atajó el «Capataz», con un gesto—. No hablemos de ello, si te molesta. Voy a sacar el “*dossier*” de Jackson mientras llega ese condenado informe.

Donlevy se dirigió a un mueble archivador, con ligereza impropia de sus años —bordeaba ya los setenta— y extrajo un abultado paquete que abrió sobre su mesa. Al cabo, con voz monótona e impersonal, empezó a leer.

¡Dick se había equivocado! El hombre que catalogó como simpático; y que indudablemente lo era en su trato con el público, tenía un historial harto desagradable. Era nada menos que uno de los elementos activos de la famosa sociedad del Ku-Klux-Klan, la misteriosa organización que tenía a su cargo el aniquilamiento de elementos de la raza negra.

No había intervenido, como otros, en la creación y progreso del reciente Estado de Liberia, ni emancipando a las gentes de color mediante la cultura y el trato humano, sino que tomó parte en algunos «progrooms» y masacres de tataranietos de esclavos, y era de los más opuestos a que la corriente emancipadora fuese implantada en la Unión.

Repudiaba el contacto de la raza inferior, y como hombre poderoso supo usar su influencia para adquirir patente de corso. Fuera de sus actuaciones públicas se tenían informes de que seguía laborando contra la mezcolanza cosmopolita.

—Ahora comprendo por qué en las emisiones que dirigía no actuó nunca un solo miembro de color —murmuró Dick, al dar fin su jefe a la lectura del extenso informe.

—Jackson procedía de los Estados del Sur —corroboró el inspector—. Llevaba en la masa de la sangre el odio contra los negros; pero, afortunadamente, van quedando pocos individuos de esa clase. ¡Los cimientos para acabar con la discriminación racial están firmemente colocados!

Sonó un discreto tabaleo en la puerta, y a la voz de autorización del inspector penetró en el despacho el empleado del mandil, llevando en las manos la pitillera de Dick y un tarjetón con huellas

digitales. Depositó ambas cosas en la mesa, ante Donlevy, y luego se retiró con la silenciosa ingravidez de un fantasma.

—¡Ajajá! —exclamó «el Capataz», echando una ojeada a la ficha antropométrica—. ¡Un negro! Me parece que estás sobre una buena pista, Dick.

—¡Lo siento, jefe! —Fue la extraordinaria respuesta del federal, y entre los dos hombres se extendió durante segundos un silencio ominoso.

¡Se entendieron con pocas palabras!

Resultaba que, por lo que quiera que fuese, Montgomery había puesto el dedo en la llaga, y nunca mejor empleada la frase. Precisamente cuando ambos hombres acababan de coincidir —en que los negros tienen los mismos derechos de cualquier habitante de la Unión—, la secuencia resultaba hartamente dramática: ¡también poseen las mismas obligaciones ante la Ley! Y si ésta tolera que ciertas personas sean enemigas mortales de la hermandad negra..., ¡sus víctimas deben ser puestas a manos del verdugo en cuanto delinquen contra su enemigo, atentando contra sus bienes económicos o su vida! No tienen derecho a defenderse por sí mismos, y han de ser perseguidos criminalmente.

¡Dick debía encargarse de continuar un asunto que le repugnaba en lo íntimo, como era desagradable perseguir al que hubiera asesinado a un defraudador contumaz del Fisco, a un rijoso y repugnante avaro!

—¡Lo siento! —resumió Donlevy, tendiendo una de sus flacas manos al joven—. Si hemos de implantar la Ley no puede haber simpatías para los delincuentes. ¡Está clara tu tarea!

—La seguiré —confirmó el federal, ahogando un suspiro—. Si no desea otra cosa de mí...

Elevó su desgarbada osamenta y se mantuvo en pie —un poco vacilante— ante el inspector. Éste hizo un gesto de «adiós» con la mano, y luego contempló al que se había metido afectivamente en su corazón, alejado en forma voluntaria de afectos para seguir los dictados del deber con la mayor objetividad.

—¡No es poco, hijito! —murmuró el anciano al ver alejarse al auxiliar—. Que tengas suerte...

Un comando del siglo xx salió del despacho, rumbo a su destino; cargado como Atlas con un peso agotador, muy mucho superior a

sus fuerzas físicas y morales.

¡Pero no desmayaría! Prometió obediencia al
F. B. I.,

y aun en el caso de que la Ley le ordenase detener a Elsa Cameron —o al propio inspector, en quién veía a un padre amantísimo—, lo haría.

Un galeote de los tiempos actuales partía a cumplir su misión árida y difícil, sin otra contrapartida que recibir una de dos cosas: un balazo certero, o una muy discutible satisfacción de tipo moral. Ambas, de cualquier modo, afectarían a su víscera cordial.

Dick salió del Departamento lleno de preocupación. Su deber estaba claro y diáfano: perseguir al individuo de color que, indudablemente, dio la orden de asesinar a Jackson, empleando un procedimiento terrorista y vituperable. Debía descubrirlo y proceder a su arresto con pruebas, como preámbulo para ser ejecutado: no había otra opción. Sin embargo...

Desde el momento en que Jackson había actuado contra los elementos de su raza, existía la disculpa moral de la defensa; tanto más que pese a todas las leyes y articulados legales, el fenecido director de la emisora actuaba amparado por cierta clandestinidad, el tacto de codos de los poderosos que exhiben falsas banderas.

¡Tanto más que, a igualdad de delito, el negro era castigado siempre con más rigor por los jueces! Como si su pigmento constituyese una barrera y un anatema: eso era bien visible, incluso para el más cegato de los observadores.

Cuando la Prensa da conocimiento de un atentado, de un crimen, la gente se horroriza mucho más si el delito lo ha cometido un negro, y extrema la acritud de sus comentarios.

Dick tenía que luchar contra un delincuente, y el complejo que exacerba su delito.

El federal marchó a su domicilio a descansar. Necesitaba un reposo bien ganado para curar sus lesiones; tanto más que los pasos siguientes requerían esperar un par de días, hasta que se celebrase la fiesta negroide de que iba a constituirse invitado clandestino.

La demora sería bien utilizada, de todos modos: en tal lapso de tiempo, el joven debía imponerse en la complicada red del ceremonial que había de cumplir; como si en vez de hallarse en una ciudad civilizada estuviese asistiendo a una reunión retrotraída un

par de siglos atrás, en medio del misterioso continente africano.

Otros federales se habían encargado de tamizar las relaciones de la segunda víctima: Krane. Dick debía limitarse a seguir la orientación que le facilitasen ritos bárbaros, y a esperar su día con una paciencia dolorosa. Al fin llegó el momento de la difícil experiencia, anunciada por un confidente de color. ¡Nunca supo tan amargo al

F. B. I.

el pago de una traición!

Desde el anochecer se dedicó Dick Montgomery a vigilar a los negros destacados de la ciudad, seguro que le llevarían como de la mano al lugar de la fantástica cita. Su asombro corrió parejas con su satisfacción de sabueso al ver que los pasos de los perseguidos, indefectiblemente, le llevaban a un moderno edificio de Golden Gate, en la Western Addition y muy cerca de Richmond District.

¡Nada más alejado y distinto de una «tenida» en la jungla, entre colosos vegetales y el silencio de siglos, que el gigantesco y limpio edificio en que vio desaparecer a los que seguía celosamente!

Uno tras otro, los dos hombres de color que seguía por sí y por medio de un auxiliar llegaron, con relativa coincidencia de tiempo, hasta penetrar en un lujoso bar que ostentaba el pintoresco título de La Mancha Blanca. El local resplandecía de luz y era la antítesis de un antro lúgubre y clandestino.

Dick observó, esperando cerca de la puerta, a otros elementos de color que seguían llegando al local. Gentes de toda clase y condición social acudían al bar, murmuraban a la puerta una frase brevísima y les era permitido el paso hacia el interior del negocio, donde penetraban estratégicamente espaciados.

Dick sabía «oír» las palabras estudiando el movimiento de los labios de quienes las pronunciaban. Así, no le costó trabajo identificar la que servía de consigna o clave para la entrada, y que murmuraban todos y cada uno de los llegados. Era tan sencilla, que Dick bien pudo haberla adivinado.

—Vitorio...

¡Vitorio! El nombre que murmuró el moribundo, con deleite, al rogar a su mortal enemigo que se hiciera transmisor de un mensaje postrero, definitivo.

El federal, abombando el pecho, se dispuso a la prueba de

habilidad y nervios, de astucia... ¡y de expiación!

—¡Vitorio! —murmuró al pasar junto a un gigantesco negro uniformado, que hacía las veces de portero del local.

Sintió resbalar sobre su piel una mirada fría, calculadora, y percibió luego una levísima respuesta:

—Reservado veintiséis. ¡Aprisa, hermano!

No tenía nada de particular que el cancerbero hubiese dado el visto bueno a Dick, toda vez que la consigna era exacta y un leve pigmento oscuro, de mestizaje, cubría la cara y las manos de Dick. El joven vestía ropas sencillas, modestas sin afectación, y en su mano izquierda lucía la sortija de plata que tenía engarzado un tornasol. Además, en uno de sus bolsillos llevaba el papel, arrugado y sangriento, que le confió el hombre muerto en los muelles de la bahía.

¡Un mensaje escrito en signos extraños, que Dick trató inútilmente de identificar como una clave maligna!

El bar resplandecía de luces y de cristalería, de metales bruñidos y rostros sonrientes. Allí había una multitud cosmopolita, alegre, que no se preocupaba lo más mínimo de quienes les rodeaban. Era próxima la medianoche, y el bullicio estaba en su momento culminante.

¡Cosa extraña! No se veía un solo negro en el local. Blancos eran los clientes y los servidores, blancas las mantelerías y las paredes, en cuyos motivos ornamentales nada recordaba a los hijos de África, quemados desde milenios por un sol tórrido.

La Mancha Blanca era un título muy simbólico, pero nadie parecía advertirlo en su interior. Dick, por no hacer preguntas, decidió esperar unos segundos la llegada de un nuevo conjurado.

No tuvo que aguardar mucho, y cuando apercibió a un negro descomunal —con trazas de púgil— se agregó a él como si fuera su oficioso segundo o el que actuaba de «*sparring partner*». Así vio que, desmañadamente, el hombrón se dirigía hacia una escalera que descendía hacia un sótano, desierto, y que allí se encaminó con la seguridad que da el hábito hacia una puerta numerada.

Dick abrió la boca, asombrado al ver la cifra «26» destacando visiblemente. Había dejado atrás otra con un número interior, y de tan reducidas proporciones cada cuarto, que sólo podrían albergar, a lo sumo, media docena de personas.

¡No era la tal cifra una segunda clave, sino que, en efecto, el espiado por Dick penetraba en un reservado! ¿Cómo lograrían alojarse en él docenas y aun cientos de personas?

La explicación fue rápida e inmediata. Dick dejó pasar al púgil, y poco después se introdujo a su vez en el reservado, abriendo la puerta, que giró sin el menor ruido. Una segunda sorpresa aguardaba al joven: ¡no había nadie en el interior, tan pequeño como había supuesto!

El mobiliario lo componían una mesa redonda con cuatro sillas a su alrededor, y al fondo del cuchitril un diván. La luz estaba encendida y Dick se sintió espiado en la soledad.

Debía obrar con soltura y seguridad, ¡o estaba perdido a poco de iniciar su gestión!

Una simple mirada de asombro, de estupor o extrañeza y él mismo se condenaba. Allí tuvo que usar su cerebro con pasmosa eficiencia, controlando con rigor todos sus impulsos y sensaciones, sin traslucir la menor señal de pasmo.

Dick tenía que pensar, además, con velocidad pasmosa. De las cuatro sillas que había en el local, tres estaban adaptadas en torno a la mesita, y la otra ligeramente desviada. Era indudable que debía sentarse en ella, pues la tapicería del sofá se mantenía incólume. Además..., delante del asiento —que alteraba levísimamente el orden— se veían pequeños arañazos en el suelo encerado.

¡Indudablemente era aquello, toda vez que las paredes no mostraban ranuras o zócalos de tablas que ocultase un dispositivo secreto empleado como pasaje!

Pensar tal serie de cosas fue cuestión de segundos para Dick, y nunca como entonces puso a prueba la agilidad mental adquirida en Quántico y desarrollada «*a posteriori*» en los mil actos cotidianos de su vida.

El reservado no era sino un camino de paso hacía más tenebrosos lugares.

Dick no hizo sino sentarse en la silla y fijar sus pies donde había muestras de insignificantes arañazos. De forma casi involuntaria se agarró a su respaldo, y...

¡En el acto el suelo faltó a sus pies!

Se sintió desplazado hacia el vacío, y cuando quiso darse cuenta se deslizaba a gran velocidad pendiente abajo. Estaba en la más

absoluta oscuridad, pasajero de un fantástico tobogán del que no sabía el objeto ni el destino. ¡Lo mismo podía encaminarle a la muerte que al éxito!

Ya no estaba en la silla. Nada más sentarse en el mueble sintió el brusco desplazamiento que le arrojaba a la bruñida superficie, y la trampa que se abrió a sus picase cerró sobre su cabeza sin un solo rechinamiento. Allí arriba —¿a qué altura y distancia?— la silla estaba preparada otra vez —bien sujeta al suelo— para recibir a un nuevo confabulado.

¡Y era un federal lo que portaba la rampa misteriosa!

Dick no lanzó el menor grito ni dio muestras de sorpresa. Sabía que muy pronto se abriría otro orificio, y que a la puerta de él esperarían segundones del cerebro que planeó todo aquello. Tal vez estuvieran disponiéndole un severo interrogatorio, y al descubrirse la superchería iba a resultar mortal la encerrona donde entró voluntario.

No importaba: ¡la prueba de nervios había de vencerse con hielo en la sangre!

Efectivamente: como había pensado, y al fin de la ruta en declive, zigzagueante en su último recodo, un hueco se perfiló ante él denunciando vida, luz y ruido, bullicio de conversaciones y risas. Cuatro manos sujetaron a Dick, frenándole, y cuatro pupilas se clavaron en su rostro.

Más allá había personas de ambos sexos, que formaban la más heterogénea y pintoresca de las reuniones. Predominaban los trajes de colores alegres, chillones, y en el ambiente se advertía un tenue olor de bebidas alcohólicas.

El joven iba a pronunciar de nuevo la palabra «sésamo», pero se contuvo muy oportunamente. Los dos negros que le aferraron, sin violencia, se limitaron a mirar su mano izquierda, y al ver lucir en ella la gema de la sortija le soltaron sin hacerle la menor pregunta.

¡Acababa de penetrar en el más secreto de los refugios de San Francisco, con un salvoconducto de inmunidad!

Todos los asistentes lucían una gema similar a la que el federal llevaba. Unos montada en oro o platino, y otros en el más vulgar de los metales; pero el ópalo girasol era del mismo tamaño y características.

La montura reflejaba la situación económica del poseedor, su

gusto o aficiones personales; la piedra era el lazo de unión que los identificaba, hermanándolos.

Dick se dio cuenta de que no había sólo elementos de la raza negra, o mestizos, en el sótano de vastísimas proporciones. Vio también algunos blancos, y entre ellos era fácil identificar algún que otro miembro del hampa. A poco de encontrarse en el lugar, a seguro, Dick sintió aletear la sombra de una inquietud.

¡Podía ser identificado rápidamente, pese al maquillaje que ennegrecía su tez y a las ropas modestas que le minimizaban! Su fisonomía era hartamente conocida en los bajos fondos de San Francisco.

Además... ¡estaba solo! No podía dirigirse a ningún corrillo y trabar conversación con desconocidos, porque surgirían las preguntas lógicas y sería descubierta la suplantación. Podían preguntarle en qué centro de reclutamiento entró a formar parte de la resistencia, y quedaría descubierto a las primeras de cambio.

¡Lo peor era que, estando solo, se haría igualmente sospechoso!

¿Preguntar por Vitorio? Tal cosa le hubiera hecho víctima, de inmediato, de las iras de los reunidos. ¿Quién desconocería allí al gerifalte negro, que era alma y vida de la asociación? Indagar acerca de él era algo semejante, por su discordancia, a un londinense que ignorase el edificio del Parlamento, la Estación Victoria o Picadilly. O como si el federal, que conocía San Francisco desde su niñez, interrogase a un transeúnte el mejor camino para ir hasta el Puente Oakland, sobre la bahía.

Dick decidió hacer lo único lógico y viable en semejantes circunstancias. Había percibido el olor a bebidas alcohólicas, fuertes, y vio al fondo del enorme sótano de cemento una gran mesa bien abastecida. Sin la menor vacilación Cruzó entre los corrillos, y llegado ante un simpático «barman» le pidió con sencillez un vaso de ron.

No hizo el menor ademán de pagar, supuesto que nadie lo hacía allí, y con su dosis de brebaje se dirigió hacia el sitio más animado y bullicioso de la estancia. Así, cuando hubiera peligro de ser visto por alguno de los blancos que pululaban por el local —y cuyo número era absorbido por la mayoría de color—, el vaso y la mano que lo sujetaban le servirían de antifaz momentáneo, ocultando buena parte de su archiconocida fisonomía.

Además de inteligencia, tuvo suerte. Observando a sus más

inmediatos vecinos, y procurando no destacar entre ellos, sintió el tañido angustioso de un gong, y en el acto se hizo patente un silencio absoluto, místico.

A poco se apagaron las luces del local, y Dick se dispuso a presenciar una nueva fantasmagoría.

Hubiera podido jurarlo sin equivocarse, sabedor de lo aficionados que son los negros a espectáculos de tal índole.

Una música suave, dulzona, empezó a invadir la gran habitación; el extraño «auditorium» de colosales proporciones. El federal identificó su fuente por ciertos sonidos, como arañosos, de los que la pieza ejecutada no lograba desprenderse.

«Un disco —pensó—. Los “salvajes” adoptan las conquistas de la técnica...».

Aquel «introito» debía ser algo sagrado, ritual, porque apenas se oía el rumor de las respiraciones. Resultaba mágico, en cierto modo, que el bullicio anterior hubiera cesado de un modo tan radical, y que los efectos del alcohol en las mentes enfebrecidas hubiera desaparecido sin dejar vestigio. Pero pronto la válvula de expansión surgió de nuevo, prepotente y magnífica, y el propio Dick no pudo sustraerse al clamor general —de admiración— suscitado al encenderse nuevamente luz.

No era blanca, ya, sino por contraste simbólico y obligado, luz «negra». De improviso brillaron los dientes y las uñas de los reunidos, los botones de nácar, los collares de perlas de las mujeres, algunos aderezos y todo lo que excitaba su fosforescencia.

Sin haber «luz» en la sala, brillaban las gemas de tornasol que todos los presentes ostentaban en su dedo anular izquierdo, y así se organizó el más extraordinario cortejo que Dick había presenciado en su vida. ¡Un desfile en la oscuridad total!

«¿Adónde vamos?», meditó el joven.

Era evidente que las gentes se desplazaban en avance ordenado y guiándose por los destellos que hacían emanar de sus personas los rayos infrarrojos. La música no había cesado, y adquirió algo así como un aire marcial, de marcha militar suavemente disciplinada.

Viendo que se quedaba solo entre cientos de personas en movimiento, Montgomery tomó cómo guía a su más próximo vecino y se colocó tras de él, a favor de su propio desplazamiento. Así caminó, engrosando la fila que giraba —en la sombra total— como

una sierpe que retorciese sus anillos.

¡No salieron de la habitación! Al cabo la música cesó, extinguiéndose la luz negra a sus últimos compases. Alguien siseó cerca del joven el nombre de Vitorio, y se hizo comprensible que el adalid de la raza negra iba a presentarse en breve. ¡Se aproximaban los acontecimientos!

De repente, luces «normales» se encendieron y se produjo el segundo clamoreo. El misterioso artífice de la resistencia sabía graduar, sagaz, el entusiasmo de sus afiliados.

Luces rojas, verdes y azules alumbraron suavemente el local, produciendo un electo asombroso, incapaz de ser ideado por la fantasía del más pródigo novelista. Donde antes se alzaban paredes; desnudas y frías, de cemento, se veían enormes perspectivas de selva y de montañas, de rincones paradisíacos de la Naturaleza.

Dick hubiera asegurado de no asistir a los hechos conforme se habían producido, hallarse en una selva de verdad, en un deleitoso lugar en el recóndito corazón de África. Y la distancia que habría calculado «sagazmente», de haber despertado allí de improviso, era de un par de millas desde los extremos que abarcaba su vista. ¡Tanto como hay desde Laguna Honda hasta Fort Point, en Presidio!

Era absurdo, y ciertamente maravilloso. Los telones que habían descendido a lo largo de las paredes del fondo estaban superpuestos de tal modo que daban impresión de transparencia y profundidad. Una leve corriente de aire hacía moverse el follaje de los árboles, pintado por verdaderos artistas; las aguas de un «manso lago» e incluso las nubes que parecían desplazarse por el aire en lo que representaba como campo abierto.

De una «cabaña» de la misteriosa escenografía surgió un negro de rostro venerable, que a Dick recordó el tío Remus de los cuentos infantiles llevados al celuloide.

Únicamente se diferenciaba de él que vestía una capa escarlata, y cubrían su rostro y parte de su cuello collares de amuletos o entretejidos con flores naturales. Un clamoreo indescriptible, que en principio fue solo un murmullo, coreó su espectacular aparición, y de todas las gargantas brotó el nombre que era llamada vibrante y cordial.

—¡Vitorio! ¡Vitorio!

El anciano entonó una melopea, cuyo estribillo fue coreado con

entusiasta unanimidad. Dick tuvo que pellizcarse para comprender que no estaba soñando. Con voz bronca, pero atemperada, murmuraba con el entusiasmo del más exaltado de sus vecinos:

—¡Oh! ¡Oh Ricine! Injogü mascula jo wala... [1].

Sin embargo, el leopardo en él. Donde todo tenía un significado, y un símbolo, también era perceptible que un representante de la odiada ley blanca —por poco igualitaria y excesivamente compleja para las mentes primitivas— había sido descubierto y pronto lo lancearían los ojeadores negros. En aquella selva artificial, que recordaba por tantos motivos la libre y maravillosa de generaciones anteriores de seres libres, los timbales de los cazadores anunciaban una victoria. Y el que la pregonaba era el hombre al que, por extraño decreto de la suerte, el propio Dick Montgomery, debía atrapar.

¡Vitorio, emancipador de los infelices cuyos abuelos esclavizó el pasado! ¡Vitorio, fanático protector de los nietos aherrojados por la Ley en el presente!

La ceremonia continuó, exaltando la fibra combativa de los reunidos; de aquellos que la servidumbre doblegaba a diario y de los bandidos blancos que medraban fomentando el odio racial y sacando pingües beneficios.

La noción del tiempo se perdió para el federal cuando los cánticos siguieron en una progresión infinita, ascendente. La sangre de algunos gallos fue recogida en aras de piedra, y se bebió en cuencos de barro, pronunciando solemnes juramentos. Cuando el ruido y el bullicio se hicieron más ensordecedores, y al lado de imágenes santas se alzaron toscos idolillos de teca o de marfil, fetiches y garambainas en la fantástica mezclanza, amanecía ya sobre la región de clara ascendencia hispana. La fiesta seguía, incesante, sin un punto de referencia que ligase a sus adeptos con el mundo exterior.

Después de horas de confusa babel de cánticos, bailes y ritos extraños; cuando de los ojos de cada reunido brotaba una luz roja semejante a las que alumbraban el local y se vaticinaba la orgía, las luces blancas se encendieron, destacando al hombre que había procurado conservar su compostura y que, en vano quiso acercarse una y otra vez al oficiante máximo. Fue Vitorio, por extraño contraste, quien señaló a Dick al expandirse la luz delatora, que

apenas borraba de la imaginación las sombras de pesadilla.

—¡Ése es! —dijo, señalando al joven—. ¡Traédmelo!

Docenas de seres obedecieron la consigna lanzada en extraña lengua, y Dick comprendió que la verdadera pesadilla empezaba para él; precisamente al borrarse todo vestigio de la ficticia.

¡La excitación progresiva había dado su fruto! No eran ojos —sino chispas centelleantes— los que le asaeteaban como carbunclos. No eran manos —sino garras impías— las que se tendían hacia él tratando de despedazarlo. Y Vitorio le pareció el más repelente de los brujos; un ser que sabía exacerbar poco a poco el dormido espíritu de rebeldía hasta llevar a los suyos a cúspides de sanguinaria epopeya; de culminación, de apoteosis.

Se sintió zarandeado por tipos feroces, que pretendían hacerle víctima del furor colectivo, y entonces se limitó a defenderse, como solía. ¡Aunque hubiese penetrado de modo clandestino en un mundo extraño, quimérico, su vida era algo tangible y real! Debía protegerse contra la violencia, porque tenía dos misiones que cumplir: la primera, que se cumpliese en toda su pureza la justicia que representaba.

¡Luego, transmitir a Vitorio, su verdugo, el mensaje de un moribundo!



ANTES, AHORA Y SIEMPRE TRIUNFA EL

F. B. I.

UNICA COLECCION EN EL MUNDO
QUE REFLEJA LA AZAROSA VIDA DE LOS FA-
MOSOS AGENTES NORTEAMERICANOS.

¡COLECCION TRADUCIDA A OTROS IDIOMAS!

IV



AL vez salvó a Mont la orden dada por Vitorio de llevarlo a su presencia; pero también puso contribución al salvamento la denodada valentía con que se defendió de la masa bestial.

Con denuedo y asombrosa ligereza eludió los primeros envites de los hombres a quienes alcohol y la excitación llevaron al delirio místico. Dejándose a jirones su ropa en la contienda, Dick atacó una y otra vez, resistiendo briosamente y batiéndose en retirada cuando lo requería el inusitado furor de sus contrarios. Algunas mujeres chillaban, consternadas, y en la funesta pugna contra la multitud el federal fue traído y llevado por gentes de toda condición. Así y todo, las exclamaciones de furor de los hombres fueron trocadas, múltiples veces, por lamentos y quejidos, maldiciones y ayes. En

cambio, los labios de Dick se mantenían crispados tesoneramente, pese a que algunos puñetazos asestados en ellos los deformaron, haciéndole sangrar.

No se perdió por ello la fibra poderosa y magnífica que alentaba en el joven, que hasta el último momento combatió con el mismo tesón con que inició el combate.

Los «árboles» de los múltiples telones fondo parecían alentar su ansia de escapar, mintiéndole un espejismo en el que podía competir, dada su ligereza, con los más ágiles y veloces adversarios. Pero las paredes de cemento, frías y hostiles, estaban detrás de la ficticia promesa.

Dick tuvo que hacer tan infinitos zigzags, huyendo siempre ciego la libertad fingida, que parte de los colosos pintados se abatieron, y ello fue el principio de su fracaso. Una de las telas pintadas cayó sobre él, y fue envuelto en la sutilísima red por varias manos nervudas, cuyos propietarios se libraron así de las embestidas del coloso.

Después de múltiples forcejeos —con las venas del cuello monstruosamente hinchadas— fue llevado hasta la presencia del hechicero.

—La reunión ha terminado —exclamó el austero liberador, convertido en oficiante—. ¡Salid de aquí en el más perfecto orden!

Dick no pudo averiguar el misterioso procedimiento de que se valieren docenas de confabulados para alcanzar la calle y fundirse en el anonimato de la ciudad. Ligado por cuerdas —aparecidas oportunamente—, fue arrastrado hacia habitaciones oscuras, adicionales al enorme local donde se desarrolló la contienda. Seis tipos se lo llevaron hacia el definitivo ajuste de cuentas.

Las prendas del joven, su chaqueta y la desgarrada camisa, que al serle arrebatada ponía en evidencia la superchería de su piel blanca acompañaron al cautivo. Dick quedó tendido en el suelo, jadeante y sin poder hacer un movimiento voluntario. Luego la luz se apagó, permitiéndole concentrarse y reflexionar sobre lo amargo de su destino.

Era indudable que no volvería a ver la luz del sol. Había descubierto un secreto celosamente guárdalo, y su muerte era imprescindible para seguir conservando el misterio la organización. Luego de un duro interrogatorio, acompañado quizá de los más

refinados tormentos, la pobre y desamparada materia sería aniquilada por cualquier medio fantástico y medieval.

¡No había opción, y era fatal que sucediera así!

Fuera de la estancia recoleta se oía la voz declamatoria del líder. Vitorio arengaba a sus hombres en voz alta, aconsejándoles y dando sus últimas consignas. No era perceptible el sencido de sus frases, aunque Dick hubiera podido vaticinar la mayor parte de ellas.

—¡Guardad en silencio lo ocurrido! Ni entre vosotros mismos debéis hablar de ello: ¡las paredes oyen! Más adelante os comunicaré, por nuestros fieles, el nuevo lugar de reunión. Este debemos abandonarlo definitivamente.

Era natural que procediesen así. Un federal había llegado hasta el refugio aislado, y debía suponerse que su emplazamiento era conocido ya. Sin duda el hombre apresado habló con sus jefes de lo que se preponía, y tal vez el lugar estaba cercado. Interesaba desalojarlo rápidamente, para evitar un copo gigante y que la ansiada libertad se cambiase por el hospedaje oficial de alguna penitenciaría.

Luego hubo un silencio que a Dick pareció eterno, mientras su cerebro era un caos de zumbidos y todo su cuerpo acusaba el tremendo castigo. Sus músculos y huesos le dolían a una, y el suplicio era más inaguantable, puesto que las cuerdas opresoras no le permitían el menor desahogo. Fue en vano que el agente relajase su cuerpo y que lo cometiese a poderosas tensiones para aflojar un ápice las ligaduras.

Los que le habían apresado sabían su papel a la perfección. Estaba, preso por las cuerdas, tan seguro como si éstas fuesen cables de acero, y no podía cuajar la menor tentativa liberadora.

En un duermevela penoso sintió que el ruido cesaba, poco a poco, hasta convertirse en el más absoluto silencio. Una oleada de horror bañó al cabo las sienes del héroe.

¿Pretenderían dejarlo allí hasta que se extinguiera su vida, preso de sus ataduras y sometido al tormento del hambre y de la sed? Esta última empezaba a hacer estragos en el joven, debido a la fiebre que iba invadiéndole y que le atenazaba con sus garras.

¡No! Era obligado que le interrogasen. Además, dejarle vivo suponía una posibilidad de escape, bien por sus medios o mediante la intervención del

F. B. I.

La idea de morir de inanición, sintiendo el cuerpo consumirse en el fuego del delirio, se alejó de la mente de Dick, bien controlada aún, pese a la tensión angustiosa que le invadía.

Pero el silencio y la incertidumbre eran un martirio también, tras del bullicio de aquelarre y la monumental paliza. Si sus carceleros pretendían que hiciese examen de sus posibilidades, en la pausa expectante, estaban logrando un primer éxito psicológico. Lo que no lograrían, pese a todo, era que la entereza del adalid cediese, solicitando un perdón que sabía de antemano imposible.

Horas más tarde sintió una música suavísima, la misma que sirvió de anuncio a Vitorio y su espectacular aparición. Sin referencias visuales acerca del exterior, con el reloj destrozado hiriendo su muñeca, Dick hubiera fracasado de ofrecerle su vida a cambio de adivinar la hora de su aciaga experiencia.

¡Ignoraba si habían pasado diez o cuatro desde que se sentó en la silla que había de desplazarle —por un curioso tobogán— hacia el abismo!

Pero había novedades... La luz de la estancia adonde fue llevado se encendió —suavísima—, y en la penumbra vio avanzar al hombre en quien estuvo pensando durante la mayoría del tiempo: ¡Vitorio!

Contorsionándose entre sus ataderos, para dar la cara al supremo enemigo y juez, Dick enfrentó sin compasión ni temor el rostro abatido del adversario. ¡Era indudable que el negro sufría una gran contrariedad, al disponerse a pronunciar palabras supremas! Estaba solo, por más señas. Débil y desarmado, tenía en sus manos, no obstante, el destino futuro del policía.

Más viejo e insignificante que nunca, porque ya no llevaba los multicolores ropajes ni los atributos que simbolizaban su poder entre la grey del inframundo, empezó a hablar a su cautivo:

—He visto que eras poseedor de una pistola —dijo, mirando rectamente a Dick—. Estaba provista de un cargador, y tenías otro de repuesto. ¿Por qué no la usaste contra tus adversarios?

Dick contestó, sin prisa, reflexivo:

—No soy un asesino, y suelo emplear las armas que utilizan mis oponentes. Si he fingido para entrar aquí, vosotros usasteis del disimulo, contraviniendo las leyes que prohíben asociaciones

secretas.

Vitorio hizo un gesto de asentimiento. Nadie esgrimió otras armas que los puños, en efecto, en la lucha desigual contra el policía; pero eran tantos los rivales de Dick, que bien pudo hacer uso de un elemento que nivelase un poco sus fuerzas ante la grey carnícera.

—En África hay una clase de hormigas, muy voraz —siguió el negro—, que ataca y destruye las tribus, assolándolo todo a su paso. A ningún nativo se le ocurriría morder a las hormigas, empleando sus mismos procedimientos de ataque...

Semejaba que los dos hombres no eran enemigos ni adversarios, y estuviesen en el salón de un casino charlando apaciblemente, sin pensar siquiera en discutir. Algo existía de irreal en la escena, pero... ¿no era todo fantástico y absurdo en ella?

Dick contestó, sin embargo, atendiendo a los imperativos de la lógica. Comprendía que era peligroso dar la razón en algo, aunque fuese nimio, al hombre que tenía ante sí. Una claudicación haría más funesto su destino, por pequeña que fuese.

—No estamos en África —contestó, al cabo—. Ni mis contrarios eran animales.

—¡Lo parecían!... —afirmó Vitorio—. Dije que te trajesen a mi presencia, y no que te maltrataran tan bárbaramente.

¿Una concesión? ¿Un hábil sondeo? ¿El trueque de la vida de un hombre, a cambio de la inmunidad?

¡No! Vitorio no era tan necio como para esperar tolerancia del federal. Debía ser el hombre previsor e inteligente que está capacitado para dirigir un rebaño, numeroso y de seres humanos, por más señas. Un estratega, capaz de enfrentar una sociedad hostil y llevar a los suyos hacia el triunfo.

Un componedor no puede dirigir, porque en guerra la benevolencia es media derrota: acusa debilidad, y denuncia al cobarde antes que al magnánimo.

—He encontrado otra cosa —dijo la voz, suave y cadenciosa, del negro—. Hallé el mensaje que alguien te dio para mí, y el anillo que llevabas en tu mano me permitió identificar a quien te envió. Sé que ha muerto, y tengo la certidumbre de que posees un mensaje verbal para mí. ¿Cuál es?

Aqué! sí era el lenguaje de un hombre recto y duro, para quien

la palabra humillación no existe. Hablaba de poder a poder, averiguando cosas y denotando su limpia curiosidad, reflexiones e ideas.

Ya no extrañó a Dick el tiempo que permaneció en la más absoluta oscuridad y silencio. Sin duda, cada piedra de tornasol tenía un número o señal de control, y fue necesario repasar la lista de afiliados para saber quién fue el poseedor legítimo de la gema, y por qué estaba en poder de un espía.

La pistola del federal, otrora manejada Victoriosamente en el Chinatown, era prueba de que el joven —llegado de modo clandestino— no era un sanguinario. El mensaje secreto afirmaba su contacto amistoso con un fiel —moribundo—, al que llevó a cuestras pretendiendo salvarlo.

Durante horas se hicieron rápidas y atinadas gestiones para averiguar la verdad, sin que Dick tuviera necesidad de explicarse. Salvada la masa, al dirigente no le importó correr el riesgo de la redada.

¡Era un leal modo de obrar, controlando de antemano las declaraciones del agente, que denunciaba una inteligencia superior!

Dick pudo conseguir, con unas cuantas palabras, que su adusto interlocutor se cambiase por un hombre menos hostil, incluso agradecido. No lo hizo porque tal solicitud entrañaba cierta cobardía, y el joven era valiente ante todo.

Así, contestó a la pregunta con sobria dignidad:

—Sé cumplir con mi deber: un policía no da informes. Sino que les pide. Pero también acato el postrer deseo de un hombre, sagrado como tal. ¡Desconfíe de los blancos que le sirven, Vitorio!

Hubo una larga pausa, en la cual el líder de la raza de color sopesó cuidadosamente las palabras del cautivo. Ni una sola vez empleó el joven, víctima de un atentado, la palabra «negro», eludiéndola cuidadosamente. Contestó con entereza, denotando un temple magnífico, y se limitó a repetir lo que era obligado para él. No por amenaza o coacción, sino porque así lo requiere el derecho póstumo, ritual, que se concede a un hombre.

Al cabo oyó, sin el menor énfasis:

—En ocasiones, gentes de distinto credo necesitan aliarse, aunque al vencer deban luchar entre sí los mismos aliados. Siento que no podamos ser amigos, debido a las circunstancias. ¡Tus

propios hermanos de raza serán los encargados de ajusticiarte!

Vitorio no pidió disculpas ni admitió su error. Sin embargo, en sus propias palabras estaba su condena. A semejanza de Pilatos, le alcanzaba la culpa de «lavarse las manos» en una situación crucial, decisiva.

Tenía a su alcance los medios de liberar al cautivo, de hacer más llevadera su esclavitud, facilitándole algo que le calmase la fiebre que le consumía, y que era evidente en el brillo de sus pupilas oscuras. No hizo el menor ademán a favor del agente, y abandonó la estancia, dejándole sumido en el dolor y la angustia moral. Sin embargo...

¡En aquella acción, al parecer implacable, había una sublime lección, que Dick comprendió!

Al dejar al preso a merced de sus fuerzas, la sutil deducción era comprensible a una clara inteligencia: durante siglos enteros, durante generaciones. Los hombres de color habían languidecido en la Unión, luego de ser arrancados por la violencia de las selvas y dominica donde vivían en maravillosa libertad. Fueron aherrojados por leyes extrañas, que no comprendían en su simplicidad, y para ellos no existió nunca —de un modo absoluto— la libertad.

Se había luchado sangrientamente por su causa, entre los blancos de dos sectores, para concederles igualdad de derechos..., pero ¡seguían siendo esclavos! Víctimas de las costumbres que siempre les parecerían exóticas, de la penuria económica, del trato desigual y depresivo.

¡Nunca serían complejamente libres, como si el color puesto por Dios sobre su piel fuese una maldición y un anatema, imposible de emancipar!

Dejar libre al federal significaba ganarse un amigo, que no hablaría denunciando los malos tratos de que fue objeto. ¡De ello estaba seguro Vitorio! Pero el joven pertenecía en cuerpo y alma a la Ley —a la odiada ley blanca—, y no todos los que compartiesen con él los atributos del Poder pensarían del mismo modo.

Como había dicho el anciano, eran enemigos y no había posibilidad de alianza. La menor concesión aparejaba un principio de fracaso, y ejemplo alentador para los supervivientes del otro bando.

«¡Tus propios hermanos de raza serán los encargados de

ajusticiarte!...».

Iba a haber, pues, una condena a muerte. Desalmados blancos, aquellos que Dick debía desenmascarar —y que reconocieron al federal, pese a su esfuerzo por pasar inadvertido— serían los verdugos en la ejecución.

También en tal propósito había una sutilísima venganza un refinamiento propio de la mentalidad negra. O... ¿acaso Vitorio era incapaz de oponerse a la voluntad de sus aliados, con los que tendría que mantener lucha en el futuro?

Algo era comprensible: la angustia que agitaba el cerebro del anciano, al comprender que sus planes fallaron por la base. Todas las penas del infierno debían estremecer su alma, no obstante la frialdad impávida que mostraba al exterior.

En medio del dolor y de la fiebre, Dick se consideró mejor situado que el hombre libre que acababa de abandonarle. Una vez más, la raza blanca le había asestado un mazazo brutal, impiadoso: buscó aliados y encontró verdugos, gente egoísta que perseguía sus propios fines, desdeñando los que habían prometido obedecer. Y eran tan poderosos, que no podían utilizarse contramedidas hacia ellos: les bastaría una simple delación para que cientos de negros fueran encarcelados.

¡Sí! Aquél era el drama de Vitorio, conductor de esclavos en la tierra de promisión de la libre América.

Las meditaciones de Dick fueron interrumpidas de nuevo.

Sombras entre las sombras... ¿Es posible distinguir, en una masa netamente oscura, o seres que se mueven en absoluto silencio? No ya por el tacto, sino por la vista, Dick advirtió que varios hombres se acercaban a él, concretándose en medio de la total ausencia de luz como «sombras más densas». El federal crispó nuevamente los labios, esperando sentir en el cuerpo las mordeduras brutales que lo ligasen de modo definitivo a la tierra.

«Adiós..., Elsa meditó. No volveré a ver más tu cabellera rubia ni a oír tus palabras que son como el cántico de un ángel. Mis últimos pensamientos serán para ti y ese querido Archie que me adora».

Estaba dispuesto a demostrar cómo muere un agente del

F. B. I.,

y cerró sañudamente la boca, tabicando las quejas que pretendieron

salir de su pecho, como expansión final de la carne doliente. ¡No grifaría, al menos mientras tuviera consciencia de sus actos!

Estuvo a punto de gritar, empero, a causa de la sorpresa. No eran asesinos y matarifes los que llegaban hasta él, amparándose en las tinieblas. ¡Eran samaritanos, que aflojaron hábilmente sus ligaduras —trasteando sin la menor vacilación—, acomodándole en el suelo!

Sin liberarlo, convirtieron al cautivo en un ser menos infortunado y triste, por una suprema razón, aparte de las razones físicas: ¡estaban derramando sobre él ese bálsamo sublime de la caridad!

Dick no quiso hacer preguntas. No tenía objeto hacerlas, puesto que sus auxiliadores no se manifestaban visualmente y procedían con el mayor sigilo. Acaso aquélla era la última y definitiva enseñanza que obtendría en su vida.

¡Seres, uniformados por la negrura, estaban favoreciendo al que debía considerarse su mortal enemigo! Manos negras y almas blancas suavizaban el dolor y la tensión moral de la víctima. Aunque luego fuese cedida, tal vez por imperativos, a hombres del mismo color de piel que el federal...

Hicieron más los misteriosos, antes de desaparecer: unos dedos, que Dick barruntó como femeninos, le tocaron con un paño suave —impregnado de bálsamo— el rostro tumefacto, desde la frente, que ardía, hasta los labios rotos. Lo hicieron con una delicadeza casi maternal, y luego del aumento de escozor —lógico y natural— se extendió por la piel de Dick una impresión inefable de frescura, de paz reconfortante.

De haber tenido las manos libres, el cautivo hubiera besado las que le proporcionaron tal consuelo, sin investigar si eran culpables o no de otros delitos. Atado, tuvo que limitarse a sisear:

—Decid a Vitoria que no olvidaré nunca este favor. Y que espero mi final inmediato sin encono hacia él, a sabiendas que la muerte me aguarda.

Nadie habló más, y el silencio que siguió a continuación fue tan total, que el joven dudó si habría estado hablando solo. Dio un suspiro, y se dispuso a recuperar las fuerzas que le harían buena falta.

Ya podía moverse, aunque levemente, entre sus ligaduras. La

sangre recuperó a poco su circulación normal, y Dick dejó de notar la agobiadora sensación de agarrotamiento. De no haber sido por lo que le esperaba, y que vaticinaba inmediato, hubiera podido incluso dormir. Aunque... ¿para qué hacerlo, si el aguardaba, próximo, el sueño eterno?

Así, los hombres blancos que estaban en el local le habían identificado, pese a sus intentos de evitarlo. Hablaron con Vitorio o alguno de sus seguidores, denunciándolo y exigiendo la entrega del enemigo mortal. Cuando la luz negra invadió el sótano y la fila humana parecía una sierpe haciendo oscilar sus anillos, se estaba fraguando ya la perdición del joven. Tipos insensibles, fiados en su poder, le acechaban, formando un cerco de plomo en torno a su persona.

¡Nunca había estado Dick más cerca de su final, y logró salvarse gracias a la consigna dada por Vitorio! Luego, personas de confianza del negro remediaron —en parte— la angustiada situación del policía. ¿Por qué no podría liberarse también de la muerte que se avecinaba?

El hecho de aflojar sus ligaduras parecía indicarlo así. La fe y la caridad podían dar paso a la esperanza.

Cuando el federal sintió rumor de voces, algo más tarde, se aprestó a lo inevitable. Era evidente que los hombres que llegaban hacia él esta vez no tenían la facultad de ver entre las sombras como sus antecesores, porque se ayudaron del ojo táctil de una linterna.

Protegidos por el cono de sombra del aparato eléctrico, se acercaron al hombre tendido en el suelo, y un vistazo les bastó para «cerciorarse» de dos cosas: que sus ligaduras seguían tan sólidas y firmes como cuando ellos las anudaron, y que el joven dormía o estaba inconsciente. Un comentario en voz baja descubrió la inicua maldad de sus corazones:

—Despertará en el otro barrio. ¡Ya estamos andando!

Dick se sintió alzado por varias manos de asesinos y llevado hacia la salida en volandas. Los rufianes que servían de porteadores resoplaban bajo el esfuerzo, y uno maldijo al tropezar con el quicio de una puerta. Luego, una bofetada de aire frío, nocturno, hizo extremar sus precauciones al sexteto criminal.

Dick Montgomery no pretendió gritar. La calleja estaba solitaria

y era absurdo cambiar la muerte que le tenían destinada por un acero que perforase su vientre.

Un coche negro, grande, les esperaba a un paso de la puerta de salida, como una caja funeral que se moviera sobre ruedas. El zumbido del motor asordaba cualquier ruido, y un grito hubiera sido asordado de inmediato por el alarido del «claxon» que empuñaba el chofer de la pandilla.

Había que conceder a los enemigos un mínimo de cerebro en la coyuntura dramática.

A poco, el coche derivaba a gran velocidad hacia el Norte, abandonando la Western Addition para colocarse en la maraña de callejuelas que desemboca en el *boulevard* Arguello. Cerca del esquina de la balboa Street vio Dick —reclinado ahora en el asiento trasero, en penumbra— a un «cóp» de la Metropolitana que montaba guardia, vigilante.

¡Qué cerca y qué lejano estaba, a la vez, teniendo el joven la boca de un revólver apoyada en la sien!

Después fue una carrera ciega, desalentada, hacia la muerte.

Una vez que el coche enfiló la inmensa calle Balboa, el conductor del vehículo dio la máxima velocidad al motor. Dick hubiera podido asegurar, sin el mínimo error, cuál era su destino: ¡Punta Lobos!

Allí, cerca del Lincoln Park, y a la sombra cómplice de Fort Miley, sería arrojado al agua, tal y como estaba atado y semejante a un fardo inconsciente.

No había gran mérito en el vaticinio. Si las ligaduras que le oprimían habían sido aflojadas diestramente, la cuerda que uno de los bandidos estaba amarrándole al tobillo parecía tener el aire de un grillete de acero, porque sonaba en las sombras, amenazador, el ruido de una pesada bola de hierro sujeta por una cadena.

—Con esto irá directamente al fondo —murmuró uno de los malvados, presenciando la tarea—. ¡Buen banquete para los camarones!

Involuntariamente, Dick se estremeció. ¡Aquella era la clase de muerte que no dejaba rastro tras de sí!

El Pacífico acogería en su seno a un mísero despojo, lastrado por el peso que impediría flotar a su cadáver. Cuando la cuerda se desintegrara, al cabo de lustres, sólo unos huesos blanquecinos

quedarían en el fondo del océano, diseminados y revueltos entre la arena y las algas. Con multitud de moluscos adheridos a la menor cavidad o asidero, luego de haber quedado la más insignificante migaja de carne en el abdomen de voraces animaluchos de toda índole.

Dick no pretendió gritar antes ni se decidió entonces a hablar para conseguir un indulto del hampa. Podía hacerlo a trueque de su inmunidad, y el

F. B. I.

aceptaría como buena tal transacción a cambio de uno de sus agentes, pero claudicar ante el crimen era un teorema imposible.

El federal apretó los dientes, y con las manos trató de liberarse de las cuerdas que lo aprisionaban, secundando la tarea benéfica de sus carceleros negros.

Media milla de camino se recorre pronto. Cuando el aire salino del mar anunciaba sin palabras al gran enemigo, el rumor de la marea en los rompientes fue un aviso final de tétrica amenaza. Allí, sobre las rocas del acantilado, había dientes pétreos y más afilados que los de un tiburón.

En cierto modo, la cadena que le arrastrarla al fondo era un salvoconducto, que le libraba de ser destrozado por las agudas aristas de piedra.

Las calles numeradas quedaron atrás lentamente, como si marcaran los pasos incontables del automóvil. Pasaron doce hasta atravesar el canal-autopista que une la ciudad con Presidio, y otras tantas hasta llegar a la segunda gran avenida transversal. Habían recorrido justamente la mitad del camino cuando se alzó ante el vehículo el enorme edificio escolar de Richmond, donde al día siguiente vocecitas infantiles cantarían sus lecciones con alegre sonsonete.

¡Treinta y dos calles de la Cuarenta y Ocho! Luego, la denominada La Playa y la zona verde del Gran Boulevard. Después, un pequeño giro a la derecha, y la detención del automóvil ante el mar, frente a la diminuta isla

Rock's

y la casa de Cliff, el millonario. Más tarde, el baño, y...

Casi tan de prisa como la introspección del federal se sucedieron los hechos. El vehículo terminó su «recuento» de calles y enfiló la

zona verde del Highway, dobló el promontorio y se detuvo frente al mar con las luces apagadas y el motor en ralentí. Cinco individuos cargaron con el cuerpo del federal, y el cortejo se encaminó decidido a los rompientes.

Atrás quedó el mecánico, ojo avizor y con el coche dispuesto a emprender una cobarde y vergonzosa retirada.

Dick no había perdido el tiempo. Sabía ya de sobra quiénes eran sus verdugos, y podía identificarlos en cualquier momento. No paró mientes en lo absurdo de su situación —paradójica—, en posesión de los hilos de la conspiración cuando le quedaban pocos minutos de vida.

Llevado por los esbirros del crimen, sintiendo más fuertes los ladridos del oleaje, cada paso de sus verdugos era uno menos que le separaba de la sepultura líquida, del abismo rugiente donde iban a desplomar su cuerpo amarrado.

—Aquí está bien —dijo uno de los miserables, cuando ya les salpicaban el rostro y las ropas la baba salobre del mar—. ¿Para qué más lejos?

—¡Bastante habéis avanzado en el delito, miserables! —Se oyó a una voz firme y bien timbrada.

Entre los bandidos corrió un escalofrío de pavor. Aguardando con un estoicismo infinito hasta el último instante, el federal les había hablado, al fin. No estaba dormido —o inconsciente— como habían pensado, sino bien despierto y atento a sus maniobras.

Al pensar que sabía el fin a que lo destinaban, y que debió percibir el lastre que lo hundiría irremisiblemente, un pánico cervical los dominó. El miedo, que no había sentido el federal, se multiplicó en ellos prodigiosamente, de un modo cobarde y despreciable.

¡Más que arrojar a su víctima la dejaron caer, en el estupor de la reacción terrorífica!

Dick notó varias cosas simultáneas, al mismo tiempo que su cuerpo gravitaba en el vacío. Una ola monstruosa emergió de la superficie ansiosa por engullirlo, y en su cuero cabelludo sintió el rasponazo de una roca que deseaba probar el sabor de su sangre.

Luego fue volteado sin cesar, en un vaivén alucinante y como si estuviera dentro de una diabólica coctelera. El frío y el contacto del agua salina le aferraron por igual, produciéndole crispaturas y un escozor doloroso mientras la bola tiraba de su pierna izquierda,

como una garra que desease llevarlo a la más profunda sima del socavón.

Sin violencia —contraria al método—. Dick empezó a desatar la cuerda que ligaba sus muñecas. Parecía como si estuviese aún en el automóvil donde inició los trabajos de liberación, en vez del fondo marino que pugnaba por entrar en sus pulmones; pero la calma era imprescindible. Si lograba salvarse, había de ser recurriendo a ella, en el más sobrehumano alarde de valor que ha sido dable registrar en la historia del

F. B. I.

¡Sólo eran un par de nudos los que impedían a las manos liberar al resto del cuerpo, pero también eran unos minutos los que separaban la vida del inicio de agonía! Urgía, por tanto, aprovecharlos debidamente y no malgastarlos en torpes y desesperados tanteos.

Contorsionando ferozmente, la mano derecha, sobre los ataderos, Dick consiguió soltar el primer nudo cuando una garra de «fuego frío» le oprimía la garganta. Los pulmones amenazaban estallarle, debido a la insostenible presión ejercida en ellos, y con los ojos desorbitados trató de liberar el segundo nudo. Le costó menos tiempo del que pensó, debido a la ayuda recibida por orden de Vitorio; pero así y todo fueron segundos de tensión infinita, de una tortura moral que muy pocos hubieran podido resistir.

Al fin, con las manos libres, procedió a desprenderse —girando— de las cuerdas que le apresaban el pecho. Tenía las piernas libres, pero el mayor obstáculo le impedía utilizarlas para ascender: la bola de hierro que sus encanallados adversarios le colocaron a modo de lastre.

¡Quizá no contó el propio Vitorio, en su mentalidad primitiva y libre de refinamientos, con el obstáculo casi insuperable para el que pretendía salvar! Pero Dick sí debía tenerlo en cuenta, en el fantástico «hándicap» en que un segundo podía significar vida o muerte.

La cuerda quedó, al fin, desligada del cuerpo de la víctima. Dick se quitó el zapato izquierdo, y sometió el pie desnudo a la violenta y desesperada torsión que imaginarse pueda. El agua penetraba por su garganta, al esfuerzo, y el federal se debatió entre el más vivo dolor y el ansia de gritar.

¡Le estaba vedado hacerlo aquella vez por la masa líquida que le acechaba impiadosa! La muerte aprovecharía la más nimia claudicación de atlante, para apoderarse de sus tristes despojos.

Fue la extrema delgadez de Dick lo que le permitió zafarse del último grillete, y libre al fin remontar con firmísimos taconazos el foso líquido. El agua salobre, densa, le ayudó a emerger rápidamente, y cuando asomó a la superficie abrió la boca con ansia infinita de respirar el fluido vital. Agua y aire penetraron a la vez, haciéndole toser y respirar con redoblado afán. Luego se dejó ir mansamente a la deriva.

Boca arriba, mecido por las aguas, dio a su organismo el descanso que necesitaba. Sentirse acunado así era una delicia, pese a los múltiples dolores que le asaeteaban. ¡Era la vida, tan laboriosamente rescatada del poder del mal!

De un modo milagroso, extraño, había conseguido salvarla, para dedicársela de nuevo a la carrera abrazada con amor y tesón, donde todos los esfuerzos debían concretarse en un solo punto: la represión del crimen.

Dick bendijo sus lentas y agobiadoras prácticas deportivas; el entrenamiento asiduo que le permitía bucear y contener la respiración durante un tiempo vedado a otros hombres; la flexibilidad de sus miembros educados en un ejercicio duro y castrense.

Todos aquellos factores le habían salvado, a más de la voluntad de Dios y la ayuda fortuita de unos hombres. La conjunción de tales sumandos, maravillosos, logró el aparente milagro para un observador ignorante y apasionado.

Relativamente libre de la fatiga, Dick se giró sobre sí mismo y empezó a nadar de modo rítmico y seguro, inflexible. No hacía tierra, en busca de las encías pétreas que hacían emerger del agua agudos dientes de fiera, sino a favor de la marea y en dirección al islote septentrional de las

Rock's.

Cien yardas eran como un pequeño paseo para el excelente nadador, y allí encontraría un lugar propicio para pisar tierra en sitio protegido por igual, del mar y del viento. Lo que para los habitantes de San Francisco era lugar de apacible excursión dominguera, sería el renacer a la vida del hombre castigado por

tantas adversidades.

Tuvo que nadar al fin, furiosamente, contra la resaca. Y cuando hizo pie, empapado y sangrante, se dejó caer sobre la arena, que aún conservaba algo del calor del día. Sus palabras primeras fueron una conmovedora bendición:

—¡Gracias, Dios mío! Luego paladeó con delectación el líquido salobre que corría por sus mejillas. ¿Era un resto del agua que descendía de sus cabellos, o lágrimas? No lo supo nunca, ni se esforzó en averiguarlo. Vivía, y eso era lo único positivo en tales circunstancias.

¡Volvería a extasiarse ante la sonrisa hechicera de Elsa Cameron, y a tener montado, en las piernas desgarradas, al pequeño que lo consideraba como a un padre!



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO
MENDOZA COLT — RECORTABLES
WALT DISNEY.

V



IMPOSIBLE! —Denegó el federal—. No puedo estar un día más inactivo; ha llegado el momento de obrar.

Fue inútil que Elsa redoblara sus ruegos y peticiones. Cuarenta y ocho horas de «molicie», invertidas en curar sus lesiones y aquietar en el reposo los lacerados músculos, parecían a Dick una vergüenza y casi un delito.

¡El hampa estaba segura ya de que había muerto, y era preciso emplear el efecto demoledor de la sorpresa!

Además, el Departamento federal estuvo trabajando a plena tensión, logrando un éxito relativo: por parte de Krane y sus íntimos, no había el menor detalle que justificase el atentado contra el sabio. «Seis Dedos» seguía en poder de la Metropolitana, y sur

declaraciones podían frustrar el avance inicial obtenido por Dick.

El joven debía continuar su obra, antes que los eternos adversarios se adjudicasen una victoria que no les correspondía, en modo alguno.

Archie dormía desde un par de horas atrás y soñando jugaba a «policías y ladrones». Lo que en otros muchachos era un tema habitual de distracción y algazara, para el muchachito tenía el sublime atractivo que le igualaba a su héroe, de cuyas últimas andanzas no conocía la menor cosa. Sólo supo que Dick llegó a la casa en que vivía con su hermana, y que no debía manifestar a nadie su presencia. ¡Ni siquiera en sueños!

Era como si el adorado federal estuviera secuestrado por él, mediante las más dulces y afectivas cadenas del mundo.

Dick no volvió a su domicilio, temeroso de que algunos espías acechasen el lugar. En el refugio de Elsa y sintiendo alentar al lado a la amorosa beldad, permaneció el tiempo preciso para reponerse y meditar un pían, conocido esta vez por el inspector Donlevy hasta en sus menores detalles. «El Capataz» se había mostrado inflexible al conocer parte de los hechos: los «gangsters» que habían pretendido inmolarse a su mejor agente no saldrían jamás libremente del territorio de la Unión.

El joven silenció —en lo posible— la participación de Vitorio en el atentado que puso en peligro su vida. Estaba dispuesto a investigar a fondo sobre el individuo que había logrado despertar sus simpatías, y con cuya tarea fraterna estaba identificado. No aceptaba los ritos bárbaros, ancestrales, a que se dedicaba la grey negra, aunque comprendía que aquel sistema era ideal para sujetar a los fieles, al facilitarles la válvula de expansión que los hiciera olvidar otros problemas mayores.

Quedaba un dilema en pie; saber si el caudillo negro había ordenado matar a Jackson, o si los «gangsters» llevaron su acción de castigo al límite más repudiable.

Los malvados no confesarían por las buenas su tanto de culpa, y era menester atacarles, por el flanco débil, aquel que roza la superstición y el temor a lo sobrenatural. Por ello, Dick ocultaba con cuidado su salvamento de las aguas, esperando sorprender por separado a cada uno de los rufianes. Intentaba presentarse ante ellos de una forma espectacular, misteriosa, y confiaba que ello le

reportase alguna ventaja, ya fuese una declaración espontánea o un conato de pista. El resto... ¡lo daría Dios, en su infinita bondad y sabiduría!

De los seis elementos que le condujeron a un siniestro paseo por la calle Balboa, en dirección al Pacífico, tres de ellos fueron desligados de la atención de Dick, por ser simples comparsas: el chofer y dos rufianes, que ayudaron a portear al que creían inconsciente. Los otros tres, en cambio, tenían personalidad suficiente en el mundillo de los bajos fondos y podían saber algo concreto: quién era el «boss» que los mandaba y al que obedeció Norton al arrojar su bomba sobre la emisora. Tales bandidos eran los cabecillas visibles cerca de Vitorio y sin duda conocerían detalles de la conjura.

—Permanece esta noche aún —suplicó Elsa, por última vez—. Si no vuelves de tu aventura, me moriré de pena, querido...

Dick se permitió una libertad, que para él significaba mucho: tomó la mano derecha de su novia, y respetuosamente se la llevó a los labios, que mostraban señales sangrientas. El beso resultó dulcísimo para la bella, casi tanto como las palabras subsiguientes del enamorado:

—¡Es el deber, amada mía! Pero te prometo que si resuelvo este caso a satisfacción..., nos uniremos en matrimonio cuando termine. ¡Si tú accedes, claro está!

La boca femenina, deliciosamente modelada, se abrió manifestando una dulce sorpresa. Luego, la voz musical murmuró, como en éxtasis:

—¡Claro que accedo! Lo estoy deseando desde que te conozco...

Así se dio el extraño caso de que dos manos blancas y aterciopeladas, que ansiaban retener a un hombre, lo empujaron suavemente hacia el cumplimiento del deber. Dos ojos purísimos, azules, desbordaron lágrimas, que daban un mentís a las manos, y un corazón, en terrible disyuntiva entre el amor y la Ley, latió, presagiando nuevos males para su adorado.

Pero la fe, sublime, supo paliar el dolor de la despedida.

—¡Está bien! —dijo—. ¡Tú ganas, al fin!

—Es valiente —murmuró Dick, bajando escaleras a la velocidad usual—. ¡Así debe ser la esposa de un federal! ¡Cuánto tiene que sufrir, sin embargo!...

La mujer de un policía, como la de un militar, es una opositante a viuda que aguarda siempre la noticia fatal de su desdicha. Pero el militar sólo corre peligro cuando estalla un conflicto bélico, mientras que el hombre que defiende la Ley y el orden no consigue nunca la ansiada paz; entre otras razones porque el crimen no descansa, y constantemente surgen problemas gravísimos que ha de afrontar.

Tampoco puede esperar medallas, condecoraciones, ni menciones honoríficas al ser inmolado: en su lucha, contra los Caínes del mundo, su muerte permanece en el anonimato glorioso de servir.

Dick meditaba sobre todo ello cuando llegó a las cercanías del Monte Davidson apeándose de taxi en Porto Drive. No quiso tomar el «buss» para no ser visto por cualquier viajero trasnochador. No podía olvidar que en las calles en cuesta y en curva que iba a visitar abundaban los amigos de Thrift como la arena del desierto, las hojas de un bosque o las gotas salobres en la bahía. Un soplón que viese al federal destruiría, en segundos, el plan que se agitaba en su mente, reduciéndolo a menudos fragmentos y atomizándolo sin posibilidad de ser reconstruido.

¡En cuanto que alguien avisase por teléfono al hombre que Dick iba a buscar, el efecto psicológico quedaría reducido a pavesas!

Thrift vivía en la calle Aguas Way, a espaldas de la Chaves. Su vivienda era un magnífico atisbadero sobre la zona verde del Monte Davidson, y disponía de varios, accesos y salidas clandestinas. Era verdadera atalaya, situada sobre las azoteas y tejados de las casas colindantes, y podía llegar a su domicilio por varios caminos sin atravesar el portal de la finca. De todo ello tenía conocimiento el Federal Bureau of Investigation, y Dick se disponía a beneficiarse de los datos adquiridos.

¡El joven pensaba utilizar uno de los incontables recursos del criminal para llegar hasta su guarida y sorprenderle! Sabía que estaba viviendo solo, y que era un formidable antagonista; quizá el más fiero y temible de los tres hombres anotados en su lista negra.

Al llegar a tal punto de sus reflexiones, Dick sonrió, sin querer. Lista «negra»... Una vez más, la terminología empleada por el hábito denunciaba una sutil animosidad contra la raza de color, que no es dable borrar plenamente a la raza blanca. Todo lo que lleva el

atributo «negro» parece mísero o denigrante.

¡Se imponía una revisión total, y a fondo, hasta del vocabulario! Tanto más que hay muchos «blancos» bastante más despreciables que los hijos del continente africano.

El policía alcanzó algo que no eran conclusiones mentales. Ante sí tenía ya, muy cerca de su alcance, la escalera de incendios que pensaba utilizar para ascender a una casa de la calle Chaves, a espaldas de la manzana de casas donde se albergaba su primer enemigo. Giró la vista en derredor —para convencerse de que estaba aislado por las sombras, el silencio y la soledad más absoluta—, y luego flexionó sus piernas para dispararlas como ballestas. Con las manos tendidas alcanzaría el último tramo de la escalera metálica, deslizaba desde la finca.

El taxi utilizado había quedado más atrás, y el chofer se disponía a dormitar mientras regresaba su extraño cliente: el hombre que permaneció todo el tiempo con el cuello del abrigo subido y el ala del sombrero echada de modo protector sobre el rostro. No ignoraba que las ropas del viajero eran a modo de un disfraz, pero se hubiera extrañado de saber que quien le ordenó esperar pertenecía al

F. B. I.

¡Más bien parecía por su conducta, un conspirador o un maleante!

Montgomery calculó mal la distancia que le separaba del artificio mecánico y falló en su primer salto. Tal vez fue a causa de tener anquilosado aún el pie izquierdo, cuyo tobillo violentó al desprenderse del aditamento con que les criminales pretendieron lastrarle al fondo del mar.

No lanzó ningún reniego por el fracaso, pues iba preparado a cualquier evento. Una sólida cuerda, que llevaba en su extremo amarrado un gancho, fue deslizada prestamente de su cintura; silbó algo en el aire, se oyó un ligero chasquido y la escalera descendió tan dócil como un caballo amaestrado. Dispuesta a soportar el peso del visitante de medianoche.

El joven federal remontó con agilidad notable el primer tramo, hasta situarse sobre el barandal adosado al muro de mampostería. Ya no tenía que hacer más volatines, por el momento, y mientras la escalera, privada de peso, volvía a quedar en su sitio, sin un

chirrido, Dick ascendió uno tras otro los tramos fijos.

¡Estaba remontando el caserón por la escalera de incendios, y actuaba con la eficiencia y serenidad de un vulgar revientapisos!

Desdeñó algunas ventanas que se le ofrecían invitadoras, abiertas para que penetrase el fresco reparador de la noche, y llegó silencioso como una sombra hasta la terraza que era su objetivo. Desde ella, y tras de brevísimos instantes dedicados a orientarse, pudo ver la finca inmediata, que buscaba.

Un ligero pasadizo entre ambas era el puente que se le ofrecía para saltar un abismo de setenta yardas de altura. También un paso en falso en el estrecho conducto suponía estrellarse contra el asfalto de la calle, que relucía al fondo como un espejo deslustrado.

El joven pisó con serenidad aquel tabladillo —utilizado únicamente por bomberos y fumistas— y caminó por él como si se tratase de una ancha calzada a ras de tierra. El viento tendía a empujarle hacia el estribor, pero supo dar a su cuerpo la inclinación precisa para rehuir la mortal asechanza.

No miraba hacia abajo, al callejón entre dos casas y patio del infierno. Su vista estaba enfocada, inflexible, en la terraza fronteriza; donde debía continuar la tarea emprendida: sorprender a un maleante en su sueño y convertirlo en pesadilla.

También tenía su objeto el abrigo del federal, cuya presencia extrañó a un chofer al ser tomado en la intersección de las calles Army y Diamond, cerca del Douglas Playground. No era una caracterización corporal del agente, sino algo a modo de la capa de un prestidigitador.

Montgomery carecía de llaves para entrar en el piso de Theft, pero poseía ganzúas. Iba preparado a todo riesgo, y bien dispuesto si encontraba el hospedaje vacío u ocupado por otros que su habitual usuario. Cuando abrió la puerta de la tarraza y descendió por la escalera interior de fábrica, el ojo de una linterna le ayudó en la investigación.

Dos puertas se mostraban cerradas ante él, e ignoraba cuál de ellas correspondía a la vivienda del criminal; pero el

F. B. I.

había laborado ya en su provecho. Debajo del pulsador del timbre de una de ellas, grabado en la chapa metálica en que se acoplaba, vio una «H» diminuta, imborrable. ¡Allí era!

La víspera, un individuo de rostro vulgar llegó a ofrecer una nueva revista en la casa 48 de Agua Way. No aceptaron su oferta, pero tuvo tiempo de poner la marca que orientaría a un osado seguidor. ¡Al hombre que aquella noche iba a jugarse la vida a cara o cruz!

La primer ganzúa falló, y no por falta de acierto del federal al manejarla. Pero igual que antes, al impedirle el tobillo lesionado alcanzar la escalera de incendios, Dick iba prepararlo para todo. ¡Incluso contra el cerrojo que le vedaba el paso al domicilio de su verdugo!

—Mejor así —susurró—. Ello evita que me delate algún timbre de alarma.

Dick sabía ya qué cuarto correspondía a la vivienda de su enemigo. Remontó veinte escalones y estuvo de nuevo a la intemperie en la terraza. Allí, asomándose por la abertura de un patio, avizó entre las sombras, y de nuevo la cuerda con garfio salió a relucir en manos del agente.

Minutos después el cuerpo del federal se deslizaba hacia abajo, en el vacío, mientras sus pies se aferraban a la cuerda de nudos. Así pudo situarse ante una ventana de la que procedió a cortar un disco de cristal. Sus pies no fallaron esta vez, sujetando el cuerpo a una altura impresionante mientras sus manos trabajaban. Una rodaja vítrea saltó, con breve chasquido, quedando adherido a una ventosa. Dick, que se sujetaba a la cuerda con sus brazos —plegados en torno a ella—, trasteó hasta dar con la manivela interior de la ventana. Luego su sombra fue engullida sin ruido dentro del piso.

Entonces empezaron a suceder cosas extrañas. Al desprenderse de su prenda exterior, algo así como una claridad de fantasmagoría, fosfórica, inundó suavemente la estancia.

—No fue necesaria linterna para que Dick iniciara su desplazamiento por lugares desconocidos, ni había en ello milagro. La sustancia opalescente de que estaban impregnadas sus prendas bastó a inundar de luz espectral las estancias que atravesaba.

Un ente, que parecía producto de la imaginación, se deslizó en busca del gran asesino. ¡El

F. B. I.
actuaba!

Con gran facilidad, Montgomery pudo localizar al durmiente: su

sonora respiración le llevó como de la mano hasta una alcoba, que tenía la puerta cerrada sin pestillo. Luego de una inspección sumaria se oyó una voz cavernosa:

—¡Cómo ronca el condenado! Y luego dicen que la conciencia impide conciliar el sueño...

La explicación era sencilla: ¡Thrift no tenía conciencia! Pero al federal le interesaba más saber si había invitados en la casa, y procedió a una rápida investigación por los demás cuartos de la vivienda. Cuando regresó al del forajido estaba razonablemente seguro, y se dispuso a continuar su peligrosa, pantomima.

Una mano, que desprovista de guantes mostraba la misma luminosidad espectral, tocó al durmiente sin excesiva delicadeza. Thrift se rebulló, mascullando algo, y parecía dispuesto a seguir durmiendo. Entonces el movimiento ajeno se hizo más brusco, y sonó en la penumbra glauca la voz del «espectro»:

—¡Despierta, rayos! He venido a que me acompañes para dar un largo paseo...

Thrift abrió los ojos, desorbitándolos. Ante él se hallaba un ser de pesadilla, con el cuerpo emanando una luz misteriosa y cuyas manos avanzaban, tendidas, en su procura. Sólo el rostro era apenas perceptible, debido a que Dick no podía embadúrnalo en segundos, ni era cosa de caminar por las calles despertando la curiosidad de un anuncio ambulante. Pero eran perceptibles sus facciones, delimitadas por la luz verdosa que convertía la estancia en gabinete de magia.

—¡Dick! —murmuró el aturdido—. ¡Dick Mont!

—Sí: ¡yo soy! —siseó el federal—. Hacía mucho frío allí abajo y he venido a por ti. ¡Necesito compañía!

Thrift abrió más aún los ojos, completamente despierto. Dormía con una pistola bajo la almohada, pero por un momento su idea predominante fue zafarse con los brazos del espectáculo horrendo de la visión. No dudó que la visita era algo sobrenatural, pues así lo delataba su extraño aspecto y las manos tendidas en plan de súplica: ¡sin armas!

Quizá el subconsciente del malvado le recordó entonces que tenía una «*Parabellum*» a su alcance; provista de silenciador, por más señas. De un modo discreto, y eficaz, podía devolver al espectro a las zonas insondables de las que no debió volver. ¡Y

menos para despertarle de su sueño, proporcionándole tan agrio sobresalto!

Una mano musculosa, febril, empuñó el arma y acarició con delectación la culata. El bandido, al encañonar a su estático adversario, murmuró:

—Joe me pagará, por segunda vez, el favor de eliminarle. ¡Y esta vez a mí solo!

A continuación disparó a boca de jarro el cargador íntegro de la «*Parabellum*». Sonaron en la estancia los taponazos consecutivos del arma, y el bandido se incorporó para ver desplomarse la aparición.

El remedio había sido rápido, pero no eficaz. ¡No era tal remedio, en suma, porque el enemigo seguía en pie y con la misma sonrisa conmisericordiosa! En las manos, tendidas, mostraba las balas innocuas, que se «arrancó» del pecho con un sencillo ademán...

Entonces Thrift abrió la boca, y de su garganta surgió un alarido de bestia a la que asesinan.

—¡Un espectro real! —sollozó—. El mar ha devuelto a su víctima...

—La víctima de Joe... —corrigió Dick, suavemente—. Vas a llevarme a su presencia: una partida a los naipes entre dos es muy aburrida.

¡Una partida en el fondo del mar! La sola insinuación de semejante absurdo acabó de enloquecer al forajido, que se puso en pie y se lanzó como un alud hacia la puerta de salida. Pero allí estaba Dick, bloqueándole el paso, y demostró ser mucho más corporal de lo que daban a entender la inutilidad de los disparos.

No hubo ningún milagro, sino presciencia. Casi todos los maleantes, en lucha perenne contra la Ley, acostumbran a dormir con un arma a su alcance. Y Dick, que había sabido registrar la casa antes de atacar a su contrario, no iba a ser tan estúpido que olvidase aquella precaución. Al amparo de los ronquidos del otro desprendió los balines de sus cápsulas, dejando el arma convertida en inofensivo juguete.

Algo reaccionó dentro del terror abyecto y salvaje de que estaba poseído Thrift. Se dio cuenta de que tenía ante sí un ser corpóreo, y ya fuese por zafarse de sus garras y huir, o porque el sentido común volviese a él, luchó. Lo hizo como nunca por defender su pellejo y

la libertad.

El plan del federal había fracasado una vez más, pues buscar un «Joe» en San Francisco no le ofrecía el menor atractivo.

Dick repelió con su habitual energía las garras del coloso, que iban en busca de su garganta. Contestó con acertados y rudos golpes, y poco a poco la luz de la razón se fue haciendo en el caletre del tipo. Por lo que quiera que fuese estaba ante un ser de carne y hueso, no una ficción incorpórea de la fantasía.

¡Urgía aniquilarlo, como primer paso hacia sucesivas cuestiones!

Las zarpas del «killer» aferraban la garganta de Dick, y éste tuvo que asestar los flancos de sus manos —afilados y cortantes como cuchillos— contra las vértebras cervicales de su oponente; como si quisiera duplicar, de un modo más viril, el mismo ataque que estaba sufriendo. El efecto fue verdaderamente demoledor para el delincuente habitual, carne de presidio y candidato propicio a la silla eléctrica.

Thrift creyó que su cabeza se había separado del cuerpo y quedó boqueando. Aún recibió nuevos golpes concéntricos, semejantes a mazazos, antes de empezar a hundirse. Cuando pudo respirar estaba con las manos atadas por grilletes de acero.

—¿Me dirás quién es ese Joe? —preguntó Dick con su voz natural, y dando luz a la estancia mediante el conmutador.

Al momento se perdió la fosforescencia que inundaba su ropa y manos, quedando ante el criminal el servidor de la Ley, sin otras ventajas físicas que sus puños y su extraordinaria ligereza.

Thrift resolló, rencoroso:

—¡Búscalo, polizonte! Delatarlo no me salvaría de presidio, y me condenará más positivamente a muerte...

—¡Lo haré! —prometió Dick, con modestia.

Había visto un teléfono en una de las habitaciones, y salió de aquélla seguro de que Dick no intentaría la menor cosa. ¡Escapar no podía, y era tan necio que había descubierto su apego a la vida!

El agente confirmó su idea, porque el bestia le siguió con mansedumbre, como un león al que hubieran mellado sus garras y dientes, facilitándole un narcótico destinado a mermar su fiereza.

Cuando Dick estuvo ante el teléfono no marcó ninguna cifra en el disco, como el felón esperaba. Se limitó a tomar el listín con aire de ritual y colocarlo por el lomo sobre una mesita inmediata.

De nuevo el rostro del prisionero reflejó pasmo e incredulidad. ¿Esperaba el federal que un simple libro le diese la clave que buscaba?

¡No lo conseguiría! Thrift era lo bastante astuto para no hacer anotaciones en él, y cuando hablaba con su jefe lo hacía con las manos bien limpias; como un recluta que espera ser revistado por un general.

¡El listín habló, no obstante!

Una y otra vez, con pasmosa regularidad, se abrió bajo las manos de Dick. Cada vez que el federal lo cerraba, poniéndose en pie sobre el lomo, tornaba a abrirse por el centro; precisamente por el sitio donde fue consultado más de una vez, delatando una página con múltiples nombres, donde no sería problema encontrar a «Joe» por un sencillo método de eliminación.

—¡Debías aprender a usar la memoria, bestia! —tronó el federal, y a renglón seguido marcó el número secreto del Departamento.

—Operación

C-Tres

—dijo, con voz monótona—. Búsquenme un Joe en las páginas ciento veintitrés y ciento veinticuatro de la guía telefónica, y manden la escuadra volante a la calle Agua Way, cuarenta y ocho. ¡Tengo a Thrift esposado!

—¡Pero no de los pies! —exclamó el bandido.

Su voz fue tan sonora y desesperada que llegó a través del éter a oídos de un despabilado agente en Waterloo.

Por muy pronto que quiso Dick volverse, el tipo corría desalentado pasillo adelante. Con las manos atadas describió el cerrojo de la puerta y se lanzó escaleras arriba hacia la terraza. Dick le seguía al galope, pero no conocía la finca como su cautivo. Ello le impidió recobrar la ventaja del bandido, y Thrift volaba como el viento.

—Detente... —pidió el federal—. Te será rebajada la pena si me explicas algo. Quiero saber si Vitorio os ordenó arrojar la bomba...

Las palabras del federal no tuvieron la respuesta que esperaba. Acababa de prometer a un hombre salvar la vida —cambiando su condena por la de reclusión a perpetuidad—, si le aclaraba la duda que le atormentaba desde días atrás.

El felón no estaba dispuesto a envejecer entre barrotes, sino a

salvarse. Con las manos atadas enfiló el estrecho pasadizo que unía su casa con la terraza vecina, confiando en que la velocidad del impulso adquirido le permitiera salvar el puentecillo sobre el abismo.

Si lograba escapar... ¡que esperase la escuadra volante en la puerta de su domicilio! Tendría tiempo de soltarse los odiados grilletes, y avisar a Joe que se pusiera a salvo de la redada que organizarían en torno a su persona. Era posible huir, y el «boss» le daría, en premio, un pasaporte falso para escapar de los Estados Unidos.

Así pensaba, al menos. Lo cierto es que debido a su excitación, o a la torpeza lógica de sus movimientos con las manos esposadas, cuando estaba a punto de dar la última zancada y pisar la terraza, inmediata, su cuerpo sufrió un desvío espantoso.

¡Acababa de pisar el aire, precisamente con el pie izquierdo y cuando podía considerarse a salvo!

Thrift no llegó a pisar la casa colindante. Su testa, al perder el equilibrio y caer, rozó tan sólo el borde de su fachada. Luego, el bandido siguió dando incontables pasos hacia el infinito; deslizándose como una sombra negra y pesada a velocidad creciente.

Un alarido brotó de su garganta, y luego se oyó en el suelo del callejón un golpe ominoso, seguido de crujido de huesos y explosión de vasos sanguíneos.

—¡Qué le vamos a hacer! —murmuró Dick, con filosofía—. ¡Vuelta a empezar otra vez!

Descendió las escaleras de la casa lentamente, y al llegar al portal encontró a varios vecinos que abrían la puerta para llamar a la Policía. Era indudable que en los altos sucedía algo extraño, aunque no inaudito en una finca refugio de hampones y gente de mal vivir.

Varios elementos del
F. B. I.

penetraron de inmediato, y ante el que descendía solitario se abrió calle respetuosa. Un federal indagó ávido:

—¿Qué hubo? ¿Escapó?

Dick tenía, de nuevo, subido el cuello del abrigo. Apenas era visible, bajo el ala del sombrero, la punta de su nariz delatora.

Agachó más el rostro al murmurar:

—No del todo. Pero eso es cuenta ya, amigos, de la Metropolitana. ¡Vámonos!



UNA NUEVA PUBLICACION PARA JOVENES,
DIBUJADA POR UN ARTISTA MAGISTRAL

MENDOZA COLT

El famoso *gun-man* de raíz española, cuya terrible velocidad en «sacar» siembra el terror entre los bandidos que saquean los poblados del lejano Oeste. Persigue con ahinco al culpable de su desgracia hasta que...

PUBLICACION QUINCENAL 1.50 pesetas

VI



O era viable perder tiempo, porque aquella vez horas y minutos laboraban contra el F. B. I.

La misma noche que Thrift se estrelló contra el pavimento, Montgomery quiso continuar su pesquisa en torno a los otros dos cabecillas del «gang». Uno detrás del otro, «Copra» McLaren y el astuto y escurridizo Forshite debían ser arrestados y conducidos al retén policíaco más inmediato.

¡La muerte del hombre que se estrelló lo exigía de un modo premioso!

En el auto de la escuadra volante, desvanecida ya la caracterización «sobrenatural» que le había facilitado un comienzo de pista, Dick se dispuso a asaltar el domicilio del segundo forajido,

en Potrero. El automóvil federal emprendió la marcha por las calles tortuosas y en curva que rodean el Monte Davidson, en dirección Este; luego de despedir al chofer que aguardaba a su extraño alquilador.

Media, hora después de los sucesos que culminaron en la muerte de un hombre, reyezuelo de los bajos fondos, el potente coche blindado entró por la Army Street en dirección a la bahía. Muy al fondo, como si avisase de un modo previsor, la luz encarnada del Freight *Slip* oscilaba; cerca del muelle donde se uniforman las aguas mansas.

El guía del coche no era supersticioso, y los hombres que se agrupaban en el interior estaban demasiado abstraídos en cambiar instrucciones entre sí. Richard llevaba la voz cantante, como homenaje de los que aceptaban sin envidia su jerarquía y merecimientos.

—Os quedaréis en Texas Street, atentos al primer disparo. En ese caso debéis acudir a una, sin pérdida de tiempo.

—Entonces... ¡aguardaremos toda la noche! —refunfuñó uno de los oyentes—. Tú no eres partidario de disparos, a menos que te veas con el agua al cuello.

Era conocida de sus colegas la espantosa aventura corrida por Dick noches atrás. No obstaculizaron su plan, ni lo discutieron en absoluto; pero se mostraron quejosos al no poner sus vidas en aportación ante el riesgo que el joven iba a correr de nuevo.

A poco de salvarse, como de milagro, de una asechanza fatal, Dick se aprestaba a otra aventura dramática.

No le envidiaban ni le compadecían. Deseaban colaborar con él, simplemente, para hacer su tarea menos injusta; pero las palabras de Dick sonaron a continuación suficientemente explícitas.

—En estos casos la sorpresa logra más que un despliegue de fuerzas. Esa gente tiene muchos recursos para escapar, y vosotros debéis limitaros a acordonar el edificio para impedirselo. ¡Ya estamos llegando!

Era verdad. Frente al coche, que torció por la calle Mississippi, se alzaba el sólido y moderno edificio donde se albergaba el llamado «Copra» McLaren, segundo hombre de la lista de condenados.

El felón vivía en la trastienda de un negocio de mercería, hábil

tapadera para recibir consignas sin despertar sospechas. Podía asegurarse que el cincuenta por ciento de su clientela eran criminales, que acudían a comprar pequeñeces y a comunicarse por medio del testafarro del misterioso Joe. Una mujer, sabiamente adiestrada, despachaba a distintas arpias carretes de hilo, cintas y... ¡consignas de muerte!

El coche se detuvo, y Dick avanzó solitario por la acera izquierda, mientras el vehículo se apostaba en un lugar oscuro y el resto de los federales se esparcía por sitios estratégicos para aguardar la señal de llamada. Entonces acudirían en tromba, deteniendo a cuántos pretendiesen huir sin justificar su personalidad. Era una redada mínima, pero que daría resultado: todos los que componían la escuadra volante conocían de memoria las características fisonómicas de «Copra» McLaren.

Las ganzúas que llevaba Dick en la mano rindieron rápido y eficiente servicio. Al llegar al portal de la casa que buscaba insertó la primera en la cerradura, y le bastó manipular unos segundos para percibir el chasqueo delator de una borja. Sin insistir demasiado empleó la ganzúa siguiente, algo más menuda, y la cancela quedó abierta sin el menor ruido.

La primera parte de la tarea fué realizada con pasmosa facilidad, y Dick torció el gesto: ¡no le agradaban los triunfos sencillos, y solía desconfiar de ellos!

Esta vez no había posibilidad de error. La tienda de mercería estaba a la derecha del portal y correspondía a la misma mano la salida indirecta del negocio. De nuevo las ganzúas hicieron su labor —con mayor sigilo—, y Dick se sorprendió de que ningún cerrojo le impidiera el paso.

¿Estaría «Copra» ausente de su domicilio, a tan avanzada hora?

Dick crispó los dientes al enfocar semejante posibilidad. De hallarse el malhechor en algún espectáculo, o sala de fiestas, habría errado igualmente el segundo paso, y era molesto aguardar su regreso acechando entre las sombras. No era aquél el modo de combatir que agradaba al agente.

La puerta se abrió sin hacer ruidos, y la linterna del federal abrió en la oscuridad un camino de luz. Dick empezó la gestión de investigar con cautela, porque la casa se hallaba tan silenciosa como una tumba. No pudo oír el ronquido delator de un durmiente, ni

siquiera el levísimo de una respiración. ¡Sin embargo, había gentes en la casa que acudía a registrar!

Ello se hizo patente de inmediato, porque el cerrojo desechado y la carencia de ruidos no eran sino una sutilísima trampa tendida al que pretendía colocarla. «Copra» vigilaba, agazapado tras de un cortinaje; en tan elemental escondite que a Dick no le pasó por la imaginación registrarlo siquiera. Los pasos del bandido no sonaron tampoco al ponerse en seguimiento del joven investigador: una gruesa alfombra cubría todos los pisos.

La sombra furtiva se lanzó tras de las huellas del que portaba la linterna. McLaren, elástico, estaba iniciando los pasos precursores del salto; semejantes a los del tigre que avanza dispuesto a cazar presa. Era una fiera también la que caminaba en busca de la más vergonzosa de las acciones: la venganza.

De improviso, Dick se detuvo en su investigación. No había oído nada, ni podía ver al que caminaba en pos de él. Quizá un sexto sentido, la premonición inexplicable de ser vigilado, le asaltó y le retuvo durante una fracción de segundo. Acostumbrado a concentrar sus pensamientos, fue su habilidad supra normal lo que le advirtió que algo extraño ocurría a su espalda.

La linterna se apagó, al mismo tiempo que Dick se volvía contra su enemigo, diestro y solapado como pocos. ¡Ya era tarde para impedir el envite! La masa se desplazaba a su encuentro, con los brazos abiertos y el rostro crispado en feroz y sobrehumana ansia de matar.

¡Sin ruido ni estruendo, deseando resolver el incidente en el cómplice y protector silencio!

Fue fantástico el choque en la oscuridad de dos antagonistas, que aún no habían visto sus fisonomías respectivas, pero que se adivinaban enemigos mortales. Las zarpas de «Copra» alcanzaron los brazos de Dick, inmovilizándolos, y a favor de su conocimiento del terreno el bandido actuó con pasmosa seguridad. Sus golpes iban destinados a sumir en la inconsciencia al intruso, y resultaba extrañamente paradójico que obraba protegido por la Ley.

De matar a Dick, a sabiendas de quién era, no podía acusársele de asesinato, sino de homicidio casual. ¡Estaba en su casa, defendiéndola!

Pero Dick no le dio ocasión de poner en vía de hecho su

propósito. Estando sujeto por las potentes zarpas del otro, no era un alfeñique ni un indocumentado. Sometió a la máxima presión sus brazos, los músculos de sus bíceps y torso, y la tenaza humana fue cediendo. Se hizo perceptible en la oscuridad el jadeo de dos hombres.

De pronto, las garras que oprimían el pecho del federal, y que parecían sujetarle como cuerdas animadas, se abrieron; de un modo tan repentino, que los brazos de Dick saltaron en el vacío. Entonces, cuando el joven se incorporó, quedó cegado por la potente luz eléctrica que alumbraba la estancia.

¡Allí no había posibilidad de alucinar con fosforescencia, y se imponía la lucha brutal y descarnada! Tanto más que el bandido no pareció extrañarse de ver a Dick frente a sí, luego de haberle arrojado al fondo del océano.

La falta de reacción en el antagonista produjo, por contraste, la del federal, restándole facultades para hacer frente con eficiencia a la lucha que se desarrollaba a plena luz. Esta ventaja inicial del adversario, a más del conocimiento del terreno y otros factores, habían de poner a Dick en una situación harto precaria.

El sajón atacaba, frenético, sin darle una oportunidad para echar mano de su pistola y utilizarla, no en plan de aniquilar a un solo hombre —lo que hubiera parecido a Dick una cobardía—, sino para atraer a los agentes que esperaban tal señal allí cerca.

¡El joven tuvo que defenderse por sus propios medios contra un lunático, al que la furia centuplicaba las fuerzas y los recursos combativos!

Por otra parte, «Cobra» usaba multitud de ardides y golpes bajos, incalificables e indignos. Nunca, ni aun luchando contra un encanallado criminal, usaría el agente contragolpes parecidos. La ética es algo concreto, adquirido, y el joven no podía renegar de los principios que le dieron una larga y disciplinada práctica.

Montgomery recibió un traidor «rabbit punch» —o golpe de conejo—, asestado en la nuca por la manaza de su adversario. En el momento en que se lanzaba contra él como una catapulta, decidido a llegarle al plexo solar en una serie impresionante, quedó semi boqueando, con las ansias de la desesperación retratadas en el semblante.

Sin embargo..., ¡no claudicaría!

Acometió al traidor sintiendo náuseas y vahídos, pero con tan redoblada furia, que McLaren sufrió su primera extrañeza. Hubiera podido jurar —equivocándose, desde luego— que el federal caería a sus pies fulminado —luego del golpe cobarde e inicuo—, como un «*punching ball*» que se desinfla, como un pelele desarticulado.

Extrañamente, el joven pareció recibir una nueva dosis de energía, acusando el temple de los soldados del

F. B. I.

¡Ya no admiraba a McLaren que Dick hubiera podido salir indemne de su «paseo» submarino!

Por el contrario, fue él quien empezó a verse en apuros. Dick atacaba sin descanso, concentrando sus ataques con la velocidad y puntería, casi mecánicas, de una ametralladora. El colosal oponente empezó a sentir la misma impresión de angustia y desaliento que su contrario, pero no le era dable reaccionar con el mismo espíritu viril.

¡En su propia casa, defendiéndose de un peligro mortal, empezaba a sentir miedo!

«Swing's»,

directos, balanceados y «uppercuts» brotaban de los puños del joven moreno como si sus brazos fueran ballestas aceradas, infatigables, en una tensión alucinante. La electricidad explosiva de que estaba animado Montgomery parecía sobrenatural, o así lo creyó el tipo que se iba defendiendo de precario, y que de vencedor se convertiría en estampa de la derrota.

Al fin no pudo más y dio un grito; uno solo, que parecía motivado por uno de los golpes recibidos. Sus mandíbulas, cerradas hasta entonces de un modo tesonero, se abrieron para lanzar la exclamación, y su acto tuvo una resultante increíble.

¡Evocar la aparición de una sombra en el campo de lucha!

No era más que una sombra, difusa y confusa, lo que apareció detrás del federal, materializándose de la nada. Donde había dos gladiadores surgió un tercero, enteco y pequeño, escurridizo, misteriosamente forjado en el fondo de una habitación sombría.

Resultaba como un engendro de pesadilla, y una de sus garras —desmesuradamente larga— tuvo una siniestra proyección hacia el cráneo del federal, que luchaba como un bravo. Tocó exactamente la nuca del hombre que no había llamado, en su ayuda, a otros

compañeros que anhelaban prestar su colaboración.

¡Richard Montgomery fue alcanzado con una contundencia feroz, y cayó exánime cuando se consideraba triunfante!

—¡Ya era hora, Forshite! —murmuró «Copra», pasándose una mano por el rostro, bañado en sudor—. Si no llego a llamarte...

—Era lo convenido —contestó el sicario del crimen que proporcionó la victoria—. ¡Tiene temple este individuo!

Miraba al joven tendido en el suelo, y que había caído boca arriba sobre la muelle alfombra. Los cabellos negros y rizos del federal le cubrían la frente despejada, y un hilillo de sangre brotaba de sus comisuras. El rostro moreno, atezado, denotaba una incipiente lividez.

—Espero que no le hayas matado —siseó McLaren—. Joe no te lo perdonaría...

En aquellos momentos, después de una laboriosa discriminación, el Federal Bureau of Investigation había descubierto el refugio del «boss», consultando los archivos secretos. Doce hombres llamados del mismo modo había en las páginas del listín que descubrió Dick de un modo original; pero el domicilio del jefe supremo de la banda estaba desierto cuando llegaron los agentes a dar una batida. No había ningún misterio en ello, y quedaba, por el contrario, justificada el ansia de operar rápidamente que había denotado Dick.

En casa de Thrift había muchos hampones, elementos de los bajos fondos, y uno le comunicó que su lugarteniente había perecido estrellado, muerto al pretender huir a través de la terraza, de su casa hacia el edificio inmediato.

La aparición de la escuadra volante del

F. B. I.,

y el hecho de hallarse esposadas las muñecas del bandido, demostraban a las claras que pretendió huir, y ello probaba que no fue confidente; pero Joe no desestimaba la inteligencia de los federales, y comprendió que había llegado el momento de acudir a otro refugio secreto.

Al novísimo, que no conocía el muerto, y que no pudo descubrir de forma voluntaria o inconsciente.

El «boss» hizo más: avisó por teléfono a «Copra» y a Forshite, advirtiéndoles que debían esperar la inmediata llegada del federal. Sabía que Dick acostumbraba a operar en plan solitario, y no sería

difícil a sus hombres capturarlo, empleando los medios pertinentes para ello.

¡Todo el plan, audaz y previsor, se había cumplido al pie de la letra!

—¡Vive! —exclamó el hombrecillo simiesco, que se había inclinado en el suelo, sobre el joven, para auscultarle. Y luego añadió—: Debe de tener un pacto de alianza con el diablo...

—Veremos si le sirve cuando esté frente a Joe —rió McLaren, socarrón—. Sin duda, llevarle a su presencia es debido a que el jefe quiere convencerse, por sí mismo de su ejecución.

No acertaba totalmente, aunque vaticinaba muy peligrosamente acerca de la verdad.

Los dos hombres procedieron, a renglón seguido, a atrancar la puerta de acceso a la vivienda, corriendo el sólido cerrojo que resistiría las primeras embestidas. Era extraño que se parapetasen en lugar de huir —obedeciendo la consigna—, pero ninguno mostró la menor vacilación, y Forshite obedeció las indicaciones de su cómplice sin replicar.

Pese a su cobardía —sólo tolerada en el hampa por su singular astucia—, no temblaba ante la idea de ser copado por otros auxiliares de Dick. Por el contrario, suspiró ruidosamente, al deslizar la barra metálica que le garantizaba contra un ataque por sorpresa.

La explicación de su conducta no tardó en revelarse. Entre los dos hombres arrastraron el cuerpo desmadejado de Dick, hacia una ventanuca que daba a un patio, y allí sujetaron las muñecas y tobillos del federal con sendas tiras de esparadrapo. Su boca quedó cerrada de un modo idéntico.

—¡Ahora viene la parte más penosa de la tarea! —susurró Forshite—. Ya sabes que yo...

—¡Calla, mastuerzo! —renegó «Copra»—. Echaré un trago para reponerme, y luego cargaré con el mochuelo. Tu labor, una vez más, será cubrirme las espaldas.

De todos modos, el hombrecillo tuvo que colaborar activamente, al menos hasta depositar a Dick —inconsciente— en el fondo de un oscuro patio. Y luego, cuando McLaren alzó la tapa de un sumidero, hasta situar al joven en el fondo de la tubería de desagüe, ya en el canal colector. Entre fango y ratas, sintiendo el olor nauseabundo

de las inmundicias, los dos hombres caminaron largo rato.

Forshite, a retaguardia, alumbraba el camino de pesadilla que recorría el irlandés, llevando a hombros el cuerpo del agente del F. B. I.

Sótanos con categoría de sepultura, miasmas, ratas... Únicamente había alrededor muestras hediondas de los bajos fondos, y el propio vencido era un simbolismo más.

¡Sólo amarrando a la Ley, sojuzgándola y frenando su boca, pueden los miserables, triunfar, acudiendo a procedimientos y caminos ocultos, de inframundo! Sólo utilizando la cobardía y la traición, la infamia y una superioridad manifiesta; pero aún estaba Dick Montgomery vivo, pese a su aislamiento y su absoluta inmovilidad.

Media hora más tarde, y luego de algunas detenciones, la pareja criminal abandono las paredes frías y malolientes por un camino idéntico al que tomaron para entrar en el colector. Aquella vez, no obstante, salieron al aire libre, no al recortado de la embocadura de un patio, sino a la calle.

No llegaron a levantar la tapa de un sumidero, sino que salieron arrastrándose por la boca ancha y longitudinal de una alcantarilla.

¡Frente a la zona verde de Franklin Square, ante el edificio que días atrás había sido asolado por la fuerza expansiva de la dinamita!

La astucia de Joe quedó de manifiesto. Si en algún sitio de San Francisco era ilógico buscar al bandido y sus adeptos, era en el local que habían asolado ellos mismos, en el inmueble que hasta la víspera estuvo vigilado por la Metropolitana.

Por la mañana, el local era ocupado por los operarios que pretendían reparar los destrozos causados por la bomba, y por la noche los desalmados campaban a sus anchas en el teatro del crimen. ¡Inaudito y asombroso, pero real! El nuevo refugio del «boss» era el exponente, de la desmesurada audacia del individuo...

No había ni guarda, siquiera, en la finca, una llave se empotró en la cerradura, manejada por las manos hábiles de Forshite, y de nuevo el gigante de cabellos cobrizos cargó con el federal.

Dick tenía los ojos cerrados, y nada hacía sospechar que hubiese recobrado el conocimiento; pero también supo emplear la ficción aquella vez. Al despertarle el aire fresco de la noche, luego del paseo por la atmósfera insalubre, estuvo a punto de lanzar un grito

de estupor y descubrirse. Le ayudó a callar la tira de tafetán adhesivo que oprimía y ligaba sus labios, pero fue su fuerza de voluntad la que ahogó el rugido en su garganta.

«¡Demontres! —meditó—. ¡Jamás se me hubiera ocurrido pensar en tal escondite!».

Luego volvió a cerrar los ojos, desorbitados por la sorpresa, y a sumirse en aparente desmayo. Astucia contra astucia, su próxima batalla debía desarrollarse llamando en su ayuda al disimulo.

No le cabía duda que iba al encuentro de la muerte, una vez más. Pero la Parca y él eran antiguos conocidos, como esos enamorados platónicos que se contentan con verse de lejos, muy de tarde en tarde, y escribirse pequeñas cartas y tarjetas postales.

En la situación presente sería, tal vez, un modesto telegrama.

Dick sintió repentinamente deseos de saber la hora. A caballo sobre su colosal porteador, movió levemente las muñecas, que sentía ligadas entre sí con indudable potencia, y dio un suspiro de alivio. No podía alcanzar a ver el reloj —sustituido por el que le rompió un choque brutal—, pero le satisfizo su contacto.

¡Los bandidos no le habían despojado de la pequeña prenda, y ello constituía ya cierto triunfo moral!

Por uno de los montacargas del inmueble subió «Copra» a su cautivo, descargándolo sin la menor consideración. Dick recibió un nuevo golpe en la cabeza, que le hizo contener otro grito de dolor.

La cabina, bajo las manos hábiles de Forshite, se puso en marcha hasta el piso décimo. Dick no había equivocado sus cálculos: la emisora de televisión sería el escenario, mudo y sin imágenes, de un drama real, de un definitivo ajuste de cuentas.

Cuando el aparato se detuvo, la puerta exterior se abrió con estrépito, y un tipo malcarado amenazó a los que llegaban con la escoba trágica de una metralleta. «Copra» y Forshite no pararon mientes en el artefacto, y el pequeño señaló al policía con desdén.

—¡Cogido! —murmuró—. Sin la menor dificultad.

—Eso habrá sido para ti, rata —replicó McLaren—. A mi bien de trabajo me dio reducirlo y transportarlo hasta aquí...

—El golpe decisivo se lo apliqué yo —masculló el entecillo deforme.

—¡Memo! Dejaos de discusiones y llevad al tipo a presencia del amo —cortó el de la ametralladora—. Joe dictaminará si os habéis

merecido recompensa... ¡o castigo!

Fue perceptible el crujido de dientes del sajón y el espeluzno que corrió —como un latigazo— por la espina dorsal del tipejo, haciéndole estremecer. ¡Era verdad! No podían olvidar que tenían un tanto de culpa en la muerte de Thrift, y en el subsiguiente descubrimiento de la guarida del «boss». Pronto hablaría el jefe de la pandilla.

Los individuos penetraron con su cautivo en un local de buenas proporciones, inmediato al salón destrozado por la bomba. Las paredes acolchadas del refugio delataban que era el cuarto de control de sonidos, y en la noche resultaba imposible que el menor ruido traspasase sus paredes para advertir que sucedía algo anómalo. Una vez más, el tipo que utilizó el teatro de su crimen como refugio podía felicitarse de su elección.

¡Ni la menor palabra surgiría fuera del lugar que expandía, semanas antes, sus emisiones a todos los ámbitos de América!

Pronto apareció en escena el «boss», un tipo alto y de cráneo prominente, rasurado o víctima de calvicie total. Sus orejas tenían la facultad de moverse a voluntad, como las de algunos animales.

—¡Cayó el pájaro! —dijo, mirando al «inconsciente» Dick—. ¡Bien! Ello os libra a vosotros dos de mi castigo..., ¡por el momento!

Se oyó un doble suspiro de alivio, aunque la espada de Damocles pendía sobre los culpables de negligencia. Dick fue examinado con interés por el tipo de rostro anguloso, y luego le abandonó la atención general.

—Explicadme cómo sucedió su captura —pidió Joe a sus acólitos.

Relegado del interés momentáneo de los malvados, Dick abrió los ojos con cuidado, y en el acto su mente se puso a trabajar a marchas forzadas. El criminal que tenía ante sí le recordaba a alguien, y la pesquisa interior se verificó de un modo ordenado y sucesivo. Con rapidez fantástica, el cerebro y el subconsciente de Dick se pusieron a la tarea, eliminando rostros conocidos por distintas razones.

Cuando una de las personas que transmitía el archivo de la memoria recordaba las características faciales del «boss», entrevistado a la luz verdosa del local, la mente de Dick la rechazaba luego de un rápido escrutinio. Al cabo, un leve suspiro afloró a sus labios,

cerrados por el emplasto adhesivo.

¡Había logrado dar con el misterio de esa maniobra criminal, sin averiguar nada de boca del malvado Joe! ¡Sin interrogarle siquiera!

Claro que la resultante fue asombrosa y deprimente, pero la impasibilidad del federal no traicionaría sus sentimientos. Al menos hasta que le conviniese hacerlo..., ¡no hablaría tampoco!

Se rebulló, inquieto en apariencia, y su acto fue captado al instante por los criminales. El tipo de la ametralladora enfiló su arma hacia el cautivo, y cuando abrió los ojos parecía dispuesto a vaciarle en el cuerpo una rociada mortal.

Fue Joe, extrañamente, quien atajó el intento asesino.

—¡Estoy rodeado de imbéciles y cobardes! —dijo—. Libertadle la boca, pues voy a hacerle unas preguntas.

Dick enfrentó sin pavor alguno al desalmado, puesto al descubierto por su propia osadía. El esparadrapo le fue arrancado en un movimiento brutal y enérgico, que le hizo sangrar las recientes heridas de los labios, y el joven movió sus músculos faciales envarados. Luego murmuró, con voz pastosa:

—¿Dónde estoy?

Es la pregunta clásica que hace todo el que recupera el conocimiento, y consiguió engañar al «boas» y a sus esbirros. No esperaba obtener respuesta, pero quería dar a entender que acababa de despertar. Su ostensible movimiento, de segundos antes, tendía a producir la misma impresión falaz.

—En la antecámara de la muerte —contestó Joe, muy amigo de expresiones truculentas—. Pero antes vas a decirme lo que el Departamento sabe de nosotros, y lo que se propone.

—¿A cambio le qué? —preguntó Dick.

Una carcajada brutal le contestó, y la metralleta que enfilaba un malvado osciló peligrosamente ante el pecho del federal. El jefe de bandidos hizo caso omiso de la sugerencia de su guardaespaldas.

—A cambio de una muerte poco dolorosa, como corresponde a un adversario de temple —contestó—. No sueñes que te dejemos ir, para que vayas eliminándonos uno a uno...

El federal contestó de inmediato, brioso y decidido:

—¡No hay cambio! —sentenció—. En Quántico se nos hace prometer que no transigiremos nunca con el crimen, bajo amenazas o coacciones. No traicionaré a mis superiores, ni aun a cambio de

conocer la participación de Vitorio en el atentado de la emisora...

Era un globo sonda lanzado al azar, pero dio buen resultado, Joe emitió una risita despectiva, al murmurar:

—Ese pobre imbécil... Al pedirnos ayuda para castigar a Jackson, no sabía el peligro de aliarse con el diablo. Ahora está horrorizado por las complicaciones surgidas, y su chusma pagará las consecuencias.

—¡Te equivocas, Joe! —Denegó Montgomery—. No he dicho a mis jefes nada acerca de la participación de los negros en el complot. ¡Y «Seis Dedos» no hablará! Ha preferido cortarse las venas, por no delatarte.

Tal noticia resultó catastrófica para el bandido. Era absolutamente falsa, pero... ¿quién iba a pensar que Dick —sentenciado— mintiese con tal desfachatez?

Así resultaba que Joe no podría matar a Dick, como era su propósito: ¡era su único testigo de descargo, a la par que su enemigo más irreconciliable!

Meditó unos momentos, y luego su frente —que se había cubierto de venas abultadas y de tendones— se aquietó un poco. El terrible esfuerzo mental dio un resultado satisfactorio.

—Hay una solución —dijo—, algo que valdrá como prueba si el idiota de Norton hizo lo que denuncias. ¡Que tú, un federal, escribas unas líneas denunciando a Vitorio por disponer el atentado!

Se oyó en la estancia la risa alegre y juvenil de Dick. ¿Cómo era posible que el «boss» fuera tan absurdo?

Firmar aquello suponía su inmediata ejecución, sin ninguna ventaja de índole material. ¡Y una monstruosidad, además, contra toda justicia!

De ningún modo, ni aun garantizándole la vida, Dick podía acusar a Vitorio de un hecho criminal: era visible, ya que ordenó asustar, o castigar con una paliza, al odiado Jackson; pero no matarlo. ¡Aquello fue algo espontáneo en Dick, por motivos que él sólo sabía!

Además..., asegurar tal falsedad no aseguraba la vida del federal. Por el contrario, le acercaba pasmosa y fatalmente a la muerte, bien por medio de una ejecución sumaria y poco dolorosa, o luego de ser víctima de terribles torturas y humillaciones.

—¡Escribiré algo! —asintió Dick, suspirando—. Para ello debéis

soltarme las muñecas.

—¡No lo haga, jefe! —aulló el guardaespaldas—. Es una víbora, cargada de veneno.

—¡No lo haré! —afirmó Joe—. Vas a hacerlo tú mismo.

Forshite se estremeció, comprendiendo intuitivamente que era testigo y espectador de sucesos altamente decisivos.

Imaginaba el interés de su jefe en descargarse de una grave responsabilidad. En caso de ser aprehendido por la Policía, la condena a pena capital sería sustituida por la de reclusión perpetua, ya que no realizó personalmente el atentado y obedecía órdenes de otro individuo. Hábiles abogados levantarían un clamor nacional contra los negros, y montañas de aportaciones harían el expediente eterno. Además..., es fácil escapar de una prisión: ¡mucho más que de la sepultura!

Las ligaduras de Dick fueron separadas de sus muñecas con un ademán rudo, brutal. «Copra» McLaren tomó de manos del asesino a sueldo la ametralladora, enriando al agente sin quitarle ojo. Mientras tanto, Forshite descargaba de la pistola al federal, dejándole absolutamente indefenso en manos de la grey enemiga.

¡Era imposible que pudiese escapar de aquella encerrona!

Luego de masajearse las muñecas, para restablecer la circulación de la sangre, Dick se acercó resuelto a la mesa que estaba cerca de él. A pequeños pasos, que le daban el aspecto de una bestia sujeta a la soga mientras se solaza.

En el momento en que se echase una mano a los tobillos o realizase el menor gesto hostil, sería atravesado por un diluvio de plomo.

El «boss» le acercó, con torva solicitud, pluma y papel. Después de meditar un poco, frotándose con frecuencia la muñeca izquierda, Dick empezó a escribir, y cuatro pares de ojos se clavaron en los renglones que iba estampando con letra firme. Era toda una fraseología para ganar tiempo, mientras esperaba algo que no debía tardar en producirse.

«Yo, Richard Montgomery Dorland, natural de Virginia y mayor de edad, miembro del Federal Bureau of Investigación, con destino en San Francisco. —Estado de California—, en uso de mis facultades físicas y mentales...».

—¡Menos broza! —estalló el guardaespaldas—. ¡Ahí sobra

mucha metralla, y yo tengo más para un miserable charlatán!

Había vuelto a tomar la metralleta de manos de McLaren, y la enfilaba amenazador contra el rostro del federal, como si deseara cambiar la sonrisa del prisionero por un rictus agónico.

—Déjale, Burke —pidió el calvo—. ¡No tenemos prisa alguna! La vida de este hombre, en tanto que no haga la declaración, está garantizando la mía... ¡Quiero que se te meta eso dentro de la estúpida mollera!

El podenco humano rezongó un tanto, y luego se replegó a un ángulo del salón. Dominaba a Dick con la mira de su arma, y estaba dispuesto a obedecer al jefe: pero sólo mientras el federal no diese las muestras de animosidad.

Entonces... ¡bastaría oprimir el gatillo para que una estampida de cápsulas se clavase en el corazón del odiado enemigo!

Dick, al cesar la obstrucción del energúmeno, siguió escribiendo lentamente. De cuando en cuando repasaba lo escrito, releyéndolo y poniendo los puntos sobre las «és». No hizo otra cosa, desde que había llegado al increíble refugio del hampa.

«... declaro haber conseguido pruebas incontrovertibles, como avalo con mi firma, de que el asesinato de Jackson fue debido a...».

Se detuvo, y se volvió sonriente hacia el siniestro mandatario. Era la enésima vez que se masajeaba la muñeca izquierda, pero la repetición del hecho no extrañó a nadie. ¡Precisamente, por haberlo prodigado tanto, parecía un hábito del joven sentenciado a muerte!

—¿Pongo a la explosión de una bomba, o acuso directamente a Vitorio? —preguntó el joven, con el aire más amable del mundo.

—¡Se está burlando, jefe! —insinuó Forshite, a quien la calma exasperante del vencido inundó la frente de copioso sudor.

—Basta mencionar al negro, aunque habrá que aclarar algunas cosas —sugirió el calvo.

Y Dick, obediente, siguió su relato escrito. Cada palabra le acercaba un paso más a la fosa, pero su pulso no tembló en la coyuntura.

«... Norton “Seis Dedos”, que obedecía las órdenes directas de...».

—¡Vamos! ¡Acaba! —pidió Joe, frenético ya.

Aquel hombre era precioso para garantizar su impunidad, y por nada del mundo hubiera ordenado matarlo. Pero cuando el joven

estampase su firma al pie del escrito condenatorio..., ¿sería el primero en vaciarle íntegra la carga del mortal artefacto que esgrimía su cómplice!

Entonces, ante el asombro de los rufianes —que renegaban de la lentitud del que escribía—, la mano del federal se movió rápida, casi febril. Un grito múltiple, de horror, surgió de la boca de los bandidos que estaban a las órdenes del sanguinario «boss». La noticia que acababan de captar sus ojos cayó ante ellos con el mismo efecto de una bomba.

¡Y era sólo tinta inofensiva lo que venía de la pluma manejada por el agente!

«... Joe Krane, hermanastro del sabio que murió en el atentado».

VII



RES bandidos lanzaron el grito unánime, mirando a su jefe con el horror que inspira una serpiente de cascabel, replegándose y dispuesta a lanzar su veneno. El tipo del cráneo prominente se tambaleó como si hubiera recibido un puñetazo, y miró a sus cómplices con gesto aturdido. ¡Había quedado descubierto, ante los secuaces, como el peor de los asesinos! ¡Como el más desalmado de los criminales!

No era factible negar. Su aire descompuesto, la convulsión casi babeante de su mandíbula lo denunciaba. Empero trató de recuperar el dominio de la situación, cuyo control había perdido momentáneamente. Lo hizo de un modo salvaje y desacompasado, el único capaz de poner en sus manos de nuevo la vara rectora:

—¡Sí! Era mi hermano, el primogénito de una odiada familia

que, poco a poco, he ido destruyendo. Yo, el hijo bastardo, he vengado a mi madre a través de toda una vida de delitos. ¿Quiénes sois vosotros para enjuiciarme? ¡Os pago para obedecer, y no para convertirlos en jueces!

—¡Es verdad! —murmuró la sabandija—. ¡Allá él con sus problemas familiares!

Con sus palabras, Forshite acababa de ganarse la inmunidad absoluta, borrando el tanto de culpa que le correspondiese en la fuga del federal. Se había convertido en el brazo derecho del «boss», con quien le unían tantos puntos de contacto en lo moral.

Los otros dos eran asesinos declarados, gentes sin escrúpulos ni entrañas que poseían algunos principios. Ante las palabras sinuosas de su cómplice, se olvidaron del horror que acababa de alentar sobre ellos.

En cierto modo, miraron sin odio al federal, que acababa de dar una muestra de talento y que los situaba, de golpe, entre los más adictos al «boss». Dick acababa de ligarlos a él por un secreto fantástico, y en lo sucesivo el premio de sus rapiñas sería repartido con más prodigalidad por el calvo.

¡Además, se guardaría muy bien de poner las manos sobre ellos! Lo tenían prácticamente cogido desde aquel momento, mediante la posesión de un secreto capaz de llevarle a la silla eléctrica, sin paliativos ni la menor defensa.

Joe fue el único que miró con aversión a Dick. El joven había logrado no sólo desenmascarar su falsía bajo otro apellido, sino levantar entre sus hombres y él una barrera. Los bandidos, incluso el feroz guardaespaldas, sabían que su vida estaba más amenazada desde entonces que la del mismo policía; pero si lograban salir de la emisora y depositar su secreto en lugar seguro, la fortuna de Joe iría lenta e inflexiblemente a sus manos. ¡Mediante el chantaje!

¡Aquél fue el triunfo supremo de Dick, con haber sabido conjugar tantos! Seguía siendo su vida preciosa, y había sembrado la desunión y el cisma en la pandilla enemiga.

¡El «boss» no podía asesinarlo en tanto que no declarase contra Vitorio, y haría bien en conservarle intacto y a su disposición!

Claro está que el hecho tenía una contrapartida, también de infinitas posibilidades, para el gran criminal. Mientras que la vida de Joe estaba garantizada por el terceto de criminales —no les era

posible fulminar la ubre prolífica—, éste podía matar a cada uno de sus cómplices alevosamente. Ahora le interesaba que los sicarios no salieran vivos del lugar, y desdichadamente, Dick iba a brindarle una ocasión magnífica. ¡En bandeja de plata!

Cuando se oyó en la plaza el alarido de una sirena policial, los tres esbirros de Joe sufrieron un perceptible sobresalto. Uno de ellos se acercó silenciosamente a la ventana que daba sobre la plaza, en el salón contiguo, y volvió ante sus cómplices con el rostro pálido, casi verdoso.

—¡Vienen hacia aquí! —siseó—. No sé cómo demonios han logrado localizarnos...

Dick «sí» lo sabía. Su nuevo reloj de pulsera tenía un diminuto emisor, con minúscula batería, que emitía ondas de una frecuencia especial. Desde el momento en que su vida corrió tan fantástico peligro en el fondo del mar, el inspector Donlevy le había exigido que lo llevara puesto, y que no se desprendiese de él ni para entregarse al reposo.

Las manipulaciones de Dick —al frotarse la muñeca izquierda— no hacían sino incrementar la potencia de la onda, guiando a los hombres que acechaban la señal. Así, pese a todos los absurdos y despropósitos que parecían denegar la pista, docenas de federales se agruparon en torno al edificio siniestrado por una bomba.

Si las matemáticas no mienten, la física fue tan exacta como ellas al indicarles el lugar donde se hallaba recluso el compañero.

—Hemos de hacer algo —murmuró Burke, esgrimiendo feroz la metralleta—. ¡Escapar mientras tengamos tiempo, o combatir a muerte al enemigo!

—Escapemos —sugirió McLaren—. Tal vez sea la Metropolitana, que viene a hacer alguna reconstrucción del suceso.

No podían imaginarse en modo alguno que el hombre que los contemplaba —valorando su tremenda tensión— era el culpable de la llegada de rivales.

Los tres hombres custodiaron de nuevo al detenido, soltándole el ligamento que sujetaba sus tobillos para que pudiese caminar. Iba completamente bloqueado por armas de fuego, y fue tal la precipitación de los malhechores, que no se cuidaron de apagar la luz del cuarto de sonido ni de borrar el rastro de su paso.

Tan sólo Joe recogió la denuncia que le condenaba, ansiando

encontrar algún lugar en que desprenderse de ella.

A espaldas de la emisora se alza el Stadium Seáis, cuyo solar ocupa la manzana comprendida entre las calles Utah, Quince y Bryant. Desde el décimo piso pendía una larguísima escala de cuerda, que iba a parar a él, y que los bandidos emplearon para su descenso.

El federal se agitó en el vacío detrás de Burke y de McLaren, cerrando la marcha el tipo escurridizo y el siniestro jefe de la organización crimina. Así, Dick iba embutido entre los otros elementos que componían su indeseable cortejo.

Al llegar a la mitad del trayecto aéreo, cuando aún les faltaban unas cuarenta yardas para alcanzar la zona del estadio, se abrieron algunas ventanas del edificio que acababan de abandonar. Varios policías advirtieron la cuerda de que pendía el racimo vivo, y múltiples manos se pusieron a la tarea de izarla aunando sus fuerzas. ¡Era necesario impedir que los bandidos escapasen!

Burke, en cabeza, se dejó deslizar a una velocidad sobrehumana, a trueque de resollarse las manos en la empresa. Al producirse oscilaciones dramáticas sobre el aire, la cuerda adquirió un catastrófico bamboleo, y la garrapata que atendía por Forshite se desprendió de su asidero, lanzando un grito estentóreo y rozando al caer la cabeza del federal. A poco se oyó el golpe ominoso de su cuerpo, al retumbar con seco desplome sobre la gradería deportiva.

El único individuo, que mostró conformidad con el fratricida, ya no vería la luz del día siguiente, ni gozaría las ventajas incalculables de que proporcionaba un secreto.

Burke logró alcanzar la libertad. Pese a los esfuerzos mancomunados de los agentes, que izaban la pesada maroma y su carga humana, se dio frenética prisa en descender y saltó al campo desde poca altura. Ya en él, tomó la ametralladora y la enfiló hacia la ventana del piso decimo —atestada de federales—, pretendiendo inmolarse a su mayor parte.

No tuvo en cuenta que la ametralladora, al caer, se había inutilizado y estalló en sus manos. La carga se esparció inofensiva en torno suyo, y sólo él recibió parte de los impactos. A poco de empezar la traca fragorosa se suspendió dramáticamente: ¡el verdugo había quedado convertido en víctima!

Tres hombres permanecían aun balanceándose en el vacío, y

Dick seguía bloqueado y sin armas entre dos enemigos. El sajón no pretendió imitar la fuga de Burke, debido a que la cuerda era izada mucho más vigorosamente ya —con menos carga— y le era imposible saltar.

Entonces, el malvado «Copra» sintió una rabia sorda contra el hombre que los había llevarlo a consecutivos fracasos, y se dispuso a matarlo. Para ello no tenía sino que tirar de los pies al federal y arrastrarlo al vacío.

Lo intentó con una furia que delataba su maldad, su desprecio a la vida y a la integridad humana. ¡Con ferocidad de tigre que ansía morir matando!

Pero Dick le vigilaba. Sabía que el hombre que estaba sobre él, y que poco a poco «ascendía» hasta el supremo ajuste de cuentas, era un cobarde: necesitaba protegerse con un guardaespaldas, e inmoló a toda una desventurada familia utilizando ardides bajos y despreciables. Le adivinaba lleno de pavor ante las oscilaciones de la cuerda, y no se preocupó de él. En cambio, el que le aferraba de los pies, con saña vindicativa, iba a recibir el cambio de su moneda.

Buscaba los pies del federal, y los encontró: ¡en su rostro!

En el aire, a una altura increíble, tuvo lugar el duelo feroz. Mientras McLaren trataba de arrancar a Dick de su asidero, proporcionándole cobardes zarpazos, el federal se sujetó sólidamente con sus manos a la cuerda y golpeó con los pies, una y otra vez, la testa bestial que vomitaba injurias y amenazas.

Logró así su propósito, después de no pocos forcejeos. El tacón de uno de sus zapatos pegó en el ojo derecho de «Copra», y el tipo, ciego de dolor, se echó las manos a la cuenca herida, bárbaramente mutilada.

En el acto, su corpachón dio un volteo trágico, y fue a unirse a sus cómplices en el postrer abismo. ¡Dos seres despanzurrados y otro, víctima de su propio frenesí, constituyeron el balance de la noche de horror!

Cuando los que componían el extraño y fantástico péndulo llegaron a la ventana del pise décimo, Joe no ofreció la menor resistencia a su captura por manos ansiosas. Estaba deseando, en su cobardía, que le arrancasen de la muerte horrible que se abría a sus pies, aunque otra le esperase en un futuro inmediato y no menos aterradora.

Dick saltó con agilidad, valiéndose de sus propios medios, dentro del edificio. Un suspiro surgió de la boca del inspector Donlevy cuando le vio sano y salvó entre los compañeros, que le contemplaban emocionados.

—¡Gracias a Dios, muchacho! —murmuró el anciano—. He pasado el rato más amargo de mi vida...

—Yo, no —replicó Dick—; fue peor la experiencia del agua. ¡Ah! Les presento al culpable del atentado: Joe X. Krane. En uno de sus bolsillos está su acusación, redactada por mí. Es el verdadero asesino de Jackson y... ¡de su hermanastro!

—Ya me dirás cómo te las arreglas —dijo uno de los compañeros de Dick, minutos más tarde—. Tienes la virtud de cortarme la respiración, a tu gusto.

—Pues no fue difícil —confesó Montgomery, con modestia muy propia de él—. Cuando enviasteis el magnífico informe sobre la familia Krane, leí con asombro la descripción de los que murieron víctimas de tan continuados accidentes. Me pareció sospechosa semejante fatalidad, y supuse que algo más que una simple desgracia había tras de ello.

—¿Y qué? —preguntó el agente, curioso, al ver que el joven se detenía en su explicación.

—Comprendí que alguien perseguía a los Krane, fuera de toda relación con las cuestiones atómicas. Entonces asocié el parecido de Joe con su última víctima, y vi claro. Joe podría, al mismo tiempo que vengarse de lo que consideraba una injusticia social, reclamar la fortuna que le corresponde por derecho de herencia.

—Explícanos eso, Dick —terció Donlevy—. No podría reclamarla si era acusado de asesino.

—¡Ya había tomado sus medidas! Estaba seguro de que sus cómplices no hablarían contra él, pues sólo sabían el complot contra Jackson. La otra muerte les pareció una desdichada coincidencia. No hay que olvidar que Joe no descubrió su verdadero apellido, sino el materno. La pista de algo raro me la dio el negro que atacaron los bandidos, asesinandole en el Chinatown. ¡Recuerde que fueron sus cómplices quienes le dispararon por la espalda, y no yo!

El inspector meditó, brevemente. Luego, al tiempo que daba orden de retirada, pidió a Dick una nueva misión.

—Infórmate bien acerca de todo eso. Tus datos son algo

confusos acerca del elemento de color, y necesito más detalles.

—Se los daré, jefe —aseguró el joven, ufano—. Es la misión más agradable que recibo en los últimos tiempos.

No mentía. Antes que descubrir y neutralizar criminales, Dick tenía el afán de regenerarlos. Siempre actuaba así, hasta que la dura experiencia le convencía de que hay seres tan encanallados que para ellos no es posible la emancipación.

Vitorio no era un miserable, sino, a lo sumo, un fanático. Necesitaba de cierto castigo, pero su conducta le garantizaba como un hombre incapaz de cometer un crimen ni de ordenarlo. ¡Acababa de conseguir la prueba, a riesgo de su vida!

En cuanto al castigo, indoloro..., ¡había tiempo de realizarle! Aquella noche la pasaría Dick en casa de Elsa Cameron, tranquilizándola una vez más. Luego tendría que adentrarse de nuevo en el mundo del hampa, para seguir a algunos de los negros que habían conseguido «fotografiar» en la reunión clandestina. Ellos le llevarían, como el hilo de Ariadna, hasta el nuevo refugio del cacique.

Había tiempo para localizarle, y preparar una severa lección.

Después de jugarse la vida varias veces, a Dick le apetecía descansar un poco, contemplar a Archie y... ¡bueno! Ver de nuevo los ojos azules, adorables, y el rostro encantador de su novia.

Un federal también tiene corazón, aunque haya criminales que lo dudan...

No es fácil penetrar en una selva, y menos salir de ella sin ayuda de guías experimentados o de una potente brújula. Dick deseaba entrar en el ambiente negro, pero en aquellas circunstancias carecía ya del misterioso talismán cedido por un moribundo: de la piedra de tornasol que fue el maravilloso «sésamo» que le abría las puertas del recinto secreto.

Pronto se convenció que seguir a los elementos de color no le conduciría prácticamente a nada. Sin duda habían recibido rigurosas órdenes de mantenerse, durante un tiempo, alejados de toda reunión de tipo clandestino, incluso de suspenderlas de un modo definitivo. Vitorio parecía como si hubiera sido tragado por la tierra, y toda una semana de áridas pesquisas transcurrió sin lograr el menor éxito.

¡Ni un solo indicio apareció ante los ojos del federal, que tenía

tan formidable habilidad para rastrear pistas en el aire!

Sin embargo, no se desanimó, y la casualidad le pasó frente por frente con algo que era la antítesis de lo que iba buscando, pero que le llevaría, como de la mano, hacia su objetivo: dos elementos de la secta del Ku-Kux-Klan, descubiertos en la encuesta que tuvo lugar a causa de la muerte violenta de Jackson. Declararon que hacía tiempo que no ejercían sus tortuosos y vengativos planes —juraron que habían abominado de sus ideas homicidas—, pero Dick se dedicó a su seguimiento como la sombra al cuerpo. Del modo discreto y eficaz que él sabía hacerlo.

Toda la complicada y extensa red de auxiliares del
F. B. I.

se puso en juego, y se lograran averiguar muchas cosas: aquellos dos hombres habían jurado en falso, pues seguían siendo miembros activos de la organización criminal. Y precisamente estudiaban un «raid», afrentoso, para vengar la muerte del director de la emisora. Al parecer, tenían confidentes especiales, o algún elemento del mundo del hampa les reveló la concomitancia de Vitorio con los sucesos que produjeron un final catastrófico.

Urgía actuar, y nunca como entonces demostró Dick su celeridad y brío, al mismo tiempo que su desprecio a la muerte. Logró ocupar, en una fantástica reunión de encapuchados, el puesto de un confidente, y así pudo beneficiarse del secreto de que se rodeaban los elementos para no ser conocidos unos de otros. Luego de murmurar cabalísticas palabras, aprendidas de memoria, ocupó un puesto en la sala de negras paredes, asientos rojos y alfombras del mismo color, presidida por un tribunal que remedaba burlescamente los acreditados de Justicia.

La voz pastosa, engolada, del presidente rompió el silencio casi hostil de los reunidos. Por espacio de un cuarto de hora habló el que se erigía en juez y acusador a la vez, y su resultante fue inesperada para uno de los presentes:

—¡Muerte a Vitorio! Lo aniquilaremos con todos los elementos que integran su familia. ¡Hay que purificar con el fuego el domicilio de ese nefasto dirigente y todo Sunset District!

Inmediatamente se procedió a la votación de la consigna propuesta. No hubo el menor rumor de protesta, ni una sola pregunta, procediendo de un modo casi militar, los encapuchados

escribieron la aceptación, y sus papeletas fueron depositadas en el bolsón rojo que otro encapuchado fue pasando a través de las filas de asistentes. No hubo una sola negativa en aquella colecta de muerte.

¡Incluso Dick, para que na fuera descubierta su superchería, votó a favor de la condena ilegal, que haría a un hombre y a sus familiares víctimas del fuego!

Pero cuando el joven salió al exterior, luego de dejar el sayal u hopalanda de verdugo en un desierto guardarropa —donde los conjurados iban entrando uno a uno—, sus puños estaban crispados con aire de amenaza. No contra los inocentes cuya condena había aceptado, sino contra aquellos seres que no vacilaban en inmolar a personas que no tenían otro delito sobre sí que el color de su piel. ¡Como si fuera un estigma del que tendrían que avergonzarse!

Para dos días más tarde estaba decretada la «masacre». Pero el F. B. I.

conocía el asunto y acudiría a punto, dispuesto a dar dos lecciones a la vez: una, a los criminales que ocultaban su rostro; otra, al caudillo de los hombres negros, a quienes la sociedad distinguía con cierta aversión y, como si fueran encapuchados también.

VIII



CULTA y solapadamente, como las creaciones e íncubos de la muerte, fueron esparciéndose sombras vivas en torno a la finca del hombre tan afanosamente buscado por Dick. ¡Jamás se le hubiera podido ocurrir al federal que Vitorio viviese alternando con las familias de más prestigio y abolengo de San Francisco, en plena zona residencial!

Multitud de hotelitos se alzaban por doquier, ocupando cada uno de ellos una manzana completa, y rodeados de jardines con árboles. Eran pequeños trozos del paraíso desperdigados por el Sunset, pero uno de ellos había decidido la mano del odio que se convirtiera en un infierno, en la más decidida acepción del vocablo. El fuego purificador debía consumir el edificio, y atezar más aún la

piel de sus moradores.

Para el Ku-Kux-Klan era un baldón la existencia de un negro y su familia en el barrio detentado por ellos, los poderosos. De cada una de las fincas de los complicados surgió uno o varios hombres llevando escondido un bidón de gasolina, y a la hora de la conjura, el combustible fue derramado por el que hacía de oficiante del verdugo. Una llamita insignificante brotó de la oscuridad, y pronto fue el reguero de fuego tan extenso e intenso, que sus llamas lamieron las cuatro paredes de la fachada. Se oyeron estallidos de cristales, y los asesinos se aprestaron con sus armas de fuego a repeler la posible agresión de los moradores de la casa. No querían matarlos a tiros, sino evitar que escapasen hasta que el fuego tomase el mayor incremento. Luego..., podían intentar la salvación, ¡si querían!

¡Ávidos espectadores esperaban recrearse en la agonía física y moral de media docena de cuitados!

¿Qué hacía el

F. B. I.,

que no se aprestaba a intervenir? ¿Era posible que la maravillosa organización no hubiera podido localizar el domicilio de Vitorio? ¿Se había dormido Dick Montgomery, precisamente en el día, hora y lugar en que era más necesaria su presencia?

Otras preguntas no menos angustiosas se formulaban los moradores de la casa: dos ancianos y un matrimonio joven, a más de dos niños de corta edad. Vitorio, su esposa, el hijo de ambos, con su mujer, y sus dos nietos se lamentaban con palabras y gestos desgarradores. Una sirvienta de color, más ligada a sus amos por el afecto que por el respeto, estaba hincada de rodillas y pedía a la Virgen la ayuda exterior que sólo la fe permitía esperar.

Cuando el hijo de Vitorio pretendió abrirse camino entre las llamas, a través de una ventana, varios tiros le atajaron en su propósito. El teléfono estaba cordado, y era imposible demandar el auxilio de los bomberos. ¡La angustia de la familia cercada debía ser infinita!

Entonces entró en acción el

F. B. I.,

como si aquellos disparos hubieran sido la consigna de acudir y no las llamaradas, que alumbraban en la noche las inmediaciones. Se

oyeron simultáneamente los alaridos de varias sirenas policiales y docenas de hombres armados acudieron a completar el copo de los que copaban la finca y causaron el siniestro.

Hubo conjurados que se rindieron a las primeras de cambio, ante la imposibilidad manifiesta de escabullirse al amparo de las sombras. Potentes reflectores, aparecidos como por arte de magia al extremo de largas pértigas, alumbraron hasta el menor recoveco donde se refugiaban los delincuentes. ¡No había escape para ellos!

Pero algunos decidieron pelear, y contra ellos actuaron los federales con insólita energía, con el denuedo que se responde siempre al que hace frente con armas a la Ley. Docenas de disparos rompieron el silencio de la noche, y los agentes de Policía avanzaron a pecho descubierto, denotando un sobrehumano valor que llevaba en sí el germen de la victoria.

Por cada federal que cayó herido, dos o tres enemigos mordieron el polvo de un modo definitivo. ¡La mayoría de ellos eran hombres poderosos, con amistades en las altas esferas del Gobierno, y era comprensible que se suscitara una moción en el Congreso para esclarecer el asunto! ¡Al

F. B. I.

no le importaba! Su misión era luchar contra delincuentes, cualesquiera que fuese su poder y su representación social.

Al cabo, verificada la redada sangrienta, los bomberos hicieron su aparición en el lugar del suceso, y aplicaron potentes chorros de espuma contra las llamas. El monstruo devorador del fuego se fue replegando, lentamente, hasta quedar el edificio a salvo. Sólo los arbustos chamuscados del jardín y las paredes renegridas quedaban como testigos de la tragedia que pudo ser.

Un sol tímido, naciente, alumbró el nuevo día al concluir la tarea de salvamento y de represión. El inspector Donlevy relegó por una vez su presencia indiscutida, y fue Dick Montgomery el que atravesó el umbral de la finca y avanzó decidido al encuentro del anciano de rostro convulso que le esperaba.

—Usted es amigo de simbolismo, Vitorio —le dijo—. Aprenda lo que este caso tiene de lección, y no vuelva a hacer regates a la Ley. ¡Que no es blanca ni negra, sino completamente neutra y neutral para todos los habitantes de la Unión!

El anciano apenas podía hablar de emoción. Maldito si le

importaban sus bienes arrasados, aunque eran el producto de toda una vida de esfuerzo y de sacrificio. Tenía ante sí, sanos y salvos, a los suyos, y ello le bastaba. Tendió una mano temblorosa al agente, y murmuró tan sólo breves palabras.

—¡Gracias sean dadas a Dios, hijo! Por salvarte, y por salvarnos... Marcharé de aquí con los míos, y nunca más volverán a oír hablar de mí. ¡Lo prometo!

—¡Usted no debe marcharse, Vitorio! —aconsejó Dick—. Se exigirán responsabilidades económicas a los causantes del siniestro, y su casa volverá a ser reconstruida. Lo único que el

F. B. I.

desea es que no practique nuevos ritos secretos, ni acuda a relacionarse con gente malvada, cualquiera que sea su dolor. ¡Eduque a sus hermanos de raza en el deporte, qué diablo!

Poco después apareció otro personaje en escena. Era el hijo de Vitorio, con el brazo en cabestrillo y ostensibles manchas de sangre. Resultó herido al pretender salir de casa, para buscar un socorro para los suyos, cuando el

F. B. I.

se lo aportó de un modo increíble y avasallador. No ignoraba el tanto de culpa que cabía a su padre por haber tratado de tomarse la justicia por su mano, ni el papel que había representado Dick en los sucesos. Era muy joven, y la sonrisa de su rostro borraba valientemente cualquier dolor físico que le aquejase en aquel momento. Al mirar a Dick sus ojos no vacilaron, contemplándole rectamente. ¡Parecían sonreír, también!

—¡Gracias, hermano! —dijo—. Yo seré el que convenza a mi padre para que abandone los últimos prejuicios. ¡Hoy ha amanecido un hermoso día para todos nosotros!

Y tendió la mano ilesa a Dick, que el federal la estrechó con insólita energía.

¡No habría posibilidad de retrocesos de un nuevo rozamiento entre la comunidad negra y los guardianes de la Ley! Conteniendo su ansia de intervenir, para frustrar el atentado y atajarlo después de ser iniciado, el Federal Bureau of Investigación acababa de dar la más suprema de las enseñanzas, que no olvidarían los elementos de una u otra facción mientras les restase vida: ¡la Ley es una e igual para todos!

Más adelante... las nuevas generaciones verían alumbrar su existencia, en paz, familiar, en el diario contacto en centros culturales y deportivos, en la vida cotidiana de las calles y en el sosiego de los espectáculos. Los chauvinistas desaparecerán, progresivamente, y con ellos los malsanos rencores y odios. Y la religión, el último y definitivo símbolo, acoge por igual a todos sus fieles.

—Hemos terminado la tarea —murmuró Dick, al reintegrarse al coche policial, en cuyo interior le esperaba Donlevy—. A costa de dos o tres compañeros heridos de gravedad, y media docena de leves.

—A ellos no les importa, hijito —atajó el anciano—. Por el contrario, están contentos, gloriosamente contentos, de haber contribuido con su sangre a limar rencores y asperezas. ¡A borrar el estigma de la animosidad!

El coche policial emprendió el regreso al Apparel City Site. En las terrazas de los edificios, y en las copas de los árboles, brillaba el sol de un nuevo día prometedor. Uno más en la anónima tarea de los hombres que laboran por el bien, y a quienes no les importa jugarse la vida —cuantas veces sea preciso—, para que el mal vaya siendo barrido de sus siniestras gazaperas.

—Si no le importa, inspector, voy a quedarme aquí —dijo Montgomery, al pasar el vehículo por el Alemany Boulevard—. Me pilló de camino la casa de mi novia, y... ¡quiero fijar con ella el día de nuestra boda!

El simpático rostro del «Capataz» se transfiguró en una mueca de sorpresa. Varias manos se tendieron hacia el joven que acababa de comunicar la noticia, y el chófer tocó el claxon innecesariamente. ¡Era su modo de expresar un indudable regocijo!

—Que callado te lo tenías, bribón —dijo el inspector, sonriendo—. Yo, por mi parte... ¡no voy a poder hacerte sino un modestísimo regalo de esponsales!

Dick descendió del vehículo, ágilmente, y pretendió cerrar la puerta a su espalda. Detrás de él sólo quedaban rostros sonrientes y animosos, nimbados por la simpatía.

—¡Espera, demontre! —pidió Donlevy—. El regalo que voy a hacerte no adornará tu casa, y voy a entregártelo ahora mismo.

¡Absurdo! ¿Cómo era posible que el inspector tuviese allí un

obsequio, si desconocía siquiera el noviazgo de su favorito? Pero la voz, austera y emocionada, sonó como música celestial a oídos de Dick, dejándole como amarrado con clavos al asfalto de la calle.

¡El regalo consistió sólo en palabras!

—Me voy haciendo viejo, fatalmente, y pienso dejar el Departamento antes de cometer ninguna torpeza. ¡Tú serás el encargado de sustituirme, Dick; con un ascenso! Edgar Hoover me ha permitido elegir, yo mismo, el sustituto...

Entonces la puerta del coche se cerró, dejando en medio de la calle un hombre aturdido y tembloroso. Cuando quiso reaccionar, «Capataz» y los amigos que le acompañaban habían desaparecido de su radio visual, en la curva final del Boulevard hacia Waterloo. ¡Y tuvo que hacerlo aprisa, porque otros coches se precipitaban a su encuentro!

Más lejos, hacia atrás, un «cop» de la Metropolitana tocaba frenético su silbato. Dick echó a correr como nunca, deseoso de paliar su emoción con movimiento. Además..., ¡rabiaba por dar la noticia al travieso Archie y a la encantadora Elsa!

Un ascenso lleva aparejado siempre un permiso para disfrutarlo. Y ¿qué mejor inversión de tiempo que la que se dedica a una luna de miel?

Aunque el asfalto «negro» se pegaba a las suelas de sus zapatos, Dick creía estar caminando, por entre nubes, hacia el séptimo cielo. Un valiente y abnegado individuo del

F. B. I.

acababa de recibir la recompensa de una vida de esfuerzo y de sacrificio.

—¡Elsa! —gritó una vocecita infantil, desde un quinto piso—. Mira como corre Dick: parece como si tuviera las botas de «Pulgarcito»...

Dick desdeñó el ascensor para subir hasta el domicilio de su amada, que pronto sería el suyo. Le parecía una perdida indignante de tiempo, y su frenesí no admitía la espera estática dentro de una cabina. Tuvo suerte, porque Archie, previsor, abrió la puerta del pise, antes de llegar él, jadeante.

—¡Prepárate, pequeño! —aconsejó Dick—. La deseada excursión por las islas Hawai va a ser un hecho, en breve...

Elsa, aturdida, acudió en esa negligee casera que hace más

adorables a las mujeres. Quiso investigar a qué se debía aquella extraña prisa —cuando Dick penetraba siempre en casa como en un santuario—, e indagó:

—¿Hay fuego en el distrito?

—Vengo de uno en el Sunset —admitió el joven—, pero eso carece de importancia. ¿Nos casamos, querida mía? ¡Y he sido ascendido a inspector!

Elsa abrió la boca, sorprendida, pero no tanto como hubiera deseado. Lo cierto es que los labios del agente se apretaron contra los suyos, atacándola de un modo desconsiderado y brutal. Sin embargo, la joven no se dio por ofendida. ¡No por cierto!

—¡Arrea! —murmuró Archie, a espalda de la pareja fundida en un abrazo—. Dick acaba de convertirse en el ogro del cuento, y eso no me gusta.

¡Le gustaba a Elsa Cameron, y era suficiente!

FIN

LIBROCACION

C/VALLEHERMOSO, 48-LOCAL DERECHA
28015 - MADRID

LIBROS NUEVOS Y USADOS
CAMBIO - COMPRA - VENTA NOVELAS
CRUCIGRAMAS - PASATIEMPOS
Tel.: 91 445 5754

COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!

WINCHESTER

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 5 Ptas.

AVENTURAS DEL F.B.I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F.B.I.

Publicación quincenal 1,25 pts.

EXTRA-OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 5 Ptas.

VALIENTES

Nuevo género novelístico que ofrece emocionantes aventuras y realistas pasiones humanas, por autores de fama reconocida.

Publicación semanal — 5 Ptas.

MENDOZA COLT

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,50 pts.

JEQUE BLANCO

Única serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la peligrosa vida de un agente secreto norteamericano por todas las partes del mundo.

Publicación quincenal 1,25 pts.

F. B. I. ¡LA COLECCION SIN RIVAL!

NOTAS

[1] ¡Oh Ricine! —Famoso cazador negro—. El leopardo ha caído en una trampa... (N. del T.). < <